
HARLEQUIN
Deseo™
UNA ATRACCIÓN
SIN REMEDIO
KATHIE DENOSKY

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Una atracción sin remedio, n.º 1207 - julio 2014
Título original: A Lawman in her Stocking
Publicada originalmente por Silhouette® Books.
Publicada en español en 2003

I.S.B.N.: 978-84-687-4672-2
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo Uno

–¿Sheriff, está usted ahí?

Dylan Chandler sintió que se le hacía un nudo en el estómago, al oír aquella voz femenina. Resonaba en el cavernoso espacio que compartían la estación de bomberos y la oficina del sheriff de Tranquility, Texas, con una inconfundible nota de miedo e indignación. En su larga carrera como defensor de la ley, Dylan había aprendido que siempre era el preludio de grandes problemas. Apoyó la mano en la viga de madera y miró para abajo.

Estaba en lo cierto. Brenna Montgomery, la nueva vecina de Tranquility, parecía haber visto un fantasma. Y el encuentro debía haberle revuelto el estómago. Dylan la había visto solo una vez, de lejos, la noche en que ella había hecho una solicitud para abrir una tienda de artesanía en el pueblo. Él había llegado tarde a la reunión del Consejo, y por eso no habían sido presentados oficialmente. Pero, por la expresión de su rostro, conocerla de cerca no iba a ser exactamente un placer.

Quizá, si permanecía en silencio, ella no se diera cuenta de que estaba colgado de una cuerda y se marchara a la oficina del sheriff adjunta. Al menos así podría ponerse la camisa. Desgraciadamente, ella vio el cabo de la cuerda y alzó la vista hacia las vigas del techo, descubriéndolo. No tenía más remedio que presentarse.

–Soy el sheriff Chandler. ¿Qué puedo hacer por usted, señorita?

Dylan enrolló las piernas a la cuerda, bajó hasta donde estaba ella y agarró la camisa. Se la puso, se metió los faldones por dentro de los vaqueros y esperó a que contestara. Pero al ver que ella permanecía en silencio, vaciló. Quizá llevara la cremallera de los pantalones desabrochada. Dylan bajó disimuladamente la vista, fingiendo mirarse las botas. La cremallera estaba subida, pero seguía llevando puesto el arnés. Con lo fuerte que se lo había atado, se le notaba todo.

–¿Qué era lo que quería, señorita Montgomery? –volvió a preguntar Dylan desatando las cuerdas de nylon y dejando el arnés

sobre una silla.

Los preciosos ojos azules de aquella mujer se aclararon de pronto, mientras sus mejillas se coloreaban de rosa. Brenna apartó la atónita mirada de las cuerdas y preguntó:

–¿Por qué diablos estaba usted colgado del techo?

–Tenía que probar el nuevo equipo de escalada para rescate y salvamento –respondió Dylan ocultando una sonrisa.

Brenna asintió, pero permaneció callada. Dylan estuvo a punto de echarse a reír. Parecía que aquella mujer tenía dificultades para mirarlo a la cara. Tras unos instantes de silencio, Dylan puso la mano sobre la parte baja de su espalda y la guió, atravesando una puerta, hacia su oficina. Luego tomó asiento frente a la mesa de despacho y volvió a preguntar:

–Y bien, ¿por qué no me cuenta de qué se trata, señorita Montgomery?

Dylan recogió su sombrero vaquero y se lo puso, antes de volver la vista hacia ella. Aquella mujer tenía un cabello pelirrojo precioso, no podía comprender por qué se había hecho aquel horrible moño. Parecía un gorro de béisbol plantado en medio de la cabeza.

–Quería informarle de que un caballero… –Brenna se interrumpió bruscamente–. Sheriff, ¿está usted escuchándome? –continuó ella, poniendo los brazos en jarras.

–Sí, ¿qué pasa con ese caballero? –preguntó Dylan fijándose entonces en su silueta, muy femenina.

–Hay un caballero en Main Street que acosa a las mujeres.

–¿Aquí?, ¿en Tranquility?, ¿está usted segura?

Ante aquella pregunta, Brenna se ruborizó e indignó. El rubor destacaba las pecas de su nariz. Sus enormes ojos azules y sus labios, de forma perfecta, le hacían evocar a Dylan largas noches invernales, bajo cálidas mantas, en una cama de matrimonio. Se había distraído mirándola. Ella había dicho algo, pero no la había oído. Lo mejor era olvidarse de su aspecto y ocuparse del asunto que tenía entre manos.

–¿Cómo es eso?

–Le digo que ese hombre me agarró y me besó –afirmó Brenna, perdiendo la paciencia.

Dylan suspiró. ¿Qué había sido de la encantadora mujer que había encandilado a los miembros del Consejo? Durante toda una

semana, el único tema de conversación del alcalde y del resto del Consejo había sido aquella dulce y preciosa mujer, la nueva vecina. Dylan sacudió la cabeza. Siempre le había impresionado lo fascinadoras que se mostraban las mujeres cuando querían algo, y lo guerreras que eran, en cambio, cuando las cosas les salían al revés. Podía soportar los gritos y la indignación, pero, ¿por qué tenía que ser Brenna Montgomery tan condenadamente… preciosa?

¿Y qué clase de ropa llevaba?, se preguntó Dylan al oír el crujido de la larguísima falda. El cuello de la camisa le llegaba hasta la barbilla, y la falda negra le arrastraba por el suelo. Así vestida, parecía la maestra de una película del Oeste.

–¿Y eso es todo?, ¿un beso?

–¿No le parece suficiente? –preguntó ella incrédula–. No creerá usted que me lo he inventado, ¿no?

–No.

Dylan sintió que se le hacía un nudo en el estómago. A pesar de la ropa y del moño, siempre había sentido debilidad por las pelirrojas. Y Brenna Montgomery era pelirroja, además de tener los labios más deseables del mundo.

Brenna sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Siempre que estaba nerviosa, sentía una imperiosa necesidad de comer chocolate. Y la brillante mirada del sheriff, de ojos verdes, la ponía muy nerviosa. Se había sobresaltado tanto, al encontrarlo medio desnudo y colgado del techo, que no había sido capaz de nada, excepto de admirar sus maravillosos músculos al descubierto. ¡Vaya músculos!

Aquellos bíceps, aquel estómago duro y plano, y aquella piel masculina desnuda la habían pillado por sorpresa. Y las cuerdas atadas al torso y piernas, destacando sus impresionantes atributos, la habían dejado sin habla.

Evidentemente, el sheriff Dylan Chandler no era un hombre como otro cualquiera. De hecho era un hombre de lo más especial. La estrella de plata que llevaba en el pecho demostraba que era de los buenos pero, ¿no llevaban los buenos sombrero blanco? Aquel sheriff llevaba un vaquero negro, y con los cabellos de ébano y la barba incipiente de las mejillas su aspecto resultaba salvaje, relativamente peligroso, y totalmente fascinante. Molesta ante su propia reacción, Brenna respiró hondo y reunió coraje, antes de

decir:

–¿Qué piensa hacer al respecto?

Dylan se echó el sombrero hacia delante y se cruzó de brazos, mirándola con el ceño fruncido. Había logrado asustar a más de un gamberro, con esa mirada. Por un segundo creyó que ella se echaría atrás, pero era evidente que no había logrado intimidarla. En absoluto. Dylan sonrió. Por primera vez, en seis años, alguien había destapado su juego. Nada más y nada menos que una pelirroja con pecas.

–¿Quiere usted presentar una queja formal, señorita Montgomery?

–No, no quiero presentar ninguna queja formal. El hombre era mayor, y no se puede decir que me amenazara exactamente, pero no quiero que vuelva a ocurrir. Asusta mucho, que un extraño te abrace en mitad de la calle y te bese, aunque sea en la mejilla.

–Comprendo, señorita Montgomery. ¿Le ofreció aquel hombre una rosa, antes de besarla? –Brenna asintió. Dylan sonrió–. Tengo idea de quién puede ser, y no corrió usted ningún peligro. Hablaré con él, pero creo que acaba de recibir la bienvenida de Pete Winstead.

–No me importa quién sea, ese hombre me asustó.

–Fue solo un beso en la mejilla.

–Sí, pero no tiene usted ni idea de cuánto puede asustar eso. De donde yo vengo, puede considerarse incluso… –Brenna hizo una pausa buscando la palabra más adecuada, y por fin terminó la frase–… un asalto.

–¿Le dijo algo aquel hombre, durante el asalto? –preguntó Dylan, echándose a reír.

–Sí, pero estaba tan asustada que no le entendí –declaró Brenna ruborizada e indignada–. Además, olía a cerveza.

–¿Tiene usted algo contra los hombres que beben cerveza, después de un agotador día de trabajo?

–Bueno… no…

–Entonces deje que le explique cómo funcionan las cosas aquí, señorita Montgomery. Casi todos los hombres de este pueblo acuden al Luke’s Bar and Grill después del trabajo, a oír los últimos cotilleos. Es la tradición: beber una cerveza, escuchar una historia o dos, y volver a casa –explicó Dylan encogiéndose de hombros–. Pete

no es diferente a los demás. Va al Luke's con regularidad. Pero jamás le he visto beber más de dos cervezas de una sentada.

–Comprendo que el pueblo es pequeño y, créame, quiero formar parte de la comunidad como cualquier otro vecino, pero el problema no son los hábitos de bebida de Pete Winstead. Cuando un desconocido agarra a una mujer y la besa en medio de la calle, la asusta. Y su trabajo es impedirlo.

Dylan dejó caer los brazos, lleno de frustración. Se consideraba un buen sheriff, y no necesitaba que ninguna señorita de ciudad le explicara cómo tenía que hacerlo. En una ocasión otra mujer lo había intentado, y no permitiría que volviera a suceder.

–He dicho que hablaré con él. Y ahora, ¿alguna cosa más, de la que desee quejarse, señorita Montgomery?

–No serviría de nada, ¿no cree, sheriff?

Antes de que Dylan pudiera responder, Brenna giró sobre los talones y se marchó, dando un portazo. Dylan se metió las manos en los bolsillos y la observó. Brenna se recogió las ridículas faldas y se subió a un Toyota. Sin duda el incidente la había asustado, pero Dylan se había enfrentado otras veces a los problemas que causaban las mujeres como Brenna Montgomery. Primero te conmovían, y luego querían cambiarlo todo de arriba abajo. La queja era buena prueba de ello. No llevaba ni dos semanas en Tranquility, y ya estaba tratando de alterar las simpáticas y viejas costumbres de su tío Pete.

Dylan sacudió la cabeza. Sin duda, aquella mujer causaría graves problemas. Por desgracia, aun con esa ropa, Brenna Montgomery era el problema más deseable sobre el que jamás hubiera puesto los ojos. Tranquility no volvería a ser el mismo, si ella se quedaba.

–Tranquilízate, Brenna. Posiblemente el sheriff tenga razón, en lo de ese Deke –comentó Abigail Montgomery.

–Pete –la corrigió Brenna.

–Lo que sea –continuó la abuela, sacudiendo la mano con un gesto despectivo–. A mí lo que me interesa no es el viejo, sino el fascinante hombre del arnés. Cuéntamelo todo.

–¿Y qué quieres que te cuente? –preguntó Brenna suspirando resignada–. Escuchó mi queja y me dio su opinión.

–Ya sabes a qué me refiero. ¿De qué color tenía los ojos?, ¿y el cabello?, ¿cómo era de alto? ¿Era un tipo simplemente guapo, o realmente atractivo?

Exasperada, Brenna se quedó mirando a su abuela. Desde que se había jubilado como profesora de instituto, un año antes, Abigail tenía un solo propósito en la vida: encontrarle marido. Había llegado incluso a vender la casa heredada de sus padres, que ambas compartían, para mudarse con ella a Tranquility, Texas. Y todo para seguir presionándola.

–Abuelita, cada vez que conozco a un hombre, ocurre lo mismo. ¿No te cansas?

–Brenna Elaine Montgomery, tienes veintisiete años, y el romance más serio que has tenido nunca ha sido ese de la universidad, con Tim Miller.

–Tom Mitchell –la corrigió Brenna–. Y te aseguro que me dio una buena lección: los hombres utilizan a las mujeres, y luego las abandonan.

–Por si no te acuerdas, te dije desde el principio que ese tipo no merecía la pena. Y cuando te pidió dinero para terminar la carrera de Derecho, supe que estaba en lo cierto –afirmó Abigail sacudiendo la cabeza–. Pero no juzgues a todos los hombres igual, por culpa de ese gañán.

–Bueno, aún no he encontrado a ningún hombre que me tiente lo suficiente como para descubrir si estoy en lo cierto.

–Quizá ese Devin…

–Dylan.

–Lo que sea. Quizá él te demuestre que te equivocas –afirmó la abuela guiñando un ojo–. ¿Sabes?, quizá sea por eso por lo que estás siempre tan tensa. Necesitas a un hombre como Darwin, que te ayude a relajar tanta tensión.

–¡Abuela!

–¡Digo lo que pienso! –insistió Abigail remangándose e inclinándose hacia delante–. Y ahora cuéntame cosas de ese sheriff Chancellor. Ya sabes que nunca me canso de hablar de hombres guapos.

–Se llama Chandler.

–Lo que sea.

–No piensas dejar de insistir, ¿verdad? –preguntó Brenna

frunciendo el ceño.

–No, absolutamente –contestó Abigail guiñando un ojo–. Te apuesto mis Reebok nuevas a que ese tipo es un verdadero hombre. Probablemente más guapo aun que Mel Gibson y ese musculoso Ronald Schwasenhoofer.

–Arnold Schwarzenegger.

–Lo que sea.

Brenna se levantó de la mesa y dejó su plato en el lavavajillas. Estaba tratando de retrasar lo inevitable. Abigail Montgomery podía haber trabajado como interrogadora en el departamento de investigación de la CIA.

–¿Y cómo es que has llegado a la conclusión de que ese sheriff tiene que ser algo especial?

–No he pasado más de cuarenta años trabajando con adolescentes para nada. Tú lo encuentras atractivo, lo sé –afirmó Abigail.

–No es cierto.

–Sí lo es. Vamos, suéltalo.

–Es alto… –comenzó Brenna alzando los brazos y dejándolos caer, en un gesto de impotencia.

–¿Cómo de alto?

–Yo diría que más de metro ochenta. Tiene el cabello negro y los ojos verdes –informó por fin Brenna, tratando de aparentar indiferencia–. Debe tener poco más de treinta años. Y eso es todo, no sé más. Ni me importa.

–¡Uh, oh! Entonces debe tener un montón de michelines –sacudió la cabeza Abigail–. Tranquila, con lo mal que cocinas, perderá peso enseguida.

–Pues la verdad es que tiene el estómago plano –aseguró Brenna pasando por alto la afirmación sobre su destreza en la cocina.

–¿Le quedan dientes?

–Tiene una dentadura preciosa –afirmó Brenna recordando su devastadora sonrisa.

–Un tipo atractivo de verdad, ¿eh?

–Abuelita, ¿quieres parar ya? –comentó Brenna poniendo los brazos en jarras y reprimiendo una sonrisa–. No tiene la nariz grande, pero aunque la tuviera, no dejaría de ser guapo.

–¡Ah, ha! –gritó Abigail, triunfante–, ¡por fin vamos al grano! Así

de guapo, ¿eh? –sonrió traviesamente, guiñando un ojo–. Apuesto a que besa como nadie.

–Abuela…

–¿Seguro que no necesitas el coche esta noche?

–No –sacudió Brenna la cabeza sorprendida, al ver lo rápidamente que había cambiado su abuela de tema de conversación–, puedo ir andando a clase. ¿Por qué?

–Quiero ir a Alpine con una de mis nuevas amigas.

–Eso está muy bien –comentó Brenna contenta de que su abuela hubiera hecho amigas tan pronto–. ¿Qué habéis planeado?

–Vamos de caza, a buscarte marido. ¿Alguna preferencia?

–Abuelita, por favor, no empieces.

–Tranquila –contestó Abigail girando los ojos en sus órbitas–. Vamos al cine. ¿Quieres que te lleve, de camino?

–No, gracias. No está lejos, me viene bien hacer ejercicio.

–No comprendo por qué te preocupa tanto mantener la línea, cuando no te interesan los hombres –sacudió la cabeza Abigail.

–Abuela…

–Está bien, me callo. Por el momento –añadió Abigail mirando el reloj–. Hora de ir a recoger a mi amiga –continuó levantándose de la silla–. Pero recuerda, quiero tener un nieto antes de que sea demasiado vieja. Y ese sheriff Antler…

–Chandler.

–Lo que sea. Parece un buen candidato –señaló Abigail despidiéndose.

Brenna caminó hacia el centro del pueblo disfrutando del suave clima del sudoeste de Texas y admirando las Davis Mountains, a pocos kilómetros de distancia. La vista era tan espectacular, que se olvidó de los comentarios de su abuela. Estaba nerviosa, pensando en lo que iba a hacer.

Respiró hondo y reprimió el deseo de comer chocolate. Lo conseguiría, se dijo. Reuniría coraje para compartir su amor por la artesanía con las mujeres de Tranquility. Otro de sus planes era rehacer su personalidad, y no estaba dispuesta a rendirse. Durante los cuatro años en que mantuvo relaciones con Tom, él le había repetido mil veces que su sueño de emprender un negocio propio y

enseñar artesanía era una estupidez muy poco ventajosa. Brenna apretó los dientes, recordando. Había recorrido mucho trecho, desde el momento en que Tom descubrió, un año antes, que tenía más cosas en común con su compañera de clase de derecho que con ella. Aun así, le quedaba mucho por hacer. Brenna tenía la intención de demostrarle que se equivocaba con relación a la enseñanza de la artesanía, así como con su costumbre de comer chocolate cuando se ponía nerviosa. Lograría acabar con esa costumbre.

Cuando llegó a la sala del Ayuntamiento, más de dos docenas de mujeres contemplaban la exposición que ella misma había preparado horas antes. Algunas de ellas incluso habían ocupado un lugar en las mesas de trabajo. Entusiasta ante tan buen recibimiento, Brenna entró y sonrió. Lo único que lamentaba era que Tom no estuviese presente, para demostrarle que se equivocaba.

–Querida, esto es lo mejor que ha ocurrido en Tranquility en décadas –comentó la señora Worthington, dando un paso adelante–. Sabía que nos ayudarías a dar un poco de cultura a este pueblo. Yo la he echado de menos, desde que me casé con Myron y me mudé aquí.

Brenna sonrió. Cornelia Worthington era la mujer del alcalde, presidenta de la Beautification Society, y líder natural de las damas del pueblo. Y su aprobación suponía el permiso para dar clase.

–Gracias, señora Worthington, pero me temo que mis clases no llegan a la altura que usted pretende. La pintura popular se considera más una artesanía que un arte.

–¡Oh, querida! –exclamó la señora Worthington–, qué modesta es usted, para su talento. Estoy muy contenta de haberla descubierto y de haberla convencido para que dé estas clases.

Brenna apenas pudo reprimir un gesto atónito. Prácticamente había tenido que arrodillarse ante la mujer del alcalde, para conseguir que le prestaran aquella sala para las clases. Al fin y al cabo, todo se desarrollaría bajo la atenta vigilancia de la Beautification Society, formada por las mujeres del pueblo.

–Señoras, si quieren ustedes tomar asiento, comenzaremos –anunció Brenna dirigiéndose a la parte delantera de la clase.

–Mildred, ¿por qué has tardado tanto? –preguntó la señora

Worthington a una mujer que llegaba tarde.

–Se me ha estropeado el coche. Por suerte, Dylan pasaba por allí de camino a la partida de póquer del Luke’s, y se ofreció a traerme.

–¡Dylan! –exclamó la señora Worthington–, es maravilloso ver que un hombre se interesa por las artes.

Al oír el nombre del sheriff, Brenna se dio la vuelta. Ahí estaba, apoyado en la puerta, sonriendo. Su seguridad en sí mismo la alteraba, haciéndola recordar el encuentro de aquella misma tarde. Pero en ese momento estaban en su terreno, y las cosas serían muy diferentes.

Dylan tragó al ver que Brenna se dirigía hacia él. Le estaba costando asimilar su nuevo aspecto, tan distinto del de unas pocas horas antes. Ya entonces, en su despacho, le había parecido guapa, con aquella ropa fea y grande. Aun así, había subestimado su atractivo. No necesitaba seguir preguntándose por sus curvas o por la longitud de sus cabellos, aunque más valía que hubiera podido seguir fantaseando. Habría sido infinitamente más fácil.

Brenna llevaba una camisa azul que acariciaba sus altos y generosos pechos y unos vaqueros gastados que destacaban sus largas piernas y sus caderas. Y sabía balancearlas, al caminar. El cabello pelirrojo, con brillos dorados, le llegaba hasta la cintura y parecía tan sedoso, que Dylan deseó enredar en él los dedos.

–Dylan, cariño, estás todo colorado –comentó Mildred–. ¿Te encuentras bien?

–Eh… claro, estoy… bien –contestó él a duras penas, mirando a su alrededor para ver si alguien había notado su estado.

Dylan juró entre dientes. En aquella sala se reunía la mayor colección de cotillas que hubiera visto nunca. Si aquellas viejas gallinas descubrían que encontraba atractiva a Brenna Montgomery, se lanzarían sobre él como tiburones. A su lado Mildred Bruner, funcionaria del condado y responsable de las licencias matrimoniales de todo el condado. De todos era de sabido que era una romántica incurable y que llevaba siempre encima el libro de solicitudes, por si alguien le pedía uno de esos billetes al paraíso del matrimonio.

Si no se marchaba, Mildred sacaría el libro de solicitudes. Para

el amanecer, el resto de gallinas habría logrado que todo el pueblo hiciera apuestas sobre cuándo se celebraría la boda. Dylan volvió a jurar entre dientes. No buscaba esposa. Y aunque así fuera, Brenna Montgomery no era una candidata.

–Estaré en el Luke's, si necesitas que te lleve de vuelta a casa, Mildred.

Dylan se ruborizó al ver que unas cuantas mujeres intercambiaban miraditas cómplices. Si ya antes alguna había notado sus apuros, en ese momento debía ser del dominio público.

–¿No se queda a dar clase, sheriff? –preguntó Brenna mientras él se dirigía a la puerta.

Dylan se paró en seco. No podía creerlo. Brenna Montgomery deseaba tanto que asistiera a sus clases como cualquier pobre diablo llegar al infierno. Se dio la vuelta, la miró enfadado, y contestó:

–No.

–¡Lástima! Algunos de los artesanos de más talento que conozco son hombres –afirmó Brenna dando un paso en su dirección. Dylan dio un paso atrás. ¿Qué pretendía?–. Por supuesto, muchos hombres carecen de la paciencia y de la coordinación que requiere aprender la técnica de la pintura.

Aquellas palabras fueron para Dylan todo un desafío. Al ver que Brenna daba un paso adelante, Dylan permaneció en su sitio y alargó la mano para tomar la de ella.

–Ah, estoy seguro de que podría llegar a ser un maestro en cualquier técnica, señorita Montgomery. Y tengo mucha paciencia –añadió sintiendo un escalofrío recorrerle el brazo. El contacto con aquella mano femenina le aceleraba el pulso, pero Dylan era orgulloso, y no iba a echarse atrás–. Jamás me ha costado trabajo, hacer cosas con las manos. Ni nunca nadie se ha quejado de mi habilidad para obtener resultados satisfactorios –sonrió pícaramente.

–Ha sido muy amable, sheriff, deteniéndose a visitarnos –contestó Brenna apartando inmediatamente la mano–, pero tendrá que disculparnos. Tengo que empezar la clase. Estoy convencida de que conoce la salida.

Dylan sabía que le había dado la vuelta a la tortilla. Brenna se sentía tan afectada por ese contacto como él. Y trataba de echarlo. Pero él no estaba dispuesto. Era ella, quien había iniciado el

enfrentamiento. Y no tenía intención de rendirse.

–¿Dónde quiere que me siente?

–No querrá decir… que se queda… ¿no?

–Sí –sonrió Dylan satisfecho, al ver su sorpresa–, eso es exactamente lo que quiero decir.

–¡Ah, es magnífico! –exclamó Corny dando palmadas–. Ahora que Dylan va a venir a clase, no tendremos problemas para convencer a los hombres de que vengan. Yo pienso hablar con Myron esta misma noche, y os animo a todas a que hagáis lo mismo con vuestros maridos.

La sonrisa triunfal de Dylan se desvaneció de inmediato. Todas las mujeres volvieron la cabeza hacia él. Se había olvidado por completo de la partida de póquer en el Luke's. Y en cuanto comenzaran los rumores de que asistía a clase, jamás pararían. Pero no había salida, a menos que saliera de allí con la cabeza gacha.

Cada martes, durante no se sabía cuánto tiempo, se perdería la partida. Se vería obligado a escuchar la suave voz de Brenna, a contemplar sus sedosos cabellos pelirrojos rozarle el maravilloso trasero… Dylan sintió su cuerpo excitarse, y juró entre dientes. Se quitó el sombrero y observó a Brenna. Y enseguida olvidó el malhumor, reprimiendo una sonrisa. Si algo positivo salía de todo eso, era ver el rostro atónito de Brenna Montgomery.

Capítulo Dos

Incrédula, Brenna se giró lentamente y caminó hacia la parte delantera de la clase. ¿En qué había estado pensando? El sheriff iba a marcharse. Y se habría ido, si ella hubiera mantenido la boca cerrada. Pero no, había tenido que abrir la boca. Había tratado de mostrar confianza en sí misma, y había acabado liándolo todo. Conseguir una personalidad fuerte, segura, era algo complicado. Había que saber guardar el equilibrio. Y acababa de echarse demasiado a un lado.

–Bien, señoras… y caballero –comenzó Brenna evitando mirarlo, mientras tendía a las mujeres una lista con los materiales necesarios para la clase–. Estos son los materiales que necesitarán durante este curso.

–¿Qué diferencia hay entre el verdadero arte y pintar un paisaje o un retrato? –preguntó una de las mujeres.

Brenna se apoyó en la mesa y trató de ordenar sus ideas. La presencia del sheriff en clase alteraba sus ya de por sí alterados nervios. Necesitaba una chocolatina.

–Originariamente, la etiqueta de arte popular se daba a toda forma de arte creada por personas de escasos o nulos conocimientos de las técnicas de pintura o de diseño. Los artistas populares creaban sin saber qué hacían o cómo lo hacían. El arte puro requiere una mayor disciplina.

–¿Y cómo surgió? –preguntó Mildred Bruner.

–Podría decirse que surgió por envidia –contestó Brenna tratando de hacer caso omiso al sheriff, que sonreía–. En Europa, los plebeyos querían imitar los muebles caros de la clase alta, así que utilizaban el arte popular en sus muebles, sus platos y su cerámica. Incluso en los carteles de la calle, anunciando sus establecimientos.

–¿Los anuncios de las tiendas? –repitió la señora Worthington.

–Sí –asintió Brenna–. Durante los siglos diecisiete y dieciocho la gente usaba el arte popular para fines prácticos tanto como decorativos. La mayor parte de la gente era analfabeta, pero al

utilizar dibujos expresivos, con colores llamativos, los propietarios de los establecimientos conseguían anunciar sus productos sin dificultad –explicó Brenna haciendo una pausa y buscando un ejemplo–. Pongamos, por ejemplo, que en el Luke's hubiera un cartel de madera en el que hubiera pintada una jarra de cerveza goteando, sin más. No creo que nadie dudara de qué se hace en ese establecimiento, ¿no?

–¡Ah, qué gracioso! –exclamó la señora Worthington sonriendo, con el rostro iluminado.

–¿Alguna pregunta más? –preguntó Brenna casi al final de la clase. Al ver que nadie respondía, sonrió–. Entonces hoy acabaremos un poco antes. Tengo todos los materiales necesarios en mi tienda. Pasen por allí y las ayudaré a encontrar lo necesario para la clase de la semana que viene.

A la salida, muchas mujeres se detuvieron a comentar la ilusión que les hacía la clase y a preguntarle a Brenna por su tienda. Brenna estaba muy animada, pero no había olvidado el incidente con el sheriff. Aquella noche había alcanzado dos metas muy importantes. La primera, suscitar el interés por sus clases. Y la segunda, y no menos importante, reunir el coraje suficiente como para dar la clase. Solo deseaba que Tom la hubiera visto.

–Señorita Montgomery, ¿podría hablar con usted? –dijo una voz masculina tras ella, mientras alguien apoyaba una mano en su hombro.

El grito que lanzó entonces Brenna resonó en las calles desiertas de Tranquility. Brenna se giró súbitamente y alzó el enorme bolso con los materiales, dirigiéndolo directamente al lugar de la anatomía masculina donde podía causar más daño.

–Tranquila, señorita –añadió Dylan, protegiéndose–. Soy yo.

–¡Sheriff Chandler! –exclamó Brenna llevándose una mano al pecho–. ¿Es que dan premios en este pueblo, a los hombres que asustan a las mujeres?

–No pretendía asustarla, solo quería hablar con usted en privado unos minutos.

–¿Quiere dejar de venir a clase? –preguntó ella esperanzada.

–No –negó él, a quien, sin embargo, nada hubiera hecho más feliz. Pero no le iba a dar esa satisfacción–, creo que me va a gustar.

–Estupendo, sheriff. Y ahora, si me disculpa, tengo que

marcharme.

Dylan frunció el ceño. Aquella era la segunda vez que Brenna trataba de deshacerse de él. Y no le había sentado mejor que la primera.

–No tan deprisa, señorita Montgomery. Tenemos que hablar de lo ocurrido esta tarde.

–No veo la necesidad, sheriff. Ya se lo he contado todo, y usted ha dejado bien claro que cree que exagero.

Dylan contempló el rostro de Brenna durante largos segundos. Aquella mujer era realmente el problema más bello que hubiera visto jamás. Sus ojos azules denotaban inteligencia, algo que Dylan encontraba extremadamente sexy. Y sus labios perfectos parecían rogar que los besaran. Dylan sintió que se le hacía un nudo en el estómago. Era ridículo pensar ese tipo de cosas, no conseguiría más que problemas. Los había tenido ya de ese tipo, en una ocasión, y no quería volver a tenerlos. Respiró hondo, señaló el Luke's, al otro lado de la calle, y dijo:

–Vayamos a tomar un café.

–¿Pero no se supone que iba a llevar a Mildred a casa?

–Corny... la señora Worthington se la ha llevado hace diez minutos, igual que al resto de la clase. Dijeron algo de una reunión de emergencia del B.S. Club.

–¿El B.S. Club?

–Eh... Beautification Society...–explicó Dylan, aclarándose la garganta. Acababa de meter la pata. Se le había escapado el ridículo nombre con el que los hombres habían bautizado a la única organización de mujeres de Traquility–. Ellas... se reúnen una o dos veces al mes para cotillear.

–Tengo la impresión de que en este pueblo los secretos no duran mucho tiempo.

–Bueno, siempre pasa igual en los pueblos pequeños. Todo el mundo lo sabe todo –contestó Dylan aliviado, al ver que ella no decía nada del nombre, guiándola para cruzar la calle.

–Un momento, sheriff –lo detuvo Brenna, poniéndose tensa–. ¿por qué no podemos hablar aquí?

Dylan notó el escalofrío que recorrió la espalda de Brenna, e inmediatamente comprendió que no tenía nada que ver con la temperatura de aquel mes otoñal. Bien, al menos aquel contacto la

afectaba tanto como a él, pensó antes de contestar:

–No sería un caballero, si la hiciera permanecer aquí, de pie, al fresco de la noche. Está usted temblando –añadió reprimiendo una sonrisa.

Brenna salió tan disparada a cruzar la calle, que Dylan tuvo que reprimir entonces una carcajada.

Brenna había estado solo dos veces en Luke's Bar and Grill en el transcurso de las dos semanas que llevaba en Tranquility, pero en ambas ocasiones había tenido la sensación de volver atrás en el tiempo. En las paredes había pósters legendarios de finales del siglo XVIII de delincuentes reclamados por la ley, calaveras y hierros para marcar ganado. En el suelo, a ambos extremos de la barra, antiguas escupideras de latón, y por iluminación unas cuantas linternas antiguas, debidamente electrificadas, sobre raíles de tren suspendidos del techo.

El sheriff Chandler debió notar su curiosidad, porque enseguida comentó, mientras la llevaba a una mesa apartada:

–El abuelo de Luke abrió este salón a principios del siglo XIX, y Luke siempre ha sido muy sentimental. ¿Cómo le gusta el café? –preguntó Dylan mientras le sujetaba la silla.

–Con leche.

Brenna observó a Dylan acercarse a la barra a grandes zancadas. De espaldas era tan atractivo como de frente. Tenía unos hombros inmensamente anchos, larguísimas piernas y el trasero más… Atónita ante su propia reacción, Brenna apartó la vista.

–Aquí tiene –dijo él poniendo dos tazas sobre la mesa y sentándose frente a ella.

Brenna sorbió el café mientras escuchaba la balada country que salía del tocadiscos tragaperras y esperaba a que Dylan se decidiera a hablar. Quería terminar cuanto antes aquella conversación y poner cierta distancia entre ellos. Aquel hombre tenía algo que la alteraba, que la hacía temblar. Y estaba a punto de levantarse para ir a buscar la máquina de chocolatinas más próxima. Incapaz de esperar más, se aclaró la garganta y preguntó:

–¿De qué quería hablarme, sheriff?

–Esta tarde se ha llevado usted una impresión equivocada, y

quería aclarar las cosas –sonrió él seductor. Brenna trató de interrumpirlo, pero él alzó una mano y continuó–: Mi intención no era quitarle importancia al asunto, pero este es un pueblo pequeño, con viejas costumbres. Cuando alguien se muda aquí, todos tratan de demostrarle que son buenos vecinos y le dan la bienvenida con los brazos abiertos –rio Dylan–. Admito que la mayor parte de la gente es más sutil que Pete, pero créame, su intención era buena. Hablé con él, después de marcharse usted de la oficina, y la cosa era tal y como yo creía… él simplemente trataba de hacerla sentirse parte de la comunidad.

–Pero yo no había visto a ese hombre nunca, hasta hoy. ¿Cómo iba a saber que se trataba de una costumbre?

–Claro, reconozco que debió asustarla –asintió Dylan–, pero no es esa la razón por la que quería hablar con usted.

–Entonces, ¿a qué hemos venido aquí?

–Creo que tiene derecho a saber por qué defiendo a Pete con tanto ardor.

–Muy bien, lo escucho, sheriff. ¿Por qué no me lo explica?

–¿Por qué no te dejas ya de tanta cortesía? –preguntó Dylan ansioso por oírla llamarlo por su nombre de pila, pero menos ansioso, en cambio, por indagar en la razón–. Llámame Dylan.

–Está bien… Dylan. ¿Por qué defiendes a Pete?

Dylan dejó la taza mientras trataba de poner en orden sus pensamientos. Quizá no hubiera sido tan buena idea, que se tutearan. Oír su nombre, con aquella voz aterciopelada, le había acelerado el pulso.

–Por si no lo recuerdas, te dije que conocía a Pete de toda la vida. De hecho vive conmigo –afirmó haciendo una pausa y tragando. Aquella era la parte más difícil de confesar, pero era mejor decírselo. De todos modos, antes o después se iba a enterar. Dylan se aclaró la garganta y continuó, mirándola expectante–: Pete Winstead es mi tío.

–No es de extrañar, entonces, que insistieras tanto en que es inofensivo –comentó Brenna abriendo enormemente los ojos, muy expresivos–. ¿Por qué no me lo dijiste esta tarde?

–A decir verdad –contestó Dylan aliviado, al ver su reacción–, el asunto no me gustó. Llevo años diciéndole que le ocurriría algo así algún día. De todos modos, no creo que vuelva a mostrarse tan

entusiasta, a partir de ahora. Se disgustó mucho, cuando le conté que viniste a quejarte. Me hizo prometerle que hablaría contigo a la primera oportunidad.

–Comprendo –asintió Brenna–, yo también vivo con una abuela excéntrica. Espero que Pete no siga disgustado.

–No te preocupes por Pete, lo superará. Siempre se le pasa todo enseguida.

–Igual que a mi abuela –sonrió Brenna sacudiendo la cabeza–. Bueno, pensándolo bien no creo que haya nadie como mi abuela.

–No es la típica abuelita tradicional, sentadita en su mecedora, ¿eh?

–No –rio Brenna.

Dylan sintió que el pulso se le aceleraba. Brenna Montgomery tenía una sonrisa encantadora, resultaba devastadora cuando quería. Y sus labios parecían hechos a propósito para besarlos. ¿Pero qué le ocurría? Ella era demasiado impredecible, parecía ansiosa por acabar con todas las tradiciones del pueblo. No solo se había quejado a causa de una vieja costumbre de Pete, sino que además lo había obligado a asistir a su clase faltando a la partida de póquer de los martes, cosa que no había hecho en diez años. Hasta esa noche.

Sin duda, aquella mujer le causaría problemas. De pronto Dylan miró a su alrededor. La partida terminaría de un momento a otro, y lo último que deseaba era que los chicos lo vieran y comenzaran a hacerle preguntas, nada más salir de la sala de juegos de la parte de atrás del Luke’s.

–¿Ocurre algo? –preguntó Brenna–. De pronto te has puesto serio.

–Ah… no. Se hace tarde –añadió Dylan mirando el reloj–. Será mejor que nos vayamos.

Dylan se levantó y le ofreció la mano a Brenna, pero nada más tocarla él comprendió que había sido un error. Aquella mano femenina se deslizaba por la suya como un retazo de seda. Dylan la guió a la salida y se soltó, sin pronunciar palabra. No podía hablar. Su mente y su cuerpo luchaban el uno contra el otro, le costaba un enorme esfuerzo reprimirse y no dejarse llevar por el impulso. Fuera ella a causarle problemas o no, lo cierto era que Dylan solo deseaba estrecharla en sus brazos y besarla hasta arrebatarle el

sentido.

–¿Dónde tienes aparcado el coche?

–Esta noche se lo ha llevado mi abuela, pero debe estar ya en casa –contestó Brenna echando a caminar–. Hasta la semana que viene.

–¿Vas andando? –preguntó Dylan tomándola por el hombro y obligándola a detenerse y darse la vuelta.

–No está tan lejos –asintió ella soltándose.

–Está muy oscuro.

–Suele estarlo, de noche –contestó ella–. ¿Algún problema?

–No es seguro.

–Llevas media hora diciéndome lo tranquilo que es este pueblo, ¿y ahora dices que no es seguro andar por las calles de noche? –preguntó Brenna cruzándose de brazos–. Decídete, sheriff. ¿Es tranquilo, o no?

–En general es tranquilo, pero de vez en cuando algún vaquero de los ranchos de los alrededores se emborracha y se cree un donjuán –explicó Dylan tomándola del codo para guiarla hasta su camioneta Chevy, al otro lado de la calle–. Hoy has hecho ya una queja, así que preferiría evitar la segunda.

–No, gracias, prefiero caminar –insistió Brenna. Dylan la observó. Brenna era una mujer decidida y vital. Apenas pudo contenerse para no besarla allí mismo. En lugar de ello le abrió la puerta de la camioneta, la agarró de la cintura y la ayudó a subir–. ¿Qué crees que estás haciendo?

–Asegurarme de que llegas a casa sana y salva –contestó Dylan sentándose al volante.

–No hace ninguna falta que me lleves. Sé cuidar de mí misma.

–Sí, claro.

–No puedes hacer esto.

–¿No? Observa –contestó Dylan mirándola de mal humor y arrancando.

–¿Te muestras siempre tan manipulador con todo el mundo?

–Señorita, podrías acabar con la paciencia de cualquiera –observó Dylan tras contar hasta diez–. Primero te quejas por un sencillo gesto de amabilidad, y luego vuelves andando a casa sola de noche, buscando problemas.

–No es cierto.

–Lo es.

Brenna miró por la ventanilla de mal humor. Probablemente Dylan tuviera razón en que era peligroso volver sola a altas horas de la noche, pero no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer. ¿Por qué los hombres creían siempre saber qué era lo mejor para una mujer?, ¿por qué pensaban que las mujeres eran incapaces de tomar sus propias decisiones?

Tom era exactamente igual, siempre le decía lo que tenía que hacer. Y según parecía Dylan Chandler estaba cortado por el mismo patrón. Nada más llegar, Brenna se preparó para bajar, diciendo:

–Gracias por traerme, pero tengo que decírtelo, sheriff: tu comportamiento es casi el de un neanderthal.

–Quizá, pero me enorgullezco de poder decir que este hombre de las cavernas se acostará esta noche con la satisfacción de haber cumplido su deber –contestó Dylan sonriendo–. Has llegado a casa sana y salva.

–De un momento a otro recitarás el código de caballería de la Tabla Redonda –replicó Brenna.

–No hay nada malo en proteger a una mujer de los peligros que ingenuamente no ve, o se niega a ver –contestó Dylan deteniéndola, mientras Brenna trataba de abrir la puerta.

–Pero esa mujer puede ser cinturón negro en karate, y puede saber cuidar de sí misma –objetó Brenna sintiendo un estremecimiento ante el contacto de Dylan y su proximidad. Los labios de él estaban a escasos centímetros, Brenna sentía que se ahogaba–. Te agradezco tu preocupación, pero…

–Shhh… –ordenó Dylan instantes antes de acariciarla con los labios.

Al principio Dylan la besó con suavidad y ligereza, mordisqueando expectante, esperando su reacción, para saber si podía continuar. Pero en cuando trazó la forma de sus labios con la lengua, dejó de pensar en mantener las distancias con ella. Brenna sacó automáticamente la lengua para aminorar el efecto de las cosquillas que él le producía, pero al entrar en contacto con la de él sintió que el corazón le palpitaba.

En aquel instante, el hecho de que no hubiera debido besarlo

carecía de importancia. Brenna lo saboreó ansiosa, abandonándose. Estaba demasiado ocupada, con todas aquellas sensaciones, como para recordar que debía seguir respirando. Cuando por fin lo hizo, una fragancia fuerte y masculina la invadió. Brenna jamás había olido nada tan sensual, tan sexy y tan maravilloso.

Dylan la estrechó contra sí. Los brazos de Brenna, entre medias, se aferraron a la camisa de él. Aquellos fuertes músculos pectorales se estremecieron al contacto, Brenna podía sentir su corazón latir. Dylan la penetró con la lengua, y entonces Brenna comenzó a sentir calor y a excitarse. Él la exploraba, la reclamaba.

Dylan Chandler era el último hombre al que debía estar besando, pensó Brenna justo antes de perder la lucidez. Era arrogante, macho y manipulador de la preciosa cabeza a los pies. Y la estaba besando como jamás nadie la había besado.

La intensidad de aquella pasión habría hecho sucumbir a Dylan, de no haberse estado clavando el volante en las costillas. No besaba a una chica en la cabina de la camioneta desde la adolescencia. Por un segundo Dylan deseó haber conducido aquel día el Explorer, en lugar del Chevy, pero entonces Corny y las gallinas no habrían parado de comentar que el sheriff usaba el coche patrulla para llevar a casa a la profesora de pintura.

Dylan se serenó lentamente, y se apartó. Había besado a unas cuantas mujeres en su vida, pero ninguna de esas experiencias podían compararse con las sensaciones salvajes e indomables que lo invadían en ese momento. Porque no todos los besos eran iguales. En una escala del uno al diez, aquel había alcanzado la cota quince. Veinte, incluso. Definitivamente, había sido una experiencia devastadora. Dylan colocó una mano en la nuca de Brenna y la presionó suavemente contra su hombro, exclamando:

–¡Wow!

–No debería haber ocurrido –dijo ella, apenas sin aliento.

–No, no debería haber ocurrido. Te acompañaré hasta la puerta –comentó él soltándola.

–No es necesario.

Pero Dylan había salido del coche y había dado la vuelta, abriéndole la puerta y ayudándola a salir. Brenna debía estar a punto de protestar una vez más. Dylan puso una mano en su espalda y la guió, comentando:

–Mi padre me hizo prometerle que me comportaría siempre como un caballero, y eso incluye acompañar a las mujeres a la puerta.

–¡Pero si solo ibas a traerme a casa!

–No importa. Eres una mujer, y yo te he traído a casa, así que te acompaño a la puerta. Así de simple.

Al llegar al porche, Dylan la contempló. Aquel era el aspecto que Brenna debía tener siempre: suave, delicado, con el cabello revuelto tras haberlo acariciado él, enredando los dedos, y con cierto rubor en las mejillas de porcelana. Debía haber perdido el juicio, pero no se arrepentía de ser él el responsable de que ella tuviera ese aspecto. Tenía todo el cuerpo tenso. Era la hora de la retirada, antes de que cometiera la locura de volver a besarla. Justo cuando Dylan iba a despedirse, se encendió la luz del porche.

–Brenna, ¿eres tú?

–Sabes perfectamente que sí –musitó ella alejándose de Dylan.

Una mujer mayor, de la misma edad que Pete más o menos, apareció en el porche entonces, respondiendo:

–Por supuesto que lo sé, pero como es evidente que no vas a pedirle a este guapo joven que entre, tenía que buscar una excusa para invitarlo yo.

–Dylan Chandler, señora –se presentó Dylan quitándose el sombrero y alargando una mano–. Usted debe de ser la abuela de Brenna. Me alegro de conocerla.

–Me llamo Abigail Montgomery. ¿No quieres pasar un momento? –ofreció la anciana, estrechando su mano.

A juzgar por la sonrisa traviesa y la forma de guiñar un ojo de Abigail, era evidente que Brenna tendría que soportar bromas, preguntas e indirectas durante mucho tiempo. Brenna se apresuró a intervenir:

–Abuela, estoy segura de que el sheriff Chandler tiene cosas más importantes que hacer, ¿verdad, sheriff?

–Quizá en otro momento, señora Montgomery.

–Te tomo la palabra –sonrió Abigail–. Quizá Brenna pueda prepararte una buena cena un día de estos –Brenna abrió la boca atónita–. Cierra la boca, cariño, antes de que te entren moscas.

–Será mejor que me marche para que podáis entrar –intervino Dylan, ansioso por escapar.

–Gracias por traerme –repitió Brenna, tras recibir un codazo en las costillas de su abuela.

–De nada. Buenas noches, señoras.

–Buenas noches –se despidió Abigail, empujando a Brenna–. Vamos dentro, tienes mucho que contarme. Y te lo advierto, esta vez quiero saberlo todo.

–No hay nada que contar –respondió Brenna cerrando la puerta.

–Oh, sí, sí hay mucho que contar. Dijiste que no te gustaba Darren Chancellor.

–Dylan Chandler.

–Lo que sea –contestó Abigail con un gesto impaciente de la mano–. Dijiste que no te interesaba.

–Y no me interesa.

–Sí, y el Gran Cañon no es más que un pequeño terraplén. Vamos, cuenta.

–Dylan me trajo a casa –explicó Brenna, que se vio obligada a añadir, tras el gesto de su abuela–: No es mi tipo.

–Apuesto a que sí –rio Abigail–. Hace falta jadear mucho, para empañar así las ventanillas del coche. Y no me extraña, es el tipo más sexy que ha venido por casa en mucho tiempo.

Cuando Abigail comenzó a tararear la balada nupcial, Brenna giró sobre los talones y se dirigió a su dormitorio, dando un portazo. Luego se dejó caer sobre la cama y rebuscó por el cajón de la mesilla, sacando una chocolatina. Vivir con la abuela podía acabar con la paciencia de cualquiera, pero tras conocer a Dylan Chandler resultaría imposible.

Capítulo Tres

Dylan apoyó la cabeza en los codos y se quedó absorto. Llevaba cuatro días así, desde que había accedido a asistir a las clases de pintura de Brenna. Cuatro días, desde que la había llevado de vuelta a casa. Cuatro días sin poder hacer nada. Sí, se había levantado y había acudido a trabajar, pero se había quedado absorto más veces de las que podía siquiera contar.

Al besarla, solo había pretendido hacerla callar. Pero al terminar de besarla, se había quedado sin habla. Dylan sacudió la cabeza y trató de concentrarse una vez más en los papeles que tenía sobre la mesa. La última vez que se había dejado llevar por un impulso, había acabado siendo el hazmerreír del pueblo. Y no tenía intención de que volviera a suceder. Por eso, lo mejor era alejarse de la tentación.

Al martes siguiente, en lugar de asistir a clase, volvería a la partida de póquer. Una vez tomada esa decisión, Dylan comenzó a leer los papeles. Pero acto seguido Myron Worthington entró echo una furia en el despacho, dejándose caer en la silla frente a él.

–Tenemos un problema muy gordo, chico.

–¿Qué te hace pensar eso, Myron? –preguntó Dylan con calma, acostumbrado como estaba a aquellas entradas estrepitosas del alcalde.

–Cornelia y las gallinas están tramando algo.

–¿Quieres decir que el B.S. Club está discutiendo algo más importante que los refrescos que se servirán en su siguiente reunión, o a quién llamarán para ayudar a decorar la sala del Ayuntamiento en la fiesta del Christmas Jamboree?

–Esta mañana, durante el desayuno, Cornelia se ha levantado de pronto de la mesa y me ha anunciado que van a decorar Main Street para el Jamboree –asintió Myron inclinándose hacia delante–. Y piensan hacer algo especial todos los años, por estas fechas.

–El B.S. Club no ha hecho absolutamente nada durante los últimos veinte años –afirmó Dylan tranquilamente, reclinándose

sobre el sillón y apoyando las botas sobre la mesa–, aparte de preparar ponche para el Jamboree y decidir a quién presionar para que se vista de elfo y te ayude a repartir los regalos de Navidad. ¿Qué te hace pensar que van a cambiar?

–Cornelia me ha dicho que este año están decididas a utilizar sus conocimientos de pintura para decorar la calle.

–¿Y te ha dicho qué están planeando? –preguntó Dylan con un nudo en el estómago, al oír mencionar las clases de Brenna.

–No, y eso es lo que más me preocupa –contestó Myron quitándose el sombrero y pasándose una mano nerviosa por los cabellos–. Pero mientras Cornelia siga hablando, no hará nada. Es cuando se calla, cuando me da miedo.

–¿Te ha dicho cuándo van a comenzar con esos planes?

–No, ahí es donde entras tú –sacudió la cabeza Myron.

–¿Yo? –preguntó Dylan dejando caer las piernas al suelo del susto, y poniéndose en pie–. ¿Y desde cuándo tengo yo algo que ver con todo eso?

–Tú vas a esas clases, ¿no?

–No.

–Cornelia dice que asistes –afirmó Myron de mal humor–. ¡Si hasta ha tratado de convencerme a mí para que vaya!

–Estuve el martes pasado, pero no pienso volver.

–Tienes que volver –insistió Myron.

–¿Por qué? –preguntó Dylan acalorado.

–Tenemos que descubrir qué trama el B.S. Club, y cuándo piensa llevarlo a cabo –afirmó Myron poniéndose en pie.

–Pues pregúntale a tu mujer –respondió Dylan con toda naturalidad.

–No sabes absolutamente nada de mujeres, ¿verdad, chico? –preguntó Myron deteniéndose para mirarlo de frente, después de haber recorrido el despacho arriba y abajo.

–Sé lo suficiente –rio Dylan.

–No estoy hablando de cómo achucharlas –respondió Myron perdiendo la paciencia y llevándose un dedo a la sien–. Estoy hablando de cómo piensan.

–¿Y cómo piensan, Myron?

–Que me ahorquen si lo sé –respondió el alcalde con impotencia–. Llevo treinta años casado con Cornelia, y todavía no lo

he averiguado. Pero sé que cuando se empeña en una cosa, nada ni nadie puede hacerla cambiar de opinión. Y ahora está empeñada en decorar Main Street por Navidad.

–Bueno, pues tendrás que ir a buscar esa información a otra parte –aseguró Dylan con firmeza–. Yo no me llevo bien con esa profesora.

–Entonces será aún más fácil –afirmó Myron aliviado.

–Olvídalo, Myron –sacudió la cabeza Dylan–. No voy a volver a esa clase.

–No recuerdo haber tenido que hacer esto nunca, chico, pero según parece no me queda otra alternativa –afirmó Myron serio. Dylan sintió que el nudo del estómago lo estrangulaba. Sabía a dónde quería ir a parar el alcalde, pero fue incapaz de detenerlo–. Como alcalde y jefe tuyo, te doy la orden expresa y directa de asistir a esas clases y descubrir qué traman las gallinas, antes de que conviertan Tranquility en el hazmerreír de todo el estado de Texas.

Tras pronunciar aquella sentencia, Myron se puso el sombrero y salió del despacho con aires de rotundidad, como un monarca. Dylan apoyó los codos sobre la mesa y enterró la cabeza entre las manos. No le gustaba nada el giro que estaban dando las cosas. No era su estilo, hacer el papel de espía. Y volver a ver a Brenna las noches de los martes no lo ayudaría a olvidar el beso.

Pero una orden era una orden. Dylan siempre se había enorgullecido de ser el sheriff, y no tenía elección, a menos que se despidiera.

Brenna respiró hondo, abrió la puerta del dormitorio y se preparó para volver a soportar a su abuela. Tras acompañarla a casa Dylan cuatro días antes, Abigail se había dejado de sutilezas pasando directamente a la acción. Había llegado incluso a preguntarle a Brenna a cuántas personas quería invitar a la boda.

–¡Estoy en el salón! –gritó Abigail al oír que su nieta entraba en la cocina–. Ven a ver quién ha venido a visitarnos.

Sentado en el sofá junto a Abigail, Pete Winstead sonrió ampliamente e hizo un gesto de saludo con el sombrero.

–Me alegro de volver a verte, señorita Brenna.

–Ha venido a disculparse por el susto del otro día –explicó

Abigail dando palmaditas sobre el muslo de Pete, mientras Brenna la miraba con ojos de plato–, ¿verdad, Pete?

–Ah… sí. Lamento mucho haberte asustado –añadió Pete, sin rastro alguno de arrepentimiento.

–No puedo creer que pensaras que este pobre hombre se te iba a echar encima –continuó Abigail poniéndose en pie y acercándose a Brenna, mientras sonreía traviesamente–. Es demasiado viejo para hacer otra cosa que recordar.

–¡Abuela! –exclamó Brenna ruborizándose.

–No, tranquila –sonrió Pete, poniéndose en pie y quitándose el sombrero–. No te dejes engañar por las apariencias, cariño –añadió dirigiéndose a Abigail–. Puede que haya nieve sobre el tejado, pero aún queda fuego ardiendo en la caldera.

–Yo no estaría tan segura –respondió Abigail–. Además, no tengo frío.

Incapaz de articular palabra, Brenna observó a su abuela. Abigail se había ruborizado, y sus ojos tenían un brillo travieso. Se lo estaba pasando mejor que nunca. Pete se echó a reír.

–¿Qué te parece venir conmigo al Luke's esta noche, cariño? Los chicos se reúnen allí las noches de los sábados para tocar la guitarra y ejercitar los dedos. La música no es mala, y siempre es mejor que quedarse en casa.

–Suena divertido, ¿no? –preguntó Abigail, dirigiéndose a Brenna. Luego, volviéndose hacia Pete, añadió–: Nos encantará ir. Pero somos mujeres modernas, nos veremos allí.

–No creo que… –comenzó a objetar Brenna.

–Calla, Brenna –se apresuró Abigail a interrumpirla, mientras Pete se dirigía a la puerta–. Si no dejamos que se marche este viejo fósil, no llegaremos a tiempo.

–¡Viejo fósil! –exclamó Pete riendo y saliendo al porche–. No soy mayor que tú, cariño. Espera a esta noche. Bailaremos hasta que los pies te pesen como plomos.

–Seguro que te tropiezas –respondió Abigail cerrando la puerta y dirigiéndose a su dormitorio–. Me pregunto qué lleva la gente a un sitio como ese Kook's

–Luke's –la corrigió Brenna.

–Lo que sea.

Brenna siguió a Abigail al dormitorio. Por un lado se alegraba de

que su abuela la hubiera incluido en la fiesta, porque nunca se sabía qué podía suceder, cuando se dejaba solos a los ancianos.

–Ese Pete se cree que me va a dejar exhausta de tanto bailar, pero se va a llevar una sorpresa. Para cuando termine con él, le saldrá humo por las botas –musitó Abigail mientras rebuscaba por el armario–. ¿Has visto mi pañuelo azul?

–No.

Brenna no podía creer que, tras veinte años de viudedad, su abuela hubiera encontrado por fin a un hombre con el que salir. Pero de pronto se le ocurrió una idea. Si eso la entretenía, la dejaría en paz a ella. Abigail debió de leerle el pensamiento, porque dejó de rebuscar por el armario y sonrió traviesamente, mirando a Brenna.

–Quizá tu hombre esté allí también, esta noche.

–Olvídalo, abuela –insistió Brenna, sintiendo que se le aceleraba el pulso solo de pensarlo–. No me interesa.

Dylan dio un sorbo de cerveza y escuchó a la banda de música. Desde su conversación con el alcalde, había tenido tiempo de recapacitar y ver las cosas con más perspectiva. Por ejemplo, el beso que le había dado a Brenna. Después de todo, su reacción no había sido tan exagerada. Hacía mucho tiempo que no sentía el calor del cuerpo de una mujer. En esas circunstancias, hasta un santo habría reaccionado igual.

Pero nada más ver entrar a Brenna en el Luke's, Dylan sintió que se le secaba la boca. Los vaqueros y el jersey rosa destacaban su silueta a la perfección. Y su forma de balancear las caderas le alteraba el pulso, hasta el punto de que hubiera necesitado unos vaqueros un par de tallas más grande.

Ningún problema le había resultado nunca tan tentador. Y, según parecía, no era él el único que lo había notado. Muchos vaqueros se dieron codazos unos a otros, desviando la vista hacia ella. Dylan sintió la inexplicable urgencia de darle a uno un puñetazo, cuando lo vio agarrarla del hombro. Pero, gracias a Dios, Abigail le lanzó una mirada asesina, guiando a Brenna hasta la mesa donde estaban sentados ellos.

–Vaya, mira quién viene por ahí –comentó Pete con una sonrisa traviesa.

–Brenna, esta mesa es solo para dos. ¿Por qué no os buscáis otro sitio Dylan y tú? –sugirió Abigail, señalando una mesa en un rincón–. Esa de ahí, tan mal iluminada, os permitirá seguir con lo que estabais haciendo el otro día.

Dylan observó a Brenna ruborizarse. Algunos vaqueros se dieron la vuelta, al oír aquel extraño comentario por parte de una mujer tan mayor. Dylan sintió que se le agarrotaba el estómago, deseaba proteger a Brenna de miradas indiscretas.

–Que os divirtáis –les deseó Pete, con una mirada cómplice.

–Vamos, aquí hay demasiado ruido para hablar –repuso Dylan–. Busquemos una mesa lejos de la pista de baile.

Dylan la guió, tomándola del codo, a un rincón apartado. Todos los ojos estaban fijos en ellos. Según parecía, el B.S. Club había corrido la voz: el sheriff estaba interesado en la nueva profesora. Por desgracia, Abigail no hacía más que corroborar los rumores.

–¿Otra cerveza, Dylan? –preguntó la camarera acercándose a la mesa.

–No, gracias, Susie –respondió Dylan con una sonrisa–. ¿Quieres tú algo, Brenna?

–Una cola light.

–Enseguida vuelvo.

–No sirve de nada que te pongas así. Tu abuela no va a cambiar, a estas alturas –comentó Dylan tras servir la camarera el refresco.

–Sí, tienes razón –suspiró Brenna.

–Yo tengo el mismo problema con el tío Pete. Suelta lo que le viene en gana, y al diablo con lo que piense la gente.

–Mi abuela dice que esa es una de las ventajas de ser anciana, pero me gustaría que fuera más discreta.

–Yo no contaría con ello –sonrió Dylan.

–No, tienes razón –sonrió Brenna resignada.

Tras unos instantes de silencio, la banda comenzó a tocar una balada. Dylan alargó una mano y sacó a Brenna a bailar. No sabía bailar canciones rápidas, pero sí balancearse al ritmo de la música lenta. Además, era mejor que mirarse a la cara el uno al otro, toda la noche.

En la pista había tanta gente, que alguien empujó a Brenna contra él. Dylan tragó y la sujetó. A pesar de ser bastante más bajita que él, los cuerpos de ambos encajaban a la perfección. Y el de

Dylan comenzaba a responder.

Dylan la estrechó muy cerca, tratando de hacer caso omiso de la suave presión de los pechos de Brenna sobre su torso, del contacto de los muslos de ambos al moverse. Pero el roce le alteró el pulso. Abrazados, era imposible ocultar el hecho de que estaba muy excitado.

Brenna sintió un cosquilleo por todo el cuerpo, al percibir el cuerpo excitado de Dylan contra sí. Era tan alto y tenía los hombros tan anchos, que aunque estuvieran rodeados de gente, se sentía como si estuvieran solos. Nada más salir a la pista, Brenna lo había abrazado por el cuello. Parecía incapaz de dejar quietos los dedos, no podía evitar enredarlos en aquellos cabellos de ébano. Brenna cerró los ojos y suspiró, al notar que la camisa de él le rozaba la mejilla. Los músculos de él temblaron, con el calor de su aliento.

Lo mejor que podía hacer era guardar las distancias y buscar la máquina de chocolatinas más próxima. Desear chocolate siempre resultaba menos arriesgado que desear al sheriff.

Dylan acarició su espalda. Brenna pensó de nuevo en desaparecer. Dylan rozó su sien con los labios. De pronto la música cesó y se escucharon los gritos de Pete:

–¡Te he dicho que dejes a mi chica en paz, Ira!

–¿Qué ocurre, Pete? –se apresuró Dylan a preguntar, soltando a Brenna y acercándose a él.

–Este cretino no quiere dejar a Abby en paz –contestó Pete alzando el puño.

–¿Qué ocurre, abuelita? –preguntó Brenna, detrás de Dylan.

–¿No es sensacional? –preguntó Abigail echando chispas por los ojos.

–Solo quería bailar con ella –protestó Ira, adoptando una posición defensiva de inmediato.

–¿Entonces por qué la llamas vieja gruñona? –preguntó Pete.

–Será mejor que os calméis los dos –advirtió Dylan señalando la salida, mientras todos los miraban–. Salgamos fuera a ver si podemos arreglarlo, ¿de acuerdo, señoritas? –Dylan les sujetó a todos la puerta y, una vez fuera, se dirigió a Abigail–: ¿Qué ha ocurrido, señora Montgomery?

–Este hombre quiso sacarme a bailar, y yo lo rechacé –respondió Abigail señalando a Ira–. Al ver que no hacía caso, le dije que

prefería a los hombres con el pulso firme, que se fuera a freír espárragos. Entonces fue cuando me llamó vieja gruñona.

La voz de Abigail sonaba sospechosamente feliz, para haber sido insultada. Dylan miró a Ira y a Pete. Ambos tenían setenta años, eran demasiado mayores para una pelea. Y sin embargo ahí estaban, dispuestos a pelearse por Abigail. Y la ancianita estaba más feliz que unas castañuelas. Dylan torció la boca, tratando de reprimir la risa. Se aclaró la garganta y miró enfadado a los tres septuagenarios, diciendo:

–Debería arrestaros a todos, por alboroto.

–Pero Dylan, yo solo trataba de…

–¡Para el carro, chico, Abby y yo…!

–Pete y yo no hemos sido quienes hemos comenzado…

Los tres hablaban al mismo tiempo. Dylan se llevó un dedo a los labios, haciéndolos callar, y añadió:

–Si os dejo libres a los tres, ¿creéis que podréis volver a entrar ahí, y comportaros como es debido el resto de la noche?

Ira asintió y se marchó tan deprisa como se lo permitió su artritis. Dylan se apoyó en la pared del edificio y se cruzó de brazos.

–¿Y vosotros?

–Ya nos íbamos, de todos modos –contestó Abigail tomando a Pete de la mano y llevándoselo hacia el aparcamiento.

–¿Adónde vais? –preguntó Brenna.

–A casa –respondió Abigail sin detenerse, dándole las llaves del coche a Pete–. Vamos a montárnoslo en el sofá

–¿En serio? –preguntó Pete, apresurándose a entrar en el vehículo.

–Si ves un pañuelo atado al picaporte de la puerta cuando vuelvas, vete a dar un par de vueltas –añadió Abigail sacando la cabeza por la ventanilla, sonriente.

–¡Abuela!

Dylan observó a Brenna ruborizarse y mirar a su alrededor, temerosa de que alguien hubiera oído aquel comentario. Pete arrancó el Toyota y salió del aparcamiento.

–Tranquila, no creo que tengamos que celebrar una boda precipitada, a su edad –comentó Dylan.

–No, supongo que no –convino Brenna.

–Volvamos dentro –sugirió Dylan, sujetándole la puerta.

No llevaban ni diez minutos dentro, sentados en la misma mesa, cuando Susie, la camarera, se acercó.

–Tienes una llamada telefónica, Dylan.

–Será Jason. Y supongo que te ha dicho que es urgente, ¿no? –preguntó Dylan suspirando.

–No es Jason –sacudió la cabeza Susie.

–Pues será mejor que sea importante –gruñó Dylan de camino a la barra.

Dylan escuchó por el auricular, tapándose el otro oído. Nada más colgar, su expresión era de preocupación, mientras volvía a la mesa.

–¿Qué ocurre? –preguntó Brenna.

–Tenemos que marcharnos –dijo él, guiándola fuera.

–¿Qué ha pasado?

La brisa de la noche le volaba los cabellos. Brenna tuvo que correr, para mantener el paso de Dylan. Él se detuvo y la ayudó a subir a la camioneta.

–Ya lo verás, cuando lleguemos a tu casa.

–¿Les ha ocurrido algo a la abuela y a Pete?

–Sí.

–¿A cuál de los dos?

–A los dos. Han tenido un accidente.

–¡Oh, Dios mío!

–Pete dice que están bien –informó Dylan.

Brenna contuvo el aliento, mientras Dylan conducía hasta su casa como si se los llevara el diablo. Al llegar aparcó, y ella gritó sobresaltada. Uno de los lados del porche se balanceaba inseguro, a punto de caer sobre el Toyota, allí incrustado.

–¿Dónde están la abuela y Pete? –preguntó Brenna saliendo a toda prisa de la camioneta–. ¿Estáis bien? –añadió al verlos salir de entre las sombras–. ¿Llamo a un médico?

–Estamos bien –contestó Abigail abrazando a Brenna–. El coche está un poco estropeado, y supongo que habrá que asegurar el poste del porche, pero todo tiene arreglo en esta vida.

–¿Cómo ha ocurrido? –preguntó Dylan.

–Bueno… yo… es decir…

–Yo puse una mano sobre su pierna, y él en lugar de frenar, aceleró –contestó Abigail–. Pero ahora eso ya no importa. A lo

hecho, pecho –añadió agarrándose del brazo de Pete–. Iré a hacer café, mientras vosotros pensáis qué hacer con el porche, chicos.

–Lo siento –se disculpó Pete.

–¿Qué voy a hacer con ella? –suspiró Brenna cuando ambos ancianos se hubieron ido–. Es como una adolescente.

–Peor –asintió Dylan.

–Sí, peor, porque ni siquiera podemos castigarlos –añadió Brenna.

–Ni lo intentes –rio Dylan, poniendo un brazo sobre sus hombros–. Vamos, ven a ver cómo vamos a arreglarlo.

Capítulo Cuatro

Brenna acababa de dar los últimos toques a su peluca negra de Geisha cuando Abigail llamó a la puerta.

–Ha llegado tu hombre.

–¿Quién?

–Dylan –respondió la abuela.

–¿Dylan?, ¿y por qué?

–Supongo que porque está loco por ti –respondió Abigail entrando y sentándose en la cama.

–Por favor, dime que no lo has llamado tú para que me lleve al colegio –rogó Brenna.

–No –sonrió la anciana–. Es un chico listo, ese Dylan Chandler. Ha sido idea suya. Dice que como Pete te ha estropeado el coche, lo justo es que él te lleve al trabajo hasta que esté arreglado.

La idea de volver a ver a Dylan le aceleraba el pulso. Y eso no era bueno. Nada bueno. Desde su desastrosa relación con Tom, rota un año antes, Brenna había evitado conocer a más hombres. Dylan Chandler era además una persona manipuladora, y eso era justamente lo que trataba de evitar. Brenna quería convertirse en una mujer segura de sí misma, controlar su propia vida. El hecho de que Dylan hubiera decidido por su cuenta llevarla al colegio a la hora del cuentacuentos podía no tener importancia, pero era significativo. En lugar de preguntar primero, había supuesto sencillamente que accedería.

–Dile que gracias, pero prefiero ir andando. Necesito hacer ejercicio.

–¡Maldita celulitis! –exclamó Abigail, señalando por la ventana–. Ahí fuera hay un hombre muy guapo que, evidentemente, desea estar contigo. Además, vas a llegar tarde.

–Está bien, dile que ahora salgo –accedió Brenna mirando el reloj.

–Inteligente decisión –sonrió Abigail triunfante, dirigiéndose a la puerta–. Es un alivio ver que no he criado a una completa tonta.

Brenna hizo caso omiso y buscó el enorme bolso con los materiales y el libro de cuentos que pensaba leer a los niños. Luego se miró al espejo, sacudió la cabeza y dijo, en voz alta:

–No tiene importancia, él no te interesa. Simplemente te lleva al colegio, eso es todo.

Pero nada más salir y ver a Dylan, apoyado sobre el coche patrulla, sintió un deseo irreprimible de buscar chocolatinas en el bolso. Dylan llevaba gafas de aviador y chaqueta estilo *bomber*, de piel, sombrero de texano y vaqueros. La combinación resultaba explosiva, a las ocho de la mañana. Al acercarse Brenna, Dylan se enderezó y preguntó:

–¿Por qué vas vestida así?

–A los niños les gusta que vaya vestida con ropa relacionada con los cuentos que les leo, y luego hacemos algo de artesanía también relacionado con el cuento. ¿Algún problema, sheriff?

–En absoluto –mintió Dylan, abriéndole la puerta del coche. No podía decirle cuánto detestaba que llevara ropa grande que ocultara su silueta. Brenna probablemente se habría sentido incómoda. Casi tanto como él–. ¿A qué hora cierras la tienda esta tarde?

–A las cinco –contestó Brenna recogiéndose el quimono hasta las rodillas para subir al vehículo–. ¿Por qué?

–Me pasaré por allí para recogerte –contestó Dylan tragando, admirando sus piernas.

Dylan dio la vuelta y se sentó al volante. Llamó por radio a la oficina y advirtió que llegaría en unos minutos.

–Gracias, de verdad, pero prefiero caminar –contestó al rato Brenna, con firmeza–. Necesito hacer ejercicio. Me voy haciendo mayor, y se me quedan las carnes flojas.

–Tú no eres mayor –aseguró Dylan arrancando–. Y las carnes flojas son preciosas. Bonitas de verdad –añadió, sin poder evitarlo.

–Dylan… –comenzó a decir Brenna, ruborizada.

–Dylan, el alcalde Worthington está aquí –los interrumpió otra voz, por radio–. Ha venido a verte, y está hecho una furia.

–Dile que se calme, Jason, y ofrécele una taza de café. Estaré allí en cinco minutos.

Dylan colocó el micrófono en su sitio y condujo hasta el colegio en silencio. ¿En qué diablos había estado pensando, al decirle que sus carnes eran preciosas? De no haber llamado Jason por radio,

Dios sabía cómo habría terminado la cosa.

¿Y por qué insistía en llevarla de vuelta a casa aquella tarde?, ¿por qué se molestaba, cuando ella prefería caminar? Hubiera debido darle gracias a Dios, por el hecho de que ella lo rechazara. Sin embargo el recuerdo del beso y de lo que había sentido con Brenna en brazos, bailando, lo había perseguido durante toda la semana. Fuera inteligente o no, Dylan quería volver a sentir su cuerpo contra el de él, quería volver a besarla hasta que ambos perdieran el sentido.

–Nos vemos a las cinco –dijo él despidiéndose a la puerta del colegio.

–Preferiría…

–No es negociable, te llevaré de vuelta a casa –la interrumpió Dylan, alargando una mano para acariciar su mejilla–. ¿Necesitas que te lleve del colegio a la tienda, cuando termines de contar el cuento?

–No, solo son un par de manzanas –respondió Brenna, saliendo del coche.

–Nos vemos esta tarde, Brenna –sonrió Dylan, al ver que ella no protestaba.

Dylan observó a Myron gritar y farfullar acerca del último plan de la Beautification Society para decorar la ciudad. Tenía que admitir que el irascible alcalde tenía razón, en parte.

–Myron, estoy completamente de acuerdo contigo, pero no creo que tengas nada de qué preocuparte.

–¿Es que no has oído una sola palabra de lo que he dicho, chico? –preguntó Myron deteniéndose, tras pasear arriba y abajo por el despacho–. Cornelia y las gallinas pretenden convertir el pueblo en el hazmerreír de Texas. ¡Demonios, todo el estado se reirá a carcajadas!

–Solo podrán hacerlo si los propietarios de las tiendas están de acuerdo con su idea –contestó Dylan con calma, sirviendo otros dos cafés–. ¿Y cuántas posibilidades crees que tienen, con Luke Washburn o Ed Taylor? ¿De verdad crees que van a dejar que sustituyan sus anuncios de neón por carteles de madera pintados?

–Supongo que tienes razón –convino el alcalde tomando asiento

pesadamente frente a Dylan–, pero conozco a Cornelia. Cuando se empeña en una cosa, nadie puede detenerla.

–Pues en este caso tendrá que ceder –insistió Dylan reclinándose sobre el respaldo y apoyando los pies en la mesa–. Si los propietarios no quieren cambiar sus carteles, no hay modo de que se salga con la suya.

–¡Eso espero, demonios! –exclamó Myron sorbiendo café–. El otro día te vi con esa vecina nueva en el Luke's, ¿descubriste algo? –Dylan sacudió la cabeza en una negativa–. Parece que sois amigos –añadió el alcalde sonriendo maliciosamente–. Puede que esa sea una buena manera de averiguar qué traman.

–Olvídalo, Myron. Coincidimos en Luke's casualmente, y la saqué a bailar. Nada más. Además, Brenna no tiene nada que ver con el B.S. Club ni con sus planes.

Mucho después de haberse marchado el alcalde del despacho, Dylan se quedó absorto. No le gustaba que Myron sugiriera que podía ver a Brenna más a menudo para sacarle información. Años atrás le había ocurrido a él algo parecido, y sabía qué se sentía cuando alguien te utilizaba. Dylan recordó lo ocurrido. Se había sentido como un estúpido. Se había enamorado de una bella mujer que había llegado a Tranquility con la intención de comprar una propiedad y abrir un hostal, y poco después había descubierto que esa mujer lo utilizaba para sacarle información acerca del pueblo y lanzarse a una empresa mucho más ambiciosa.

Dylan había descubierto cuánto significaba él realmente para esa mujer al oírla hablar ante el Consejo. Ella había recopilado datos y cifras con la intención de averiguar si sería factible transformar Tranquility en un retiro para ricos, ansiosos por acercarse a la Naturaleza. Había aportado datos y estadísticas, y había asegurado que Tranquility podía aprovechar su situación, al pie de las Davis Mountains, para ponerse a la cabeza de ese tipo de turismo. Había presionado a los miembros del consejo para que dictaran nuevas leyes urbanísticas, obligando a los propietarios de locales comerciales situados en Main Street a elevar el nivel de sus comercios o cerrar. De haber tenido éxito, el coste de la vida en Tranquility se habría elevado a cotas increíbles, haciendo imposible la subsistencia a sus habitantes de toda la vida.

Pero lo peor de todo había sido cuando ella había señalado que

Dylan apoyaba esas transformaciones urbanísticas que pensaba llevar a cabo la empresa para la que trabajaba. Había llegado incluso a ofrecerle un cheque por valor de una cuantiosa suma, delante de Myron y del resto de miembros del consejo. Entonces se había desatado un infierno.

El Consejo rechazó la propuesta de plano, y ella se marchó sin mirar atrás. Pero el daño estaba hecho. La reputación de Dylan, por no mencionar su orgullo, quedó por los suelos. Por primera vez en su vida, su integridad moral había sido puesta en entredicho. Le había llevado meses volver a ganarse el respeto y la confianza de la gente, y Dylan no estaba dispuesto a jugar esa mala pasada a nadie. Y menos aún, a Brenna.

Dylan sacudió la cabeza. De todos modos la idea de Myron no tenía sentido. Brenna no formaba parte del B.S. Club, y no tenía ni idea de qué planeaban. Dylan sacó del cajón la lista de materiales necesarios para la clase de pintura. Si oía hablar a las mujeres, se lo contaría a Myron. Pero si no oía nada, el alcalde tendría que buscarse esa información por otros medios. De un modo u otro, Dylan tenía la intención de distanciarse de ese problema.

Quince minutos antes de cerrar, Dylan acudió a la tienda de Brenna. E inmeditamente observó que ella se había quitado el traje de Geisha. Llevaba vaqueros y una larga trenza, y tenía verdaderamente un precioso trasero, subida a aquella escalera para alcanzar ciertos materiales del estante de arriba. Brenna estaba atendiendo a la señora Pennington, pero al oír la campanilla de la puerta se dio la vuelta.

–¿Son ya las cinco? –preguntó Brenna sonriendo al verlo.

–Casi. ¿Dónde puedo encontrar los materiales para la clase? –preguntó Dylan.

–Ahí, lo he colocado todo junto. Pero avísame, si necesitas ayuda.

Dylan asintió y tragó. El pulso se le había acelerado, estaba excitado. Recogió una cesta de plástico de la compra y comenzó a llenarla de pequeños botes de pintura acrílica. Necesitaba calmarse.

–¿Lo encuentras todo? –preguntó ella, a su lado.

Dylan miró a su alrededor. La señora Pennington se había

marchado, estaban solos. ¿Por qué no había oído la campanilla de la puerta?, ¿por qué no había oído siquiera a Brenna acercarse?

–Creo que sí –contestó Dylan tendiéndole la cesta para que la examinara.

–Sí, parece que sí –sonrió Brenna, rozando su mano para tomar la cesta y echar un vistazo.

Dylan sintió una corriente eléctrica recorrerle el brazo y atravesarle todo el pecho, para dirigirse directamente hacia la parte de su anatomía más masculina. Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para no soltar la cesta, atraer a Brenna a sus brazos y besarla hasta dejarla tan sin sentido como estaba él. Ambos se miraron en silencio durante unos largos segundos.

–Voy a ir sumando esto, para que podamos marcharnos cuanto antes –comentó Brenna metiéndose detrás del mostrador y comenzando a sacar los materiales de la cesta–. ¿Qué tal día has tenido hoy?

–Bueno, los he tenido mejores.

–Seguro que no ha sido tan malo –comentó ella, sonriendo–. Mañana todo te parecerá diferente.

–Quizá –contestó Dylan sacando la cartera y unos cuantos billetes–. ¿Y tú?, ¿qué tal el día de hoy?

–Fantástico –contestó Brenna abriendo la caja registradora–. La señora Worthington vino esta tarde a contarme una idea genial. Me ha pedido que me una a ella y a la B.S. y dirija un proyecto para decorar Main Street por Navidad. ¿No es maravilloso?

–Claro –mintió Dylan, que sentía cómo el corazón se le caía a los pies.

–Estás muy serio. ¿Ocurre algo?

–No –se apresuró Dylan a contestar, quizá con demasiada celeridad.

¿Por qué tenía Brenna que unirse a Corny y las gallinas, y de paso complicarle a él aún más la vida?, se preguntó Dylan jurando entre dientes.

–Sé escuchar, ¿quieres hablar de ello? –se ofreció Brenna metiendo los materiales en una bolsa de plástico–. A veces ayuda, eso de sacarlo todo.

–No, gracias.

–La oferta sigue en pie, por si cambias de opinión –añadió

Brenna encogiéndose de hombros y apagando las luces–. A propósito, esta tarde me ha llamado la abuela. Quería que te dijera que Pete y ella se han llevado tu camioneta. Se han ido a Alpine, a cenar y ver una película.

–¡Estupendo! –exclamó Dylan con sarcasmo–. Era el turno de Pete de preparar la cena.

–Bueno, yo puedo preparar algo para los dos –sugirió Brenna sin mucha seguridad.

–Eso estaría bien –respondió Dylan sonriendo por primera vez, desde que había entrado en la tienda.

Dylan no tenía intención de interrogar a Brenna acerca del proyecto del B.S., pero si ella se lo contaba todo voluntariamente, podría informar luego a Myron y abandonar la clase de pintura con la conciencia tranquila.

Dylan observó a Brenna recoger su bolso y la enorme bolsa de materiales que siempre cargaba, y sintió como si un enorme peso recayera sobre sus espaldas. ¿Por qué la idea de no verla todos los martes lo fastidiaba?

–¿Necesitas ayuda? –preguntó Dylan entrando en casa de Brenna.

–No –sacudió la cabeza Brenna, encendiendo la televisión–. ¿Por qué no te relajas y ves las noticias, mientras yo preparo la cena?

Brenna lo dejó solo en el salón, y Dylan se quitó el sombrero y miró a su alrededor. Desde las cortinas de encaje hasta las frágiles figuritas sobre las mesas de cristal, todo tenía un aspecto tan femenino que se sentía como un toro en medio de una tienda de porcelana. Dylan sacudió la cabeza sonriente. La casa de Brenna no tenía nada que ver con la cabaña rústica que él compartía con Pete. Allí cualquier hombre se sentaba sin temor a romper nada.

Una antigua y delicada vitrina le llamó la atención. Estaba llena de querubines de porcelana, y algunos de ellos parecían muy antiguos. Entre las figuras había un retrato enmarcado en plata con la foto de un hombre y una mujer abrazados.

–Mi madre y mi padre –informó Brenna acercándose a él–. La foto es de poco antes de que murieran.

–¿Qué ocurrió?

–Murieron en un accidente de coche hace casi diez años. Yo tenía quince.

Dylan sintió que se le hacía un nudo en el estómago, al oír aquella suave y triste voz y ver aquellos enormes ojos azules nublados y llenos de sombras. Sin pararse a pensarlo, se volvió hacia ella y la estrechó en sus brazos, repitiéndose una y otra vez que solo trataba de consolarla. Lo cierto era, sin embargo, que deseaba volver a sentir su cuerpo contra el de él, sentir sus pechos contra el torso, desde que habían bailado juntos en Luke's.

Brenna lo abrazó por la cintura, y él apoyó la mejilla sobre lo alto de la cabeza de ella. Así, abrazados, permanecieron en silencio durante unos momentos.

–¿Y tus padres, Dylan? –preguntó ella al fin.

–Mamá murió cuando yo estaba en el instituto, y papá hace unos cinco años –respondió él sintiendo un estremecimiento al oír pronunciar su nombre con aquella voz aterciopelada.

–¿Eres hijo único, tú también?

–Sí –asintió Dylan–. Mi madre descubrió que estaba embarazada de mí al cumplir los cuarenta, cuando ya habían abandonado la esperanza de tener hijos.

–¡Y mira lo que les salió! –exclamó Brenna apartándose para mirarlo sonriente.

–Pues esto que les salió está muerto de hambre –comentó Dylan riendo, soltándola y dando un paso atrás–. ¿Cuándo cenamos?

Brenna respiró hondo. Había llegado el momento de la verdad. No le quedaba más remedio que volver a la cocina y hacerlo todo como mejor pudiera. A menos que le dijera a Dylan la verdad y llamaran por teléfono para pedir una pizza.

–Sí, será mejor que comience a hacerla.

–Te ayudaré –se ofreció Dylan, siguiéndola.

Brenna entró en la cocina y abrió la nevera, quedándose parada, mirando su interior, como si del aparato pudiera surgir la respuesta a su dilema. Pero no ocurrió nada. Brenna observó la caja de cartón de los huevos, y vaciló. Su abuela no se cansaba de repetir que todo el mundo era capaz de hacer una tortilla. Y Abigail tenía que tener razón.

–¿Qué te parece una tortilla? –sugirió Brenna esperanzada.

–Estupendo –contestó Dylan frotándose las manos–. Dame un

cuchillo para que vaya cortando lo que quieres meter dentro.

–¿Meter dentro?

–Sí, jamón, queso, pimientos… –explicó Dylan frunciendo el ceño–. Has hecho tortillas antes, ¿no?

–Claro –mintió Brenna–. ¿Por qué no te relajas y te vas a ver la televisión o a leer el periódico, mientras yo me ocupo de esto?

–¿Seguro?

–Por supuesto –contestó Brenna, que necesitaba que se marchara para buscar el libro de cocina de su abuela–. Hoy has tenido un día duro, tendré la cena cocida en un periquete.

–¿Cocida?

–Preparada –se apresuró Brenna a corregirse–. Quería decir preparada.

Brenna observó a Dylan encogerse de hombros y marcharse al salón, muerta de pánico. Sus destrezas culinarias consistían, única y exclusivamente, en hervir agua para el té. ¿En qué diablos había estado pensando, cuando se le ocurrió invitar a Dylan a cenar?

Brenna se quedó de pie, paralizada. Pero inmediatamente se puso en acción, buscando el libro de cocina de Abigail por los armarios. Cuando finalmente lo encontró, respiró aliviada.

–Tortillas –musitó mirando el índice–. ¿Dónde están las recetas de las tortillas?

Dylan escuchó los ruidos procedentes de la cocina y bajó el volumen de la televisión. Parecía como si hubiera estallado la guerra. Se oían golpes con sartenes y puertas abriéndose y cerrándose. De pronto sonó un fuerte golpe seguido de un grito, que lo sobresaltó.

–¿Seguro que no necesitas ayuda? –gritó Dylan desde el salón.

–No, todo está bajo control.

Dylan se reclinó inquieto sobre el respaldo del sillón. Si todo estaba bajo control, ¿por qué su voz sonaba azorada?, ¿y por qué hacía tanto ruido?

De pronto se oyó un grito de pánico, seguido de un desagradable timbre de alarma procedente del detector de humos. Dylan sintió que el cabello se le erizaba. Salió disparado del sillón, y chocó con Brenna al llegar a la cocina.

–¿Qué diablos está ocurriendo? –Dylan pasó por delante de Brenna y entró en la cocina, que se llenaba rápidamente de espeso humo. Salían llamas de debajo de una pequeña sartén–. ¿Tienes un extintor?

–Sí, aquí –respondió Brenna tosiendo.

Dylan localizó el extintor y lo sacó, dirigiendo el chorro de espuma blanca hacia la cocina y apagando el fuego inmediatamente.

–¿Te encuentras bien? –preguntó luego volviéndose hacia Brenna.

Brenna estaba de pie, apoyada en el marco de la puerta, en silencio. Y caían lágrimas por sus mejillas. ¿Se había quemado? Preocupado, Dylan se acercó y la observó, buscando heridas. Al no encontrarlas, la estrechó en sus brazos.

–¿Cómo diablos te las has arreglado para hacer fuego en una cocina eléctrica?

–No tengo ni idea –respondió ella cohibida, enterrando el rostro en el pecho de Dylan y llorando, mientras confesaba por fin–: No sé cocinar.

Dylan y Brenna estaban sentados en el suelo con las piernas cruzadas, el uno frente al otro. En medio, una caja vacía de pizza. Habían fregado la cocina y la sartén, pero la casa seguía oliendo a quemado.

–Ojalá pudiera quitar ese olor –comentó ella.

–Eso lleva tiempo –contestó él apartando la caja y estirando las piernas–. Has montado una buena, cariño.

–Supongo que querrás saber por qué no te dije que no sabía cocinar –suspiró ella. Dylan asintió y reprimió la risa–. No creía que fuera tan difícil hacer una tortilla –añadió ella a la defensiva.

–Y no lo es.

–Entonces tú sí sabes cocinar, ¿no?

–Claro –respondió él, riendo al fin.

–Debería habérmelo imaginado –dijo Brenna frunciendo el ceño–. Y seguro que además lo haces muy bien.

–De hecho soy un maestro –contestó Dylan riendo y alargando una mano para tirar de ella y tumbarse juntos sobre la alfombra–.

Pero hay otras cosas que sé hacer mejor.

Brenna escuchó su sexy voz y sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Dylan iba a volver a besarla, la sola idea la emocionaba y la asustaba al mismo tiempo.

–Dylan, creo que…

–No pienses ahora –la interrumpió él poniendo un dedo sobre sus labios para hacerla callar, e inclinando la cabeza.

Brenna trató de recordar que él no era el hombre más adecuado para ella, pero nada más sentir los labios de Dylan sobre los suyos, la idea pareció perder importancia. Atrapada en una marea de sensaciones, Brenna decidió que, fuera inteligente o no, quería que la besara. Quería que Dylan volviera a hacerla plenamente consciente de las diferencias entre los cuerpos de los dos, de los contrastes entre hombre y mujer.

Brenna se maravilló de su fuerza, disfrutando de sus brazos estrechándola, de sus piernas musculosas enredadas con las de ella. El suave roce de las caderas de ambos la excitaba, pero cuando Dylan profundizó en el beso penetrándola, la excitación se intensificó trasformándose en un deseo salvaje.

Dylan enredó los dedos en sus cabellos, y Brenna sintió una corriente eléctrica recorrer todas sus terminaciones nerviosas. Él se presionó contra ella gimiendo profundamente de placer, y despertando en ella una urgencia que la invadió.

–Bueno, esto explica por qué toda la casa huele a quemado –comentó Pete–. Parece que los chicos están jugando con fuego.

–O Brenna ha estado cocinando otra vez –añadió Abigail.

La neblina de sensualidad que los rodeaba desapareció al instante. Dylan alzó la cabeza para mirar a la pareja que entraba, y comentó:

–A decir verdad, son las dos cosas.

Brenna empujó a Dylan por el pecho. Por suerte, su abuela y Pete habían aparecido antes de que cometiera una estupidez. Pero las sonrisas cómplices de los ancianos la obligaron a enterrar el rostro en el pecho de Dylan, deseando con todo su corazón una chocolatina.

Capítulo Cinco

Ocupado contemplando las caderas de Brenna, mientras iba de una mesa a otra revisando trabajos en la sala del Ayuntamiento, Dylan no oyó lo que decía la mujer que tenía al lado.

–¿Qué has dicho, Mildred?

–Digo que pintas tan bien que deberías pensar en ayudar al B.S en el proyecto de Main Street –contestó Mildred señalando la tabla de madera que Dylan estaba pintando.

–No creo que sea buena idea, Mildred –contestó él frunciendo el ceño–. Los chicos, en el Luke's…

–¡Ah, qué tonta! –lo interrumpió Mildred riendo–. ¡Claro que no puedes! El B.S. es una organización de mujeres, se me olvidaba que eres hombre.

Dylan asintió, esbozando a duras penas una sonrisa para volver inmediatamente a su tabla. ¿Cuánto más debía soportar, por el bien de la comunidad? Los chicos del Luke's se habían reído de él por asistir a las clases de pintura con Corny y las gallinas, y aquella anciana de más de sesenta años, a la que conocía de toda la vida, acababa de dudar de su virilidad.

–Estás haciendo un trabajo magnífico, Dylan. Estoy muy impresionada con tus progresos.

Al oír la voz de Brenna, Dylan alzó la cabeza con la intención de responderle que le daba igual, pero no le salieron las palabras. La sonrisa de Brenna era tan entusiasta y alentadora, que lo olvidó. Solo podía pensar en lo suaves que parecían sus labios y en cuánto deseaba volver a saborearlos.

–¿Te gustaría venir al Luke's a tomar un café después de clase? –soltó Dylan sin reparar siquiera en dónde estaban, o en las personas a su alrededor.

El murmullo constante de la clase cesó, esperando seguramente la respuesta de Brenna. Dylan miró a su alrededor, deseando desaparecer. Las sonrisas cómplices de las mujeres llenaban la sala. Acababa de anunciar su interés por Brenna delante del más

formidable grupo de cotillas.

Pero mientras las mujeres sonreían, Dylan decidió que no tenía sentido seguir negándolo por más tiempo: ni a los demás, ni a sí mismo. Estaba interesado en Brenna, y no porque le hubieran ordenado asistir a aquella clase o porque necesitara recabar información sobre el proyecto del B.S. Club. Le gustara o no, cuanto más tiempo pasaba con Brenna, más quería saber de ella y más deseaba ahondar en la atracción magnética que los unía. Sencillamente tenía que asegurarse de que la cosa no pasaba a mayores. Y eso no debía ser difícil, pensó.

Asimilado ese interés y tomada una decisión, Dylan devolvió la sonrisa al grupo de mujeres sin importarle qué pensaran, y repitió la pregunta:

–Y bien, ¿qué dices? ¿Quieres tomar un café después de clase?

–No creo que… –comenzó a decir Brenna, profundamente ruborizada.

Pero antes de que ella pudiera rechazarlo, Corny acudió en ayuda de Dylan, poniéndose en pie y anunciando:

–Chicas, es hora de marcharse a casa.

–Pero la clase no ha terminado –objetó Brenna mirando a su alrededor, impotente, mientras las mujeres recogían sus cosas–. Aún quedan quince minutos, señoras.

–Brenna, cariño, ¿podrías venir mañana por la noche a la reunión del Comité de proyectos de la Beautification Society? –preguntó Cornelia sin dejar de meter botes de pintura en una cesta.

Dylan observó el rostro de Brenna pasar de la sorpresa al entusiasmo. Aquello le produjo un nudo en el estómago. Era evidente que Brenna no solo quería formar parte del proyecto, sino que además estaba ansiosa por empezar.

–¿A qué hora debo ir, señora Worthington?

–A las siete, las reuniones son siempre a las siete –contestó Cornelia recogiendo su cesta de materiales y dirigiéndose a la puerta. Una vez allí se volvió y guiñó un ojo, añadiendo–: La reunión terminará a las ocho y media, por si alguien está interesado en llevarla de vuelta a casa, Dylan.

–Lo recordaré –sonrió Dylan en dirección a la mujer del alcalde.

Las mujeres se marcharon de clase en un tiempo récord, y cuando la última de ellas cerró la puerta, Brenna se volvió enfadada

en dirección a Dylan, diciendo:

–Espero que estés contento, sheriff. Acabas de echar a perder mi primera clase de Arte Popular.

–No –negó Dylan sonriendo sin arrepentimiento–. Yo creo que ha sido todo un éxito.

–¿Cómo puedes decir eso? Todo el mundo se ha ido antes de terminar.

–Has logrado mantener callada a Cornelia Worthington, eso es un milagro –contestó Dylan poniéndose en pie y dando la vuelta a la mesa para acercarse a ella.

El ritmo de aquella voz profunda, y la sexy sonrisa que Dylan esbozaba le aceleró el pulso a Brenna. Pero cuando él alargó los brazos para estrecharla, Brenna sacudió la cabeza y dijo:

–Dylan, no es una buena idea.

–¿El qué? –preguntó él abrazándola.

–Tú, yo –contestó Brenna mientras él rozaba sus labios, haciéndola estremecerse–. No creo que sea… inteligente.

–Cariño, sea inteligente o no, es inevitable.

Dylan regó el cuello de Brenna de besos, deteniéndose en la oreja. Pero en lugar de apartarlo, Brenna lo rodeó con los brazos, diciendo:

–Puede que no.

–No lo creo, Brenna –contestó Dylan riendo–. He intentado hacer caso omiso de esta atracción durante toda la semana pasada, y en lugar de desaparecer se ha hecho cada vez más fuerte.

–Inténtalo otra vez –sugirió Brenna preguntándose dónde habría una máquina de chocolatinas.

–¿De verdad lo prefieres, cariño? –preguntó Dylan sin dejar de besarla.

–Sí –afirmó ella sin convicción.

–Mentirosa –la acusó Dylan apartándose para mirarla–. Voy a besarte, Brenna. Y después quiero que me mires a los ojos y me digas que no sientes esa atracción entre los dos.

Antes de que ella pudiera protestar, Dylan se inclinó hasta rozar sus labios. Brenna sintió que el último resto de su resistencia cedía. Incluso su necesidad de comer chocolate se desvanecía, mientras todo su cuerpo se derretía contra el de él.

Dylan la estrechó contra su ancho pecho y acarició toda su

espalda hasta llegar al trasero, que abrazó con sus enormes manos. La levantó, haciéndole notar su excitación, y profundizó en el beso penetrando en su boca con la lengua. Brenna sintió de pronto como si todo su cuerpo hubiera sido invadido por una corriente eléctrica. Y cuanto más la exploraba él, cuanto más la saboreaba y acariciaba con la destreza de un maestro, más potente se hacía esa corriente. Brenna se aferró a sus hombros, buscando apoyo.

Dylan comenzó lentamente a aminorar la fuerza de su pasión. Para cuando sus labios se apartaron de los de ella, Brenna sentía que todo su mundo había dado un giro de ciento ochenta grados y que jamás volvería a ser el mismo. Le gustara o no, era imposible seguir negándolo por más tiempo. Quizá se tratara de química, o quizá de magnetismo. No lo sabía. Pero se llamara como se llamara, había algo entre Dylan y ella mucho más explosivo de lo que había compartido nunca con Tom. Y eso la asustaba.

–Y ahora dime que no has sentido nada –dijo Dylan apoyando la frente sobre la de ella.

–Mentiría, si dijera que no he sentido nada –contestó Brenna temblorosa–, pero no estoy dispuesta a perder mi independencia o mi identidad personal solo para descubrir de qué se trata. Jamás volveré a entregar a un hombre ese tipo de poder sobre mí.

Nada más terminar la frase, Brenna cerró la boca y alzó la vista hacia él. Las sombras de sus expresivos ojos azules produjeron un nudo en el estómago de Dylan.

–¿Quién te ha hecho eso, cariño?

–¿Hacer qué?

–¿Quién te ha hecho creer que los hombres queremos controlar a las mujeres, que queremos que sean dependientes de nosotros?

–No… no tiene importancia –contestó ella apartándose de sus brazos–. Aprendí la lección por las malas, y con eso basta.

–Maldita sea, Brenna, esto es importante –continuó Dylan alargando los brazos para poner las manos sobre sus hombros–. Si vas a compararme con otro hombre, quiero saber por qué.

–Conocía a Tom en la universidad –confesó por fin Brenna, tras una pausa, respirando hondo–. Él estudiaba Derecho, y yo Administración Pública. En resumidas cuentas, comenzamos a salir y nos enamoramos –Brenna sacudió la cabeza y se corrigió–. Bueno, no fue exactamente así. Yo creí enamorarme, y él creyó que eso le

daba derecho a manipularme y controlarme a su antojo.

–¿Qué quieres decir?

–Quiero decir que, con el tiempo –explicó Brenna suspirando–, él fue convenciéndome de que me vistiera de cierta manera, de que me peinara de cierta manera, de que hiciera régimen –rio Brenna despectivamente–. Yo era ingenua, y quería complacer al hombre al que amaba, así que poco a poco fui accediendo. Llegó incluso a convencerme de que lo ayudara a financiar su último curso de la carrera.

–¿Cuánto tiempo pasó antes de que…?

–¿Antes de que me diera la patada?

–No iba a expresarlo de ese modo –comentó Dylan, estrechándola en sus brazos.

–Puedes expresarlo así, porque eso es exactamente lo que sucedió… justo después de que él terminara la carrera –contestó Brenna apartándose para mirarlo–. Yo confié en Tom, cuando me dijo que era como invertir en nuestro futuro.

Dylan sintió un nudo en el estómago estrangularlo, al conocer el dolor y la humillación que aquel tipo había causado a Brenna. Tomó su rostro entre las manos y la miró a los ojos, diciendo:

–Cariño, te prometo que conmigo no tendrás que preocuparte por eso. Yo no soy un sinvergüenza. Me gustas tal como eres, y no quiero más de ti que el placer de tu compañía.

Brenna lo miró a los ojos durante unos largos segundos, después se apartó, caminó hacia un extremo de la clase y comenzó a recoger los materiales en su enorme bolso. Ambos tenían más en común de lo que él había creído en un principio. Según parecía, Dylan no era el único que no quería repetir los errores del pasado. Caminó al lado de Brenna por la calle, pero enseguida la agarró por la cintura y se inclinó para susurrar:

–Vayamos despacio, paso a paso, y veremos qué sucede.

–Pero…

–Paso a paso, cariño –repitió Dylan obligándola a volverse hacia él–. Pero te lo advierto, tengo la intención de pedirte que vengas conmigo el sábado por la noche al Luke's. ¿Sabes?, creo que esta noche voy a cometer una locura y a pedir pastel de manzana con el café. ¿Y tú?

–¿Crees que habrá también pastel de chocolate?

El primer sábado de diciembre, el día señalado para llevar a cabo la primera fase del proyecto de Main Street, Brenna esperó a que los miembros del Beautification Society Club se reunieran en la calle frente a su tienda. Por fortuna, los inviernos en el sudoeste de Texas eran suaves, y aquel era un hermoso día. El sol brillaba con fuerza, la temperatura era agradable, y apenas había humedad: el clima perfecto para pintar.

–Bien, señoras, creo que lo mejor será trabajar por parejas –señaló Brenna tras repasar la lista, por si faltaba alguien–. Mildred, has anotado aquí que uno de los lados de la calle tiene un surtidor contra incendios más que el otro.

–Exacto, hay uno de más en el lado oeste, en mitad de la manzana. Justo frente de la estación de bomberos y oficina del sheriff –añadió Mildred riendo.

–Espero que no se queme la estación de bomberos –rio Brenna–. Tenemos equipos suficientes para pintarlos todos excepto ese, pero supongo que puedo pintarlo yo, en cuanto haya supervisado el trabajo de las demás.

–Ah, es una idea estupenda, ahora que sales con Dylan –intervino la señora Worthington, muy excitada–. ¿No te parece que sería de lo más apropiado pintar a Dylan en el surtidor, vestido de Santa Claus, con una estrella en el pecho?

–¡Es una idea estupenda! –exclamó una de las mujeres, mientras el resto asentían.

Brenna sonrió. Por si no le bastaba con los comentarios de su abuela, de pronto todas las mujeres de Tranquility se unían a ella. Pero seguramente ninguna de ellas llegaría a los extremos de Abigail.

–Pintar a nuestros maridos en los surtidores, vestidos de Santa Claus, es una idea fantástica –sugirió Emily Taylor sonriendo–. Yo pienso pintar el que hay frente a nuestra tienda, y será idéntico a mi Ed.

–¡Y yo pintaré el mío como mi Luke! –exclamó vigorosamente Helen Washburn–. Brenna, ¿de verdad crees que podemos hacerlo todo hoy?

–Ese es el plan –sonrió ella.

–Bien –añadió Helen, excitada–. Como es sábado, todo el mundo vendrá a nuestro bar a bailar esta noche. Será una oportunidad perfecta para enseñarles a todos la primera parte del proyecto.

–Pues comencemos –sugirió Cornelia agarrando su cesta de pinceles y pinturas–. Brenna, cariño, ¿cómo lo hacemos?

–Que todo el mundo elija a una pareja –ordenó la maestra–. Mientras una pinta la parte frontal del surtidor, la otra pinta la espalda.

Brenna observó a las damas de la Tranquility Beautification Society ponerse a trabajar con más entusiasmo que habilidad, convirtiendo los vulgares surtidores contra incendios en obras de arte navideñas. Tras asegurarse de que todo marchaba sobre ruedas, recogió su equipo de pintora y se dirigió hacia el surtidor que había frente a la estación de bomberos.

Brenna trabajó deprisa, y en poco tiempo terminó con los detalles. Sus ojos brillaban de satisfacción, mientras daba los últimos toques. Era una lástima, no poder colocar un gorro de Santa Claus de verdad sobre el surtidor, en vez de pintarlo.

–Querida, has hecho un trabajo excelente. Se parece mucho a Dylan –comentó Cornelia contemplando la obra y desviando después la vista hacia la oficina del sheriff–. A propósito, ¿dónde está Dylan? ¿No debería estar de servicio?

–Ha subido a la montaña a rescatar a una pareja de escaladores perdidos –contestó Brenna terminando de pintar la estrella plateada en el pecho de Santa Claus–. No creo que vuelva hasta esta noche, pero Jason lo sustituye, por si necesitas algo.

–No –contestó Cornelia bajando después la voz, para preguntar–: ¿Te ha dicho Dylan qué opina de que decoremos Main Street para el Jamboree?

–Sabe que la Society tiene proyectadas ciertas mejoras –respondió Brenna alzando la cabeza, alarmada, ante el tono de voz de Cornelia–, pero no le he contado los detalles. ¿Por qué?

–Por nada –suspiró Cornelia–. Anoche Myron estuvo a punto de sufrir un ataque, cuando le conté que hoy comenzaba la primera fase.

–Seguro que se calma, cuando vea lo bonitos que han quedado. ¿Cómo puede no gustarle que pintemos a algunos de los más prominentes vecinos de Tranquility, vestidos de Santa Claus?

Dylan giró en la última curva, en dirección a Tranquility. Estaba cansado, detestaba que los escaladores sin experiencia subieran a las Davis Mountains, decididos a probarse a sí mismos. Por suerte habían encontrado a los dos aventureros perdidos, y ninguno había sufrido heridas serias. Dylan entró en Main Street pensativo, tardó varios segundos en darse cuenta de lo que estaba viendo. Aminoró la velocidad y recorrió la calle lentamente, con la boca abierta. En lugar de surtidores comunes y corrientes, las bocas de incendios estaban pintadas con trajes de Santa Claus de colores brillantes. Era la cosa más ridícula que jamás hubiera visto. Llevaban incluso un tupé, como el que Corny se empeñaba en que llevara Myron los sábados por la noche, cuando iban al Luke's.

Dylan aparcó frente a su oficina, en su plaza reservada, prestando escasa atención al surtidor que tenía allí mismo. En sus prisas por enterarse de qué había pasado, tropezó incluso con él. De pronto tenía los dedos pegajosos. Cuando miró para abajo, y se vio la mano y los vaqueros manchados de pintura, juró.

–Jason, ¿qué diablos ha ocurrido aquí? –gritó abriendo la puerta.

El ayudante del sheriff despertó de inmediato de su siesta. Se puso en pie, se llevó la mano al revolver y preguntó:

–¿Dónde está el jaleo?, ¿llamo al equipo de reserva para que vengan a ayudarnos?

–No, maldita sea –respondió Dylan impaciente, señalando la calle–. ¿Qué ha ocurrido con los surtidores de incendio?

–¿Te has fijado en el parecido? –preguntó a su vez Jason, más tranquilo.

–¿El parecido?

–Es increíble –continuó Jason riendo, saliendo fuera.

–Maldita sea, Jason, esto no es un juego –gruñó Dylan siguiéndolo a la calle.

–¿A quién se parece? –preguntó Jason señalando el surtidor frente a la oficina, con el que acababa de tropezar Dylan. Dylan dio la vuelta al surtidor y lo examinó de frente–. El B.S. Club ha comenzado hoy su primera fase del proyecto Main Street –informó Jason–. Que yo recuerde, es la primera vez que hacen algo, aparte

de sentarse a cotillear.

Dylan sintió que se le revolvía el estómago. Brenna era el líder del comité responsable de pintar los surtidores. Y todo parecía mucho más serio y complicado, al pasar el comité a la acción.

–¿Ha llamado Myron?

–No –rio Jason–, pero es el único miembro del consejo que falta por llamar.

–Lo llamaré yo –respondió Dylan sintiendo que el estómago se le agarrotaba más y más–. Tú llama a Ed y a Luke. Diles que quiero verlos aquí en mi despacho el lunes a primera hora de la mañana. Sin falta.

–¿No vas a verlos esta noche en el Luke's?

–Esta noche no voy al Luke's, no estoy de humor.

Dos horas más tarde, de pie en el porche recién reparado de la casa de Brenna, Dylan sintió como si acabara de volver a salir el sol al abrir ella la puerta. Su sonrisa, el brillo de felicidad que se reflejaba en sus ojos, le aceleró el pulso. Brenna parecía alegrarse verdaderamente de verlo. Dylan alargó los brazos y la estrechó.

–¿Te importa que nos quedemos aquí en lugar de ir al Luke's esta noche?

–No, en absoluto –respondió ella preocupada–. ¿Ocurre algo?

–No –mintió Dylan–, todo va bien. Simplemente estoy cansado, eso es todo.

–Yo también –respondió Brenna colgando la chaqueta y el sombrero de Dylan y volviéndose para abrazarlo–. He estado ayudando a pintar…

Dylan la besó de inmediato, haciéndola callar. No necesitaba que le dijera qué había estado haciendo. Había visto los frutos de su labor, y prefería evitar los comentarios. Dylan la besó profundamente, luego alzó la cabeza y dijo:

–Te he echado de menos.

–Pete, no sé si deberíamos ir al Luke's o no. Parece que esta noche va a haber acción en casa –comentó Abigail sonriendo, saliendo al porche con Pete.

–Sí, pero será su acción, cariño –respondió Pete besándola en la mejilla–. Y yo también quiero acción. Vamos.

–Que lo paséis bien –les deseó Dylan, sonriente.

–Lo mismo os deseamos nosotros, aunque es evidente que no os hace falta –respondió Abigail guiñándole un ojo.

–Nos llevamos tu Chevy, Dylan –advirtió Pete–. Como el coche de Brenna está arreglado, podéis llevároslo si cambiáis de opinión y decidís salir. Volveremos hacia la medianoche –avisó Pete al oído de Dylan–, si decidimos aparecer antes, llamaremos primero por teléfono.

–Te lo agradecería, tío Pete –rio Dylan.

Pete y Abigail se marcharon cerrando la puerta, y entonces Dylan rodeó a Brenna por los hombros y la llevó al sofá.

–¿Te importa que nos quedemos aquí a ver una película? –preguntó él tomando asiento.

–No, en realidad lo prefiero. Estoy cansada de pintar surtidores de incendios. Por cierto, ¿los has visto?

Había llegado el momento. Por fin surgía la pregunta que tanto temía. Si decía la verdad, quizá Brenna no volviera a dirigirle la palabra. Sin embargo tampoco quería mentir. Incómodo, Dylan se aclaró la garganta y contestó:

–Ah… sí, los he visto al volver a la ciudad.

–Bien, ¿y qué te han parecido? –sonrió Brenna–, ¿a que son únicos?

–Definitivamente, son diferentes –respondió Dylan con una evasiva, poniéndose en pie–. ¿Tienes palomitas? No podemos ver una película sin palomitas.

–Claro –respondió Brenna confusa ante tan repentino cambio de conversación, poniéndose en pie también–. ¿Por qué no vienes conmigo, y hablamos mientras pongo el microondas?

–¿Seguro que no provocarás un incendio? –bromeó Dylan, contento de haber escapado del anzuelo.

–No creo, a menos que el microondas esté estropeado. No me has dicho qué te han parecido los surtidores –continuó Brenna metiendo la bolsa de palomitas en el electrodoméstico.

Debía haberse figurado que no iba a despistarla tan fácilmente. La expresión esperanzada del rostro de Brenna le hizo sentirse mal. Había que ser tonto o estar ciego para no ver la ilusión que ella había puesto en el proyecto. Dylan la miró de reojo. No podía decirle que los encontraba espantosos, así que trató de salirse por la

tangente una vez más.

–La verdad es que no me he detenido mucho a pensarlo.

–¡Claro, qué tonta soy! Tuviste que subir a la montaña, a buscar a esos dos escaladores perdidos –sonrió Brenna comprensiva, logrando con ello que Dylan se sintiera aún peor–. He oído decir que los rescataste sanos y salvos –añadió sacando las palomitas.

–Sí, estaban muertos de pánico, pensando en que tendrían que pasar allí la noche, a cielo raso y hambrientos.

–Sí, y tú también debiste asustarte –comentó Brenna.

Dylan se sentía cada vez peor, a pesar de no haber hecho nada malo. La compasión de Brenna no hacía sino agravar la situación. Tenía que salir de allí como fuera.

–Vamos –dijo tomando el cuenco de las palomitas–, nos perderemos el principio de la película.

Brenna permaneció en silencio, ligeramente sorprendida, mientras Dylan volvía al salón. Algo andaba mal, y tenía intención de averiguar qué era.

–Dylan, ¿qué ocurre? Te comportas de un modo muy raro, desde que he mencionado los surtidores de incendios.

–¿Qué te hace pensar eso?

–Tu mal humor no tiene nada que ver con el cansancio ni con lo de los escaladores, ¿a que no? –se aventuró a conjeturar Brenna, sospechando lo que ocurría. Se acercó a Dylan y puso una mano sobre su hombro, añadiendo–: ¿Por qué no me dices simplemente que no te gusta cómo han quedado los surtidores?

–No quería herir tus sentimientos –confesó al fin Dylan dejándose caer en el sofá y cerrando los ojos.

–¿Y desde cuándo la verdad hiere más que una mentira? –preguntó Brenna poniendo los brazos en jarras–. Dime exactamente lo que piensas.

–A decir verdad, creo que son espantosos –confesó Dylan tras respirar hondo.

–Bueno, no es para tanto, ¿no crees? –comentó Brenna sentándose junto a él en el sofá.

–¿No estás enfadada? –preguntó él incrédulo.

–No –contestó Brenna llevándose una palomita a la boca–. Te acostumbrarás. Además, no parecerán tan fuera de lugar después de la segunda fase, cuando terminemos todo el proyecto.

–¿Hay una segunda fase?

–Sí, tenemos pensado… –comenzó a explicar Brenna.

Pero antes de que ella pudiera contarle cuál sería el siguiente paso, Dylan la atrajo a su regazo y la sentó encima, besándola en la boca con una pasión que a ella le arrebató el aliento.

Brenna cerró los ojos y sintió como si el mundo diera vueltas a su alrededor, mientras Dylan lamía sus labios varias veces antes de penetrarla con la lengua. Dylan jugueteó con su boca hasta sentir que ella reaccionaba, saboreándolo y sintiéndose poderosa. Los surtidores, todo el proyecto de Main Street quedó por completo olvidado, cuando él gimió de placer.

Alentada ante esa reacción, Brenna enredó los dedos en sus cabellos y se dejó llevar. La excitación que sentía al besarlo no era nada, comparada con la sensación que le producían sus manos acariciándola. Brenna sintió el cuerpo excitado de Dylan contra su trasero, y comenzó a estremecerse. La sensación era tan fuerte que la sobresaltó, haciéndola consciente de la situación por unos momentos.

–Dylan, no creo que…

–Tranquila, cariño –la interrumpió Dylan apartando las manos de su jersey, y respirando profundamente mientras su pecho se alzaba arriba y abajo. Dylan la sentó de nuevo en el sofá y le ofreció palomitas, añadiendo–: Hablaba en serio, cuando dije que fuéramos paso a paso.

–Pues parece que nos hubiéramos saltado unos cuantos –comentó Brenna rechazando las palomitas para tomar a cambio una chocolatina.

Capítulo Seis

El lunes por la mañana, nada más entrar el alcalde y el resto de los miembros del Consejo en el despacho, Dylan cerró la puerta y preguntó:

–¿Quién de vosotros ha autorizado al B.S. Club a pintar los surtidores?

–Yo desde luego no –contestó Luke Washburn con énfasis, tomando asiento.

–Yo tampoco –respondió Ed Taylor.

Ed y Myron tomaron asiento frente a la mesa de Dylan. Todos se volvieron hacia Myron, el único que no había contestado. El alcalde permaneció en silencio, tocándose nerviosamente el nudo de la corbata.

–Myron, ¿tienes idea de quién ha podido darles permiso? –repitió Dylan a pesar de conocer la respuesta, sentándose también.

–Cornelia dijo que tenían muy buen gusto, y… –confesó al fin Myron, todo colorado.

–¿Buen gusto? –gritaron los otros tres hombres al unísono.

–Cornelia me amenazó con dejar de prepararme la comida… –añadió Myron encogiéndose de hombros.

–¡Demonios, Myron, no deberías dejar que practicaran el vandalismo con los surtidores de incendios! –exclamó Luke disgustado–. Yo tengo un bar, podría darte de comer.

–Dijo que tendría que dormir en el sofá, mientras no entrara en razón –añadió Myron con ojos suplicantes.

–Sí, es triste dormir solo –comentó Ed comprensivo.

–Bueno, Ed, lo que me preocupa no es dormir solo, sino el maldito sofá. Tiene un muelle roto justo en el centro, y siempre me lo clavo. Creo que Cornelia no lo cambia para poder amenazarme con él, y salirse con la suya.

–Bueno, lo peor de todo no es haberles dado permiso para pintar los surtidores –suspiró Dylan–. Lo que quiero saber es de quién fue la idea de pintarme a mí en el que está ahí fuera.

–Nos han pintado a todos –informó Luke Washburn–. Mi mujer, Helen, me pintó a mí en el que hay frente al bar. Parezco un *troll* vestido de Santa Claus.

–Sí, estás espantoso –rio Ed.

–No te rías tanto, Taylor –rio a su vez Luke–. A ti te han pintado bizco.

–Sí, da pena –sacudió Ed la cabeza–. Le dije a Emily que o se compraba gafas, o dejaba la clase de pintura. Ya sé que no soy el hombre más guapo del mundo, pero tampoco soy tan espantoso.

–Dylan, no sé de qué te quejas –intervino Luke–. El tuyo es el mejor.

–Cierto –convino Ed–. Al menos la Montgomery sabe pintar.

Al oír mencionar el nombre de Brenna, Dylan sintió que se le revolvía el estómago. Bastante tenía con enfrentarse con los sentimientos que albergaba hacia ella, para complicarlo aún más con el proyecto.

–Últimamente has salido con ella con bastante regularidad, ¿no, Dylan? –comentó Ed pensativo.

–Sí, y el B.S. Club jamás había intentado cambiarlo todo en esta ciudad, hasta que vino ella –añadió Luke.

–Tienes que hacer algo al respecto –insistió Ed, serio.

–¡Eh, un momento! –los detuvo Dylan–. La idea ha sido de vuestras esposas. Además, ni puedo ni quiero decirle a Brenna lo que debe hacer. Yo no tengo nada que ver.

–Oh, sí, sí tienes que ver –lo contradijo Myron poniéndose en pie, comenzando a caminar de un lado a otro por el despacho–. Tendrás que vigilarlas, si es que vamos a intentar parar esto antes de que arruinen la ciudad.

–Exacto, Dylan –lo apoyó Ed–. Conociéndolas, o las paramos ahora o te pintan hasta el coche patrulla.

–Y como no estás casado, las consecuencias no serán tan duras para ti como para nosotros –añadió Luke.

–¿Y qué puedo hacer yo? –preguntó Dylan indefenso, sintiendo que había perdido la batalla–. Brenna toma sus decisiones, yo no puedo decirle lo que tiene que hacer, igual que vosotros no podéis decírselo a vuestras esposas.

–No queremos que le digas nada, chico –intervino el alcalde pensativo–. Solo pregúntale qué más van a hacer. Cuando lo

descubras, nos lo cuentas. Nosotros las convenceremos de que no lo hagan.

–Bien, ahora que todo está resuelto, voy a comprarle una caja de bombones a Emily –repuso Ed Taylor poniéndose en pie.

–¿Y eso? –preguntó Luke.

–Para hacer las paces –respondió Ed–. Puede que a Myron no le importe dormir solo, pero a mí sí.

–Y a mí –comentó Luke pensativo, siguiendo a Ed a la puerta–. Helen se enfadó, cuando le dije que lo mejor que podía hacer era tirar las brochas y las pinturas y comprarse un perro.

–Si vais a comprar bombones para vuestras mujeres, será mejor que le compre yo también a Cornelia –dijo Myron uniéndose a los otros dos–. Estoy dispuesto a lo que sea, con tal de evitar ese sofá.

Dylan observó a los tres hombres salir de su despacho. Hiciera lo que hiciera, saldría perdiendo. Por un lado estaba de acuerdo con los hombres: las ideas de las mujeres eran desastrosas. Dios sabía en qué consistía la segunda fase. Pero por otro lado no podía olvidar el entusiasmo de Brenna. Ella estaba emocionada, ante la idea de formar parte integrante de la comunidad en tan poco tiempo. Y no quería arrebatarle esa felicidad.

Dylan miró el reloj. Había pasado la hora de comer. Y se había pasado la mañana escuchando las quejas de los miembros del Consejo y pensando en cuál sería su papel, en todo aquel embrollo. Dylan sacudió la cabeza y decidió olvidarlo. Tenía el presentimiento de que, por más que lo pensara, no lograría hallar una solución.

Brenna se echó a temblar violentamente mientras bajaba por la acera. ¿Por qué diablos había decidido caminar, en lugar de llevar el coche? La temperatura había bajado bruscamente y había comenzado a llover con fuerza, mientras estaba en el instituto trabajando. De haber comenzado a llover minutos después, habría llegado a la tienda seca. Estaba helada y calada hasta los huesos.

¿Y por qué había tenido que escoger el cuento de Navidad en la Polinesia, y vestirse de chica nativa? La lluvia le había mojado la falda de tiras verdes en cuestión de segundos. Parecían espaguetis, y pesaban una tonelada. Llevaba el pelo suelto y liso, pero al estar mojado le azotaba la cara con el viento.

Y lo peor de todo eran los pies. Las sandalias no la protegían en absoluto. Tenía los pies mojados y helados, y cada vez que daba un paso se salpicaba con los charcos. Menos mal que había guardado una chaqueta en la bolsa de materiales, y que el top seguía seco. Al menos, de momento.

De pronto vio acercarse el coche patrulla del sheriff. Dylan bajó la ventanilla y gritó:

–¡Sube, te estás mojando!

Brenna obedeció sin rechistar. Se alegraba tanto de verlo, que ni siquiera se lo pensó dos veces. Subió al coche calentito y cerró la puerta.

–Ho…hola –saludó castañeteando los dientes.

–Maldita sea, cariño, estás congelada –contestó Dylan encendiendo la calefacción a tope.

–Gra…gracias por lle…llevarme.

–¿Por qué no te has traído el coche? –preguntó Dylan aparcando y comenzando a frotar sus brazos arriba y abajo–. ¿No has oído las noticias esta mañana, diciendo que venía una fuerte tormenta del norte?

–No escuché… la radio. Además, pensé que… que se pasaría, antes de que comenzara a llover –contestó Brenna comenzando a sentir más calor–. Me equivoqué.

–Es evidente –respondió Dylan quitándole la chaqueta mojada para ponerle la suya.

Dylan dejó que su mirada vagara por la silueta de Brenna, deteniéndose boquiabierto en el pecho, cubierto escasamente por un top. Tenía la falda de tiras verdes abierta, y las piernas al descubierto. Brenna se ruborizó y trató de taparse.

–Me temo que esta ropa no es muy apropiada, con este tiempo –comentó ella temblorosa, entre el frío y la escrutadora mirada.

–Pues te aseguro que es el primer disfraz que llevas que me gusta de verdad –rio Dylan haciéndola estremecerse más aún. Luego, más serio, añadió–: ¿Tienes ropa para cambiarte en la tienda?

–No, pero llevo algo en la bolsa de los materiales –contestó Brenna sacando un suéter de cuello alto y unos vaqueros, todo mojado–. Bueno, estaba seco hace un rato.

–Entonces te llevaré primero a tu casa, y luego a la tienda.

Dylan volvió a arrancar y condujo hasta casa de Brenna en silencio. Lamentaba que Brenna tuviera tanto frío, pero se alegraba de su suerte. Aquel top rosa no ocultaba el estado de sus pezones, y las gotas de agua que caían de su cabello eran terriblemente provocativas. Pero había sido al ver la falda abierta, y sus piernas desnudas, cuando se había excitado hasta extremos inconcebibles.

–Parece que Pete y tu abuela tienen planes para esta tarde –comentó Dylan viendo su Chevy pasar, saliendo de casa, con Pete y Abigail saludando–. Me pregunto adónde irán.

–La abuelita mencionó algo de pasar la tarde en Alpine –dijo Brenna rebuscando en el bolso–. Por cierto, ¿quieres venir a ver una película después de cenar?

–Claro, ¿a qué hora?

–Tengo una reunión justo después de cerrar la tienda, pero supongo que acabará hacia las siete –respondió Brenna suspirando–. ¡Vaya, estupendo! Me he dejado las llaves de casa en la cómoda esta mañana, no puedo entrar.

–¿Y no tienes otra escondida en un tiesto o debajo del felpudo?

–No, la abuela dice que esos son los primeros sitios a los que va a mirar un ladrón –sacudió la cabeza Brenna.

–Es cierto –asintió Dylan parando y dejando el motor en marcha–, pero todo el mundo esconde allí una llave, a pesar de todo. Yo siempre recomiendo llevar una segunda de repuesto en la cartera o en el bolso. No guardarás una en la tienda, ¿no?

–Me temo que no.

–Entonces tendré que llevarte a mi casa –anunció Dylan llamando por radio a Jason acto seguido para informarle de que llegaría tarde.

–Pero no podemos ir a tu casa –protestó Brenna–. Tengo que abrir la tienda esta tarde.

–Dudo que tuvieras muchos clientes, con este tiempo –comentó Dylan arrancando y dirigiéndose hacia su casa–. De todos modos, puedo volver a traerte después de prestarte algo de ropa.

Dylan condujo en silencio, tratando de olvidar el hecho de que pronto estaría a solas con Brenna en su casa. Y ella se desnudaría y se pondría su ropa. Eso lo excitaba.

–Espero que la abuela y Pete lleguen a Alpine sanos y salvos –comentó Brenna despertándolo de sus fantasías.

–Seguro –contestó Dylan deteniéndose frente al porche de su casa–. Pete ha visto más de una tormenta. Por lo menos aquí, en el sur, siempre llueve, en lugar de nevar –añadió saliendo del coche y rodeándolo, para abrirle la puerta a Brenna–. Apuesto a que en Panhandle la nieve llega hasta la rodilla.

–Sí, pero aquí hace suficiente frío como para que nieve –respondió ella temblando.

–Hace frío, pero no tanto. Solo te lo parece porque estás mojada –comentó Dylan poniendo las manos en su cintura para ayudarla a bajar, y apretando los dientes, al sentir su piel desnuda.

Ambos se miraron a los ojos. Dylan estaba convencido de que ella sentía lo mismo que él. Dio un paso atrás, y esperó a que ella pasara delante, en dirección al porche.

Quizá lo de ir a su casa no hubiera sido una buena idea. Dylan trataba por todos los medios de portarse como un caballero, pero todo estaba en su contra. Al abrir la puerta encendió el interruptor de la luz y juró, de mal humor.

–Parece que no hay luz. Debe ser por la tormenta. Quédate aquí, vuelvo enseguida –Dylan se dirigió a la cocina a buscar una lámpara de queroseno que encendió, y volvió al salón. Brenna estaba de pie, helada y mojada. Era la mujer más deseable del mundo–. Te daré algo seco para que te cambies –comentó Dylan dejando la lámpara sobre la repisa de la chimenea.

Dylan se dirigió a su dormitorio a buscar ropa, tratando de no mirar mucho la enorme cama. Su activa imaginación no dejaba de fantasear sobre lo que podrían hacer allí. De pronto se oyó un trueno, se vio un rayo segundos después, y por último se escuchó un grito. Dylan corrió al salón asustado.

–¿Estás bien?

–Sí, es que me he asustado. El rayo ha partido ese árbol –explicó Brenna señalando por la ventana.

–¡Esto no puede estar sucediendo! –musitó Dylan apretando los puños, con la sudadera, los pantalones de deporte y los calcetines gruesos en la mano.

Dylan observó el roble caído, bloqueando la carretera. No podía creer que el destino hiciera su aparición en ese momento, empeorando aún más las cosas. Estaban atrapados, no tenía forma de volver a la ciudad hasta que la tormenta no hubiera cesado y

pudiera sacar la motosierra para despejar la carretera. Y, si los pronósticos del tiempo eran ciertos, eso no ocurriría hasta el día siguiente por la tarde.

Dylan tragó. Brenna y él tendrían que pasar la noche en su casa. Solos. Se miró la estrella de sheriff, prendida en el pecho, y juró en silencio. Aquel emblema representaba la justicia, la integridad y el honor, principios por los que él se había regido toda su vida. Pero en aquel momento no estaba seguro de poder seguir manteniendo el último.

Dylan miró a la mujer que tenía a su lado. A cada segundo que pasaba, sus pensamientos se hacían menos honestos y más lujuriosos. Incómodo de pronto, le tendió la ropa bruscamente y se volvió hacia la chimenea.

–Cámbiate. Voy a ver si puedo encender un buen fuego. Creo que vamos a tener que quedarnos aquí un buen rato.

–¿Puedo ayudar en algo? –preguntó Brenna observando a Dylan echar troncos a la chimenea.

–No hay mucho que hacer. Tendremos que sentarnos a esperar, hasta que cese la tormenta.

Brenna se remangó la enorme sudadera y buscó nerviosamente chocolatinas en su bolso. No había ninguna. Suspiró, dejó el bolso y contempló la ancha espalda de Dylan. Estaban atrapados, y no había modo de salir de la cabaña mientras no dejara de llover. Pero no parecía que fuera a cesar, pensó mirando por la ventana.

–Por si no te habías dado cuenta, creo que vamos a pasar la noche aquí –comentó Dylan con calma.

–Sí, eso imaginaba –respondió ella dándose la vuelta–. ¿No podrías utilizar el Explorer para tirar del árbol un poco, y así poder pasar?

–Me temo que no –sacudió la cabeza Dylan, dándole la espalda y siguiendo con la chimenea–. No puedo cortar el árbol ni moverlo hasta que no cese la tormenta. No me gustan mucho los rayos, y menos con una motosierra en la mano.

–No, no sería buena idea, claro –convino Brenna observando el tronco caído–. Debería llamar por teléfono y cancelar la reunión de esta tarde. ¿Crees que funcionará el teléfono?

Dylan se puso en pie y caminó en dirección a la mesa del rincón, donde estaba situado el aparato. Levantó el auricular, escuchó y volvió a colgar.

–Tampoco funciona.

–¿Y cómo voy a avisar a los miembros del comité de mujeres de que no podré ir?

–Utilizaré la radio del coche, llamaré a Jason. De todos modos tenía que llamarlo, para contarle lo ocurrido. Le diré que haga esas llamadas por ti –sugirió Dylan dirigiéndose a la puerta–. ¿Tienes una lista de las mujeres a las que hay que llamar?

–Por favor, dile que las avise de que la cita de hoy se retrasa a la semana que viene –dijo Brenna sacando un papel con la lista de la bolsa–. ¿Crees que le importará llamar también a mi casa, y dejar un mensaje para mi abuela y Pete?

–No, claro.

Mientras Dylan salía a llamar por radio, Brenna se acurrucó en el sofá contemplando el fuego de la chimenea. Pasaría la noche con Dylan. De pronto sacudió la cabeza. No, no pasaría la noche con Dylan, simplemente pasaría la noche en su cabaña, y casualmente él también estaría. Brenna respiró hondo. La fragancia de la ropa de él que llevaba puesta invadía sus sentidos. Brenna cerró los ojos y sintió la excitación. Llevaba días repitiéndose que estaba con él porque era mejor que estar sola, mientras su abuela salía con Pete. Pero lo cierto era que por mucho que intentara evitarlo, se estaba enamorando de él. Y eso la asustaba.

Dylan colgó el micrófono de la radio y juró. Necesitaba darle un puñetazo a alguien. Myron estaba en su despacho, mientras hablaba con Jason. Y se había puesto muy nervioso y contento ante la idea de que la reunión quedara cancelada. Le había dicho incluso que lo iba a proponer para una condecoración, por ir más allá de su deber como sheriff y detener al B.S. Club en sus proyectos.

Dylan había tratado de explicarle que había sido el destino y las fuerzas de la Naturaleza, que él no tenía nada que ver. Pero Myron no lo había escuchado. Solo pensaba en que el proyecto se había retrasado una semana, dándole más tiempo para trazar un plan con el que detener a las mujeres.

Dylan suspiró, salió del coche y corrió al porche. Estaba harto de oír las quejas de los hombres, de oír hablar del B.S. Club y del proyecto de Main Street. Tenía que tomar una decisión. O se pasaba el resto de la noche sintiéndose culpable por participar en los planes del Consejo, o se olvidaba de todo y disfrutaba de la compañía de Brenna.

Dylan sonrió. No cabía duda. Myron, el B.S. Club y el proyecto de Main Street podían irse al infierno. Pasaría el resto de la tarde y la noche concentrado en la mujer más excitante y deseable que jamás hubiera conocido.

Capítulo Siete

–¿Quieres otro pincho de malvavisco? –preguntó Dylan sacando el largo tenedor del fuego de la chimenea.

Brenna sacudió la cabeza, sentada en la alfombra, chupándose los dedos y sacando después la lengua para lamerse los labios. De pronto Dylan sintió que se le secaba la boca al verla.

–No, gracias –sonrió Brenna–. Ya he comido bastante chocolate y malvavisco. De momento.

–Me alegro de haber encontrado los dulces que tenía Pete escondidos –bromeó Dylan tratando de aligerar su propia tensión–. Detestaría que sufrieras un síndrome de abstinencia de chocolate.

–¡Dios no lo quiera! –exclamó Brenna sonriendo–. Deberías haberme visto el día en que pintamos los surtidores. Pasé todo el día sin comer nada de chocolate, y a última hora de la tarde estaba ya insoportable. Cuando empezamos…

Dylan cortó otra porción de chocolate y se la metió a Brenna en la boca, interrumpiéndola y diciendo:

–No quisiera que te pusieras insoportable. Y no quiero hablar sobre el proyecto de Main Street.

–¿Por qué no? Hemos hecho un proyecto para Navidad…

–Prefiero que nos centremos en ti –volvió Dylan a interrumpirla, acariciando su mejilla–. Eres mucho más interesante –Dylan la observó abrir enormemente los ojos, brillantes, y llevarse otro trozo de chocolate a la boca–. Sabes lo que dicen del chocolate, ¿verdad? –Brenna sacudió la cabeza–. Los estudios demuestran que comer chocolate produce las mismas reacciones químicas en el cerebro que hacer el amor –informó Dylan entrelazando los dedos de ambos.

–Sí, creo que lo he oído decir.

La escasa luz de la lámpara de queroseno y el fuego de la chimenea creaban un ambiente íntimo muy excitante. Bañada en aquella suave luz, Brenna era la mujer más bella que hubiera visto jamás, y Dylan la deseaba más de lo que había deseado a ninguna otra mujer en su vida.

–Ven aquí, cariño –dijo él tirando de ella.

–Dudo que sea una buena idea –respondió Brenna sosteniendo su mirada, mientras él la sentaba en su regazo.

Teniendo en cuenta la situación, Brenna sabía que debía hacer algo más que emitir una débil protesta, pero lo cierto era que quería que Dylan la abrazara, quería que volviera a hacerla sentirse deseada y querida.

–No, probablemente no lo sea –convino Dylan poniendo un trozo de chocolate entre los labios de Brenna y rozándolos luego con los suyos. Dylan la besó, empujando el chocolate y apartándose luego, sonriente–. ¡Pero demonios, tampoco soy tan malo!

–Dylan… –lo llamó Brenna cerrando los ojos y saboreando el chocolate.

–¿Sí? –preguntó él rozando de nuevo sus labios, lamiendo chocolate.

–Por favor, bésame.

–Dentro de un segundo, querida –respondió él suspirando y estrechándola más cerca, tras emitir un fuerte gemido–. La espera es excitante.

–No, no lo es –negó Brenna abrazándolo por el cuello y enredando los dedos en sus cabellos–. Me está volviendo loca.

Dylan soltó una sexy carcajada que la hizo estremecerse. Ella sabía que estaba jugando con fuego. Estaban completamente solos, nadie podía interrumpirlos. Pero no le importaba. Deseaba que Dylan la besara. Y deseaba mucho más.

Darse cuenta de ello hubiera debido asustarla, pero el miedo que le causaba mantener una relación íntima con Dylan, sentir su cuerpo desnudo contra el de ella, experimentar en la práctica y por primera vez el contraste entre los cuerpos de un hombre y una mujer, no era ni con mucho tan aterrador como el miedo a no conocer jamás su amor.

–Quiero que recuerdes este beso durante el resto de tu vida, Brenna –susurró él tocando apenas sus labios, succionando el inferior.

Brenna le habría contestado que eso era imposible, de haber podido. La lengua de Dylan la penetró haciéndola olvidarlo todo, lamiendo su boca hasta hacerla incapaz de pensar. La pasión de sus besos, el sabor de ese deseo tan ardiente le hacía hervir la sangre y

despertar cada célula de su cuerpo.

–Sabes a chocolate y a caramelo, eres una mujer muy sexy –dijo él con voz provocativa.

Brenna sintió sus pezones ponerse tensos, mientras se arqueaba contra él tratando de acercarse más. Los músculos de su ancho tórax la presionaron, mientras Dylan la levantaba para tumbarse ambos sobre la alfombra. Excitada y medio derretida, con el cuerpo contra el de él, Brenna disfrutó escuchando el acelerado ritmo del corazón de Dylan, sus gemidos de placer al acariciarle la nuca.

Brenna se apartó ligeramente, tratando de desabrocharle los botones de la camisa. Quería sentir el calor de su piel, la fuerza de sus músculos.

–Quiero tocarte –murmuró ella.

De pronto Brenna sintió que se le paraba el corazón, para echar a galopar acto seguido. No podía creer la pasión que oía en su propia voz, ni siquiera el hecho de que hubiera dicho en voz alta lo que estaba pensando. Pero antes de que pudiera hacerse a la idea, Dylan se puso de rodillas, se desabrochó la camisa y la arrojó al suelo. Brenna sintió que se le cortaba el aliento al ver aquel pecho y aquel estómago. Dylan podía posar como modelo, se dijo mientras sus dedos recorrían aquella piel. La respiración entrecortada de Dylan la alentó a continuar. Brenna puso las palmas de las manos sobre su pecho y sintió los pezones de Dylan tensarse y responder.

–Nos tocaremos el uno al otro –prometió él.

La mirada de ojos verdes de Dylan la mantenía cautiva, mientras tomaba sus manos. Dylan tiró de ella para ponerla de rodillas frente a él, deslizó las manos por debajo de la sudadera que le había prestado y acarició la sensible piel desde la cintura hasta los pechos.

La salvaje pasión que ella vio arder en su mirada y su fragancia masculina produjo en Brenna un deseo más urgente de lo que jamás había experimentado. Era como si él hubiera abierto el cerrojo que guardaba su corazón y su alma. Brenna quería hacer el amor con Dylan, quería que él formara parte de su cuerpo y formar parte ella del de él.

En aquel momento, Brenna sabía sin ningún género de duda que se estaba enamorando de Dylan. Pero antes de que tuviera tiempo de recapacitar, Dylan alzó las manos hasta sus pechos.

–No llevas sujetador –dijo él sonriendo, abrazando y soportando

el peso de sus senos.

–Estaba demasiado mojado –contestó ella ruborizándose.

–Me alegro –añadió él inclinándose a besarla–. Quiero verte, querida.

Incapaz de articular palabra, Brenna asintió sin vacilar.

Dylan sonrió, observando su rubor y vulnerabilidad, tratando de hacerla sentirse mejor. Luego le alzó los brazos y le quitó la sudadera. Nada más arrojarla él al suelo, el primer impulso de Brenna fue el de taparse. Pero luego escuchó la respiración agitada de Dylan, observó el brillo de deseo de su mirada, y toda inhibición se desvaneció.

Dylan tomó las manos de Brenna y las colocó sobre su torso, antes de poner él también las palmas de las manos sobre su pecho.

–Eres preciosa, Brenna –susurró Dylan acariciando sus pezones e inclinándose para besarla en el cuello–. Voy a saborearte.

Dylan le lamió el cuello y el hombro. Brenna echó atrás la cabeza y se estremeció al sentir la caricia de sus labios sobre la piel. Un delicioso calor comenzó a invadirla, despertando en ella una urgente necesidad. Brenna tuvo que morderse los labios para no gemir en voz alta. Pero cuando él cerró la boca entorno a su pezón y su lengua comenzó a lamer la carne, no pudo seguir evitándolo. Dylan alzó la cabeza. No creía haber oído nunca un gemido tan dulce de placer como el que había emitido Brenna.

–Así, cariño, deja que te oiga. Deja que sepa cómo te hago sentir y qué es lo que quieres.

Dylan se puso en pie y tiró de ella, bajó las manos hasta sus caderas y tiró de la cinturilla del pantalón. El descubrimiento de que Brenna no llevaba ropa interior lo hizo gemir y estremecerse de excitación.

–También estaban mojadas –dijo Brenna, sin atreverse a mirarlo.

Dylan colocó un dedo bajo su barbilla para alzar su rostro y mirarla a los ojos, respondiendo:

–¿Tienes idea de lo excitante que me resulta saber que no llevas nada debajo de mi ropa? –Brenna negó con la cabeza. Entonces él abrazó su trasero y la presionó contra su cuerpo–. ¿Te haces ya una idea?

Brenna abrió inmensamente los ojos al sentir el tenso cuerpo de Dylan presionarse contra ella. Él la observó con una expresión de

satisfacción, contemplando su mirada apasionada. Decidido a avivar el fuego, Dylan dio un paso atrás y luego, lentamente, bajó los brazos. Los enormes pantalones prestados de Brenna se deslizaron por sus caderas y piernas para aterrizar a los pies.

Al mirarla, Dylan sintió que se ahogaba. Brenna tenía la silueta que debía tener toda mujer, con pechos generosos, suaves curvas y caderas redondeadas. No tenía la figura frágil que cualquier hombre habría temido estrechar. No, Brenna era una de esas mujeres que pueden mantener cautivo a un hombre en su suave interior hasta arrebatarle la última gota de energía.

Al principio ella pareció ligeramente insegura, mientras apartaba el pantalón con los pies. Pero luego, cuando sus miradas se encontraron, Dylan vio desaparecer su expresión de vacilación. Sus ojos azules reflejaban pasión, deseo y urgencia, y él solo podía pensar en quitarse el resto de la ropa y sentir su delicioso cuerpo desnudo contra la piel.

Dylan se quitó los pantalones vaqueros y la ropa interior y alargó las manos para estrecharla muy cerca. La sensación de aquella piel de satén rozando su cuerpo, la fragancia femenina y única envolviéndolo, y los sonidos de los suspiros, mientras Brenna se derretía contra él, le aceleraron el pulso. Dylan respiró hondo varias veces tratando de calmar su libido y enterró el rostro en la nube de cabellos rojizos de Brenna. Jamás en la vida había estado tan excitado como en ese momento.

No sabía cuánto más podría seguir soportándolo, de modo que tomó a Brenna en brazos y la llevó al dormitorio. Quería tomarse las cosas con calma, hacerle el amor como ella merecía: lenta y profundamente.

Dylan apartó la colcha, la tumbó sobre las sábanas y se estiró a su lado. Luego la abrazó y comenzó a besarla de nuevo. Era incapaz de reconocer cada nueva sensación que surgía en su interior. Cuando por fin se apartó, Dylan sintió que estaba a punto de arder en llamas. Jamás su deseo había sido tan intenso, o su necesidad de una mujer tan fuerte.

–Dylan, hay algo que necesito decirte –dijo ella en un murmullo.

–¿Qué ocurre, cariño?

Dylan apoyó el codo en la cama y la cabeza sobre la mano, descansando y contemplando a la mujer más bella que hubiera

conocido nunca. Luego alzó un dedo y trazó un dibujo entre sus pechos hasta el ombligo. Brenna suspiró levemente y su cuerpo tembló, de modo que él continuó con la exploración. Pero al llegar a la mata de rizos entre las piernas, ella se puso tensa.

–¿Querías contarme algo? –preguntó él deteniendo la caricia para concederle algo de tiempo.

–Yo… jamás he hecho esto antes –confesó al fin Brenna vacilante, con una voz tan débil que Dylan creyó haberla oído mal.

–¿Jamás has estado con ningún hombre? –preguntó Dylan observando en ella una expresión de vulnerabilidad y vacilación, mientras negaba con la cabeza–. ¿Ni siquiera con el tipejo que te dejó plantada, después de hacerte creer que os casaríais cuando terminara la carrera?

–Bueno, él y yo… –Brenna se interrumpió, volviendo a negar con la cabeza–. No me sentía preparada.

–¿Y ahora sí te sientes preparada?, ¿conmigo? –preguntó Dylan con el corazón en un puño.

–Sí.

La firmeza de la respuesta de Brenna y la sinceridad de su mirada lo conmovieron. Brenna no se había entregado al hombre con el que creía que se casaría porque en aquel momento no le había parecido bien, pero estaba dispuesta a entregarse a él. Una confesión como aquella debía haber acabado con toda su pasión y deseo, obligándolo a echar a correr. Pero el hecho de que Brenna se sintiera preparada para hacer el amor con él cuando jamás se había sentido así con ningún otro hombre le hinchaba el pecho de orgullo y satisfacción, lo hacía enloquecer. Incapaz de expresar la profundidad de sus sentimientos con palabras, Dylan la estrechó en sus brazos y la besó con una pasión de la que jamás se habría creído capaz.

Al sentir los labios de Dylan sobre los suyos, Brenna olvidó las dudas y la aprensión y comenzó rápidamente a disfrutar de la dulce tensión del deseo renovado. Dylan la penetró con la lengua y Brenna vio un caleidoscopio de colores, al cerrar los ojos. Él la saboreaba mientras Brenna comenzaba a sentir un secreto vacío en su interior.

Cuando él deslizó la mano para acariciar sus zonas más íntimas, cada músculo del cuerpo de ella se tensó, tratando de acercarse aún

más a él. Dylan debió notar esa necesidad, porque abrió sus piernas y comenzó a acariciar con suavidad su punto más sensible. Brenna se excitó más y más, mucho más de lo que hubiera creído posible. Jamás había sentido sensaciones tan fuertes. Sin embargo cuando él la penetró con el dedo y acarició su suave y húmedo interior, Brenna sintió que algo ardía en llamas. Gimiendo de placer, se apretó contra él mientras el deseo la embargaba.

–Por favor, Dylan…

–¿Te gusta?

–S…sí.

–Brenna, te deseo más de lo que he deseado nunca en la vida a ninguna mujer, y necesito estar dentro de ti. ¿Estás preparada?

–Sí.

–¿Seguro? –insistió en preguntar Dylan, mientras seguía excitándola con sus caricias–. Haré todo lo que esté en mi mano para no hacerte daño, pero puede que la primera vez no sea tan maravillosa como esperas.

Brenna aceptó el hecho de que la primera vez le produciría cierto dolor, pero las palabras de Dylan desvanecieron toda duda que hubiera podido albergar.

–Jamás he estado más segura de nada en toda mi vida. Por favor, hazme el amor, Dylan.

Un gemido de satisfacción salió del pecho de Dylan, que la besó brevemente y alargó la mano hasta la mesilla para sacar un pequeño paquete. Brenna lo observó ponerse una protección, y sintió un estremecimiento de miedo y vacilación. Jamás había visto un cuerpo masculino desnudo, a excepción de en los libros, pero tenía el presentimiento de que el de Dylan no era precisamente pequeño. Brenna levantó la vista. Dylan la observaba.

–Tu cuerpo está hecho para albergar el de un hombre como yo, cariño –dijo él tumbándose y estrechándola–. Relájate. Encajaremos perfectamente el uno en el otro.

Dylan la besó suavemente, desvaneciendo aquellos restos de inseguridad, y después abrió sus piernas y se colocó sobre ella. La miró fijamente, manteniéndola cautiva, tomó su mano y juntos buscaron el camino hacia su húmedo interior.

Brenna se tensó involuntariamente al sentir su cuerpo ensancharse para acomodarlo, pero la mezcla de ternura y pasión

de los ojos de Dylan, sus suaves susurros de aliento, mientras se apartaba para volver a embestirla, le dieron confianza. El cuerpo de Dylan continuó con un movimiento rítmico, y con cada lenta y suave penetración ella sintió que profundizaba más y más en su interior.

Dylan alcanzó casi inmediatamente la barrera de su interior. Brenna se preparó, sabiendo que el dolor cedería pronto. La mirada serena de Dylan le confirmaba sin necesidad de palabras que todo iría bien. Instantes después él la abrazó, la besó en la boca y atravesó aquel velo de protección enterrándose profundamente en ella. Brenna contuvo momentáneamente el aliento, pero Dylan permaneció inmóvil y el dolor pasó.

Dylan se apoyó sobre los codos alzando la cabeza y mirándola. Brenna sabía que lo hacía para darle tiempo a acomodarse.

–Eres muy estrecha, no quiero hacerte daño. Pero no creo que pueda seguir soportándolo durante mucho tiempo, cariño.

La expresión del rostro de Dylan reflejaba la tensión a la que estaba sometido, tratando de controlarse. En ese instante, Brenna supo que lo amaba con toda su alma y su corazón. Alzó una mano, acarició su mejilla y dijo:

–Por favor, hazme el amor, Dylan.

Con un gemido de satisfacción, Dylan se inclinó para besarla en el cuello mientras la embestía. Se apartó, repitió el movimiento una y otra vez, y comenzó por fin a moverse lenta y regularmente. Pero enseguida ese balanceo renovó la pasión de Brenna, excitándola hasta límites insospechados. Brenna sintió que estaba al borde de un nuevo despertar, de una liberación de toda aquella tensión, mientras se movía al unísono con Dylan, pero no pudo evitar ponerse tensa debido al desconocimiento de lo que iba a suceder. Dylan debió notar tanto su confusión como el hecho de que ella estuviera a punto del clímax, porque la estrechó con fuerza y dijo:

–Déjate llevar, cariño. Yo cuidaré de ti.

Brenna confió en Dylan como jamás había confiado en nadie y se dejó llevar por aquel ritmo cada vez más rápido. De inmediato se sintió consumida por las olas de placer que la embargaban. Segundos después, gimiendo su nombre, Dylan la embistió una última vez. Y Brenna sintió que se unía a ella en la cresta de una inmensa y placentera satisfacción.

Cuando los últimos espasmos del clímax comenzaron a ceder y el corazón volvió a latirle con normalidad, Dylan se apartó de encima de Brenna y rodó por la cama llevándosela con él. Ninguna experiencia del pasado podía compararse con aquella, con ninguna otra mujer. Dylan sentía como si hubiera muerto y alcanzado el paraíso.

–¿Te encuentras bien, querida? –preguntó besándola en lo alto de la cabeza.

–Ha sido la experiencia más bella de toda mi vida –asintió ella acurrucándose en su pecho.

–No te he hecho daño, ¿verdad?

–No –respondió Brenna alzando la vista–. Gracias por hacer que mi primera vez fuera maravillosa, Dylan.

Su primera vez. Saber que Brenna había estado esperándolo para hacer el amor por primera vez le hinchaba el pecho de orgullo, pero también de deseos de ser el último hombre con el que lo hiciera. Pensar en Brenna en brazos de otro hombre, compartiendo su cuerpo con él, le hacía desear hacerla suya una vez más.

–Te deseo otra vez, Brenna –dijo él haciéndola rodar por la cama para ponerla de nuevo boca abajo, besando sus párpados, su nariz y su barbilla.

–Yo también te deseo –sonrió ella cálidamente, abriendo los ojos.

–¿Seguro?

–Jamás he estado tan segura de nada en la vida, Dylan.

Capítulo Ocho

A la tarde siguiente, tras retirar el árbol de la carretera, Dylan llevó a Brenna a su casa. Pero en lugar de encontrar el viejo Chevy aparcado allí, tal y como esperaba, no había ni rastro de Pete y Abigail.

–Me pregunto dónde estará Pete.

–No lo sé, pero esté donde esté, seguro que mi abuela está con él –rio Brenna.

La dulce sonrisa, el brillo en la mirada de Brenna, fruto de la intensa y satisfactoria experiencia, excitaron a Dylan una vez más. Aquella mujer no tenía más que mirarlo, para seducirlo.

–Recuérdame que le dé las gracias a tu abuela por mantener ocupado a Pete –dijo él inclinándose para besarla, saliendo después del Explorer y dando la vuelta para ayudarla a salir.

–Creo que soy yo, quien debería darle las gracias a Pete por mantener ocupada a la abuela –comentó Brenna mientras Dylan la guiaba de la mano al porche–. No tienes ni idea de lo insoportable que se pone, a veces.

–Pues parece que se han vuelto a marchar –indicó Dylan recogiendo una nota pegada a la puerta y leyéndola–. Es un buen consejo, pero no comprendo por qué tu abuela se molesta en pegar este papel a la puerta.

–Déjame verlo –dijo Brenna–. *La verdadera llave de salvación está en observar bajo tus pies. Cuidad los escalones, chicos* –leyó, echándose a reír–. Las llaves están bajo el escalón.

–¿Cómo lo sabes?

–Es un juego al que jugamos desde que era niña –explicó Brenna inclinándose para recoger las llaves–. La clave es la tercera palabra de cada frase.

Dylan la siguió y entró en casa, volviendo a leer la nota mientras Brenna se dirigía a la cocina.

–Llave… está… bajo… escalones. ¡Vaya! ¡Sí que tenéis una buena forma de comunicaros, sin que nadie se entere!

–Dylan…

Algo en el tono de voz de Brenna le hizo levantar la cabeza. Ella estaba en el dintel de la puerta, muy pálida. Dylan se acercó corriendo y preguntando:

–¿Qué ocurre?

–No puedo creerlo –afirmó Brenna tendiéndole otra nota con mano temblorosa–. Se han llevado tu camioneta, se han fugado a Las Vegas.

–¿Para qué? –preguntó Dylan, creyendo haber oído mal.

Dylan leyó la segunda nota y sacudió la cabeza. Le parecía increíble que Pete y Abigail hubieran encontrado la felicidad juntos, en sus años dorados, pero no le gustaba tanto, en cambio, que se hubieran llevado su camioneta. No pudo evitar lanzar un juramento, de lo cual inmediatamente se disculpó.

–No puedo creer que esté sucediendo algo así –afirmó Brenna marchándose al salón para caer derrumbada sobre el sofá–. Mi abuela se casa, y yo ni siquiera voy a verlo.

–Oh, sí que lo verás, cariño –se apresuró Dylan a contestar tomando inmediatamente una decisión. Dylan tiró de ella y la abrazó, añadiendo–: Vamos a seguirlos.

–¿Qué?

–Sí, vas a ver casarse a tu abuela, y yo conseguiré que mi tío me devuelva la camioneta.

–¡Pero nos llevan casi un día de adelanto! –exclamó ella.

–Sí, pero si estoy en lo cierto, Pete se detendrá a pasar la noche en Albuquerque. Tiene allí un amigo –explicó mirando el reloj–. Si nos marchamos dentro de una hora, los pillaremos hacia la medianoche.

–Dejé el coche en el taller ayer, pero si quieres podemos ir a recogerlo –ofreció Brenna.

–Tendremos que hacerlo –asintió Dylan–. No puedo llevarme el Explorer para hacer un viaje particular. Ahora sube y prepara rápidamente una bolsa de viaje, yo llamaré a Jason mientras tanto y le contaré lo sucedido.

Brenna se dirigió al dormitorio mientras él hacía la llamada telefónica. No se alegraba de que Pete se hubiera llevado su camioneta, pero sí de la decisión de la pareja. Fugándose, Pete le había ofrecido a Dylan una oportunidad perfecta para pasar más

tiempo con la mujer más impresionante que jamás hubiera conocido, camino a Las Vegas.

–Abuelita, sigo sin comprender por qué no podíais casaros en Tranquility –comentó Brenna cerrando la puerta de la suite nupcial tras ella.

Cansada del largo viaje, Brenna bostezó. Ambas se dirigían al ascensor. Dylan y ella habían pescado a la pareja la noche anterior, en Albuquerque, tal y como él se había figurado. Luego todos se habían levantado pronto a la mañana siguiente para partir en dirección a Las Vegas. El resto de la tarde la habían pasado haciendo compras, buscando un traje para los novios.

–Elegimos Las Vegas porque queríamos algo muy especial para casarnos –contestó Abigail entrando en el ascensor–. ¿Te imaginas algo más espectacular, que el hecho de que te case el Rey del Rock and Roll?

Antes de que Brenna pudiera contestar, las puertas del ascensor volvieron a abrirse. Ante ellas, Dylan y Pete. Brenna sintió que se le aceleraba el pulso. No había vuelto a ver a Dylan desde aquella tarde, después de las compras, cuando Abigail insistió en que ellas dos utilizaran la suite nupcial para cambiarse mientras Dylan y Pete lo hacían en la habitación en la que se había registrado el joven.

Brenna se alisó nerviosa la falda verde del vestido que había elegido su abuela para ella, mientras observaba a Dylan. Jamás lo había encontrado tan atractivo, con aquella chaqueta deportiva azul, camisa azul claro y vaqueros negros, comprados para hacer el papel de padrino.

–Dylan está muy guapo, ¿verdad? –le susurró su abuela.

–Desde luego.

–¿Sabes?, podríamos hacer una ceremonia doble –sugirió Abigail.

–Abuela, no empieces otra vez –advirtió Brenna, estremeciéndose solo de pensarlo.

–¿No son las chicas más guapas que hayas visto nunca? –le preguntó Pete a Dylan, dando un paso adelante y tomando a Abigail del brazo–. ¿Preparada para casarte como Dios manda, cariño?

–Por supuesto, viejo gruñón –respondió Abigail con una sonrisa

radiante.

Dylan tomó de la mano a Brenna sin dejar de mirarla, manteniéndola cautiva con sus ojos brillantes. Luego inclinó los labios para besarle la mano.

–Estás bellísima, querida.

–Gracias.

–¿Vais a quedaros ahí de pie, arrullándoos el uno al otro, o venís con nosotros? –preguntó Pete interrumpiéndolos.

–Guíanos, tío Pete –contestó Dylan sin dejar de mirarla–. Os seguimos.

Una hora más tarde, al llegar de nuevo al hotel, Dylan ayudó a Brenna a salir de la limusina. No podía creer lo rápido que había sucedido todo. Nada más entrar en la capilla Pete y Abigail habían hecho sus promesas, y acto seguido el párroco vestido de Elvis los había proclamado marido y mujer.

–Queremos que subáis a nuestra suite a brindar –anunció Abigail al entrar en el vestíbulo.

–Sí, tenemos un par de cosas que hablar con vosotros –asintió Pete.

–Claro, subiremos a vuestra habitación –contestó Brenna–. Tú deberías hacer los honores, Dylan, como padrino de boda.

Dylan la contempló y sintió que se le agarrotaba el estómago. Jamás había visto a Brenna tan bella. Desde el momento de salir del ascensor solo había deseado quedarse a solas con ella, quitarle aquel vestido verde y hacerle el amor hasta quedar ambos sin sentido. Y por la forma de mirarlo Brenna, era evidente que ella estaba pensando en lo mismo.

–Nada me gustaría más que subir a brindar por vuestra felicidad –mintió Dylan.

Minutos más tarde, al entrar en la suite de Abigail y Pete, Dylan vio una botella de champán en una cubitera y dos copas preparadas sobre una mesa, delante del balcón. Había también una fuente con chocolatinas rellenas de fresa esperando a la pareja de recién casados.

–Abre la botella mientras yo voy por otras dos copas –sugirió Pete a Dylan.

Dylan sirvió las dos copas de champán y los dos vasos del bar, tomó uno de los vasos y propuso un brindis, deseando a la pareja un feliz matrimonio. Todos brindaron y dieron un sorbo.

–Y ahora, antes de que os marchéis corriendo en busca de vuestra propia diversión, chicos, tenemos que haceros una confesión –afirmó Abigail.

–Sí, y pediros un favor –añadió Pete tomando a Abigail de la mano.

–¿Y qué es lo que tenéis que confesar? –preguntó Dylan suspicaz, no muy seguro de querer saberlo.

–Vosotros dos no os habéis conocido accidentalmente –afirmó Abigail intercambiando primero una mirada cómplice con su marido, y aclarándose la garganta–. Nosotros lo planeamos.

–¿Vosotros lo planeasteis? –repitió Brenna dejando el vaso en la mesa.

–Pete y yo nos conocimos un par de días antes de que tú y yo nos mudáramos a Tranquility –indicó Abigail, asintiendo–. En cuanto comenzamos a hablar de nuestras familias, nos dimos cuenta de que haríais una pareja perfecta –añadió, echándose a reír–. Y desde entonces nos las hemos arreglado para que os quedarais solos. Hasta nos llevamos la camioneta de Dylan para este viaje, en lugar de tu coche, Brenna, porque Pete decía que Dylan nos seguiría, y yo estaba segura de que tú lo acompañarías.

–He ido Alpine al cine más veces en las últimas semanas que en toda mi vida –sonrió Pete, mirando a Abigail–, pero el hecho de estar los dos, en la oscuridad, fue lo que nos unió.

–Pues os está bien empleado, por hacer de casamenteros –comentó Brenna de buen humor–. Podéis quedaros con mi coche para la luna de miel, yo volveré con Dylan. Si te parece bien, claro –añadió girándose hacia él.

–Bueno, ¿y qué nos ibais a pedir? –preguntó Dylan asintiendo y observando a Brenna tomar una chocolatina, para lamerse los dedos después, seductora e inconscientemente.

–Solo faltan dos semanas para las navidades, y no nos va a dar tiempo a encontrar una casa para los dos hasta después –explicó Pete, besando la mano de su mujer–. Queremos que seáis vosotros quienes decidáis con quién nos quedamos, hasta que nos mudemos.

–Pero no tenéis que decidirlo ahora mismo –se apresuró a añadir

Abigail–. Podéis discutir sobre ello, y cuando Pete y yo volvamos de la luna de miel nos lo decís.

–Creo que no me equivoco, si os digo que podéis quedaros en la casa que prefiráis –respondió Dylan mirando a Brenna, solicitando su aprobación.

–Sí, podéis quedaros donde queráis, cuanto queráis –añadió Brenna tomando otra chocolatina, mientras Dylan apartaba la vista de ella, cada vez más excitado.

–Ya nos lo diréis cuando volvamos a Tranquility la semana que viene –afirmó Abigail sonriendo–. No nos importa dónde estemos, con tal de estar juntos.

–Bueno, gracias por venir a nuestra boda –comentó de pronto Pete, abrazando a su mujer–, pero ya es hora de que os marchéis. Abby y yo no vamos a rejuvenecer, queremos comenzar nuestra luna de miel cuanto antes.

–Muchas felicidades –repitió Brenna ruborizándose y comiendo la última chocolatina, antes de abrazar a su abuela–. Me alegro mucho por los dos.

–Sí, felicidades –repitió Dylan tomando a Brenna de la mano y saliendo por la puerta–. Veamos qué ponen en la televisión –añadió entrando en el ascensor y abrazándola–. Tenía ganas de besarte desde que te vi en el vestíbulo esta tarde. ¿Sabes lo guapa que estás esta noche, y cuánto me cuesta mantener las manos quietas? –añadió rozando los labios de ambos.

–Probablemente tanto como a mí. ¿Sabes lo atractivo que estás con esa chaqueta de sport, y esos vaqueros negros?

–¿Atractivo? –rio Dylan–. ¿Tanto como las chocolatinas rellenas de fresa?

–¿Sabes por qué no podía dejar de comer? –volvió a preguntar Brenna, asintiendo.

–No.

–Era lo mejor que podía hacer, si no podía tenerte a ti.

–Cariño, como sigas diciendo esas cosas no me haré responsable, si nos perdamos la película.

–¿Y quién quiere ver la televisión? –preguntó Brenna abrazándolo por la cintura–. Prefiero mirarte a ti.

–Como sigas así, me va a dar un ataque al corazón.

–¿Seguir cómo? –preguntó ella inocentemente, mientras salían

del ascensor y se dirigían a la habitación.

–Tú ya lo sabes –contestó Dylan buscando las llaves en el bolsillo.

–¿Es que no quieres que te diga lo sexy que te encuentro? –susurró ella en su oído–. La otra noche, en tu casa, dijiste que querías oírme…

–No, hasta que no lleguemos a la habitación –la interrumpió él luchando nerviosamente con las llaves.

–¿Puedo decirte cuánto me gusta tenerte…?

–¡He creado un monstruo! –exclamó Dylan tapándole la boca. Brenna comenzó entonces a lamerle la mano–. Cariño, como no pares, voy a morir de frustración, si no logro abrir la puerta.

–Solo iba a decirte cuánto me gusta tenerte… –Dylan le lanzó una mirada asesina–… aquí, en la boda de mi abuela y Pete –terminó ella la frase, con una mirada traviesa.

–Esto me lo vas a pagar –prometió Dylan abriendo por fin la puerta y encendiendo la luz. Dylan tiró de Brenna, la estrechó en sus brazos y cerró de una patada–. ¿Tienes idea del efecto que esas palabras pueden tener en un hombre?

–No –sonrió Brenna–. ¿Quieres demostrármelo?

–Estás decidida a volverme loco, ¿verdad?

–No lo he considerado –sonrió ella traviesamente, bajando la intensidad de la luz hasta una cálida penumbra–. Pero anoche me volviste loca tú a mí en el hotel de Albuquerque, y la noche anterior también, en tu casa, así que… es justo. ¿Te importaría que te volviera un poco loco esta noche, sheriff?

–En absoluto, cariño –respondió Dylan tragando.

–Esta noche me toca a mí llevarte hasta el abismo.

Dylan sintió que se le paraba el corazón y se le aceleraba el pulso, al contemplar la mirada decidida y seductora de Brenna. Pero inmediatamente comprendió que ella necesitaba controlar aquella noche la situación, de modo que permaneció inmóvil mientras Brenna le desabrochaba la camisa. Brenna comenzó a hacerlo lentamente, introduciendo enseguida la mano por su escote abierto para acariciarlo. Dylan respiró hondo, y Brenna continuó desabrochando. Cuando llegó a la cintura y le sacó los faldones de la camisa del pantalón, él sintió que le estallaba el pecho.

Brenna abrió la camisa y puso las manos sobre su torso,

acariciándolo por entero. Jugueteó con sus pezones y acarició los músculos pectorales con las cálidas palmas de sus manos. Dylan exhaló el aire atrapado en sus pulmones con un largo suspiro.

–¿Te gusta? –preguntó ella alzando la mirada.

–Si me gustara más, dudo que pudiera soportarlo, cariño –respondió él con voz ronca, a pesar de aclararse la garganta primero.

–Tienes un cuerpo precioso, Dylan –afirmó ella alzando las manos hasta los hombros para acariciar los brazos mientras le retiraba la camisa.

–A mí me gusta mucho más el tuyo –respondió él ronco.

Brenna le quitó del todo la camisa y lo miró como si le estuviera haciendo una promesa. Dylan se preguntó qué haría después. Pero no tuvo que esperar mucho para saberlo. Brenna lo tomó de la mano, lo llevó dentro de la habitación y encendió la radio que había sobre la mesilla. Una lenta balada romántica comenzó a sonar, tiñendo el ambiente.

Brenna volvió a su lado y se paró delante de él, inclinándose para quitarle las botas. Luego se enderezó y lo miró con un brillo tal en los ojos, que Dylan se convenció de que planeaba explorarlo profundamente, de arriba abajo, antes de permitirle siquiera ver sus curvas.

Dylan sostuvo la mirada de Brenna mientras ella trazaba con un dedo la línea que formaba su vello desde el ombligo hasta el cinturón. Cada músculo de su cuerpo se iba tensando, durante el recorrido, mientras respiraba hondo. Permanecer inmóvil mientras Brenna se divertía sería lo más duro que hubiera tenido que hacer nunca. Las manos de ella rozaban su estómago mientras trataba de desabrocharle el cinturón. No cabía duda. Definitivamente, jamás había tenido que soportar nada tan duro.

Dylan respiró hondo varias veces, tratando de calmarse. Tendría suerte, si le quedaba una brizna de sentido común para cuando ella terminara de desnudarlo. Brenna le desabrochó el botón de los vaqueros. Dylan estaba tan excitado, que temía que la cremallera le hiciera daño, al bajarla.

–Cariño…

Pero antes de que él pudiera advertirle, Brenna alzó la mano y colocó un dedo en sus labios, bajando la cremallera lentamente.

Entonces Dylan soltó el aire de los pulmones, aliviado. Pero cuando ella tocó la tela de su ropa interior, él gimió y cerró los ojos, de nuevo a punto de estallar. Definitivamente Brenna lo estaba volviendo loco. Y Dios lo ayudara, pero adoraba cada instante de ese sufrimiento.

–Abre los ojos y mírame, cariño –ordenó ella.

Dylan abrió los ojos y sostuvo su mirada, mientras Brenna deslizaba sus pantalones y su ropa interior de una sola vez, por las piernas. Luego él arrojó la ropa a un lado y alargó las manos para estrecharla.

–Aún no –lo detuvo ella con un susurro ronco.

Brenna se quitó los zapatos y los pantys, se recogió el pelo colocándolo sobre un hombro, y se giró de espaldas para que él le desabrochara la cremallera del vestido. Excitado como estaba, la operación resultó bastante difícil. Dylan rozó aquella sedosa espalda con los dedos, y Brenna se estremeció. Ella estaba tan excitada como él, y eso lo reconfortó. No era el único que sufría, con aquel juego.

Dylan puso ambas manos sobre sus hombros, la hizo darse la vuelta y trató de abrazarla, pero ella sacudió la cabeza y se apartó. Dylan la observó hipnotizado, mientras Brenna se bajaba lentamente el vestido por los hombros hasta caer a los pies. Luego tragó, cuando ella alzó las manos para desabrocharse, por delante, el sujetador. Aquella prenda era tan pequeña y transparente, que podía ver sus pezones rosados bajo el encaje verde.

Brenna sonrió mientras se lo desabrochaba, deslizó los tirantes por los hombros y liberó sus generosos y firmes pechos ante él. Dylan gimió. Cuando Brenna se llevó las manos a la cinturilla de las diminutas braguitas, él creyó que se le saltarían los ojos. Aparte de los pantys, lo único que había llevado Brenna bajo el vestido durante toda la velada había sido un diminuto sujetador, que enseñaba más de lo que tapaba, y un minúsculo tanga de seda y encaje. Aquello le hirvió la sangre.

–Me alegro de no haber sabido antes lo diminuta que era tu ropa interior, cariño –comentó él.

–¿Por qué?

–Porque me las habría visto moradas, para ocultar cuánto te deseaba –contestó Dylan alargando los brazos–. Ven aquí, Brenna.

Ella acudió a sus brazos, y Dylan la estrechó sintiendo su cuerpo femenino contra el de él, firme y masculino. Se sentía a punto de arder.

–Baila conmigo –susurró ella en su oído.

¿Bailar? Tenía suerte, si podía seguir teniéndose en pie. Pero Dylan estaba dispuesto a atravesar el infierno, con tal de complacerla, así que cuando ella comenzó a balancearse la estrechó con fuerza, apretando los dientes.

Dylan sujetó sus largos y sedosos cabellos tras la oreja, inclinó la cabeza y comenzó a mordisquear aquella sensible piel. Los gemidos de placer de Brenna lo alentaron, deslizando las manos por la espalda hasta el trasero y por los costados, hasta los pechos.

–Cariño, te necesito más que respirar.

Brenna se apartó para mirarlo a los ojos. La pasión que Dylan vio en ella lo emocionó. Brenna lo tomó de la mano y lo llevó a la cama, diciendo:

–Túmbate, cariño.

–Un segundo –dijo él rebuscando por los vaqueros, tirados en el suelo.

Dylan sacó un par de preservativos de su cartera y los dejó a mano, sobre la mesilla, tumbándose después en la cama. Esperaba que Brenna se uniera a él, pero en lugar de eso ella abrió uno de los paquetes. Brenna vaciló. Dylan notó enseguida que ella no había hecho nunca algo parecido, así que la alentó:

–Lo estás haciendo bien, cariño.

Brenna lo miró mientras le ponía la protección, tocando su carne ardiente. Jamás había visto Dylan a ninguna mujer hacerlo, y jamás habría creído que podía resultar tan excitante. Dylan alargó los brazos para estrecharla, pero Brenna sacudió una vez más la cabeza.

–Recuerda, esta noche es mi turno para volverte loco, cariño.

Para el inmenso alivio de Dylan, Brenna se sentó sobre él sin vacilar, a horcajadas, guiándolo hacia el interior de su cuerpo. Dylan cerró los ojos, alzó las manos hasta las caderas de ella y sintió cómo Brenna lo consumía por entero. El grito de placer de ella mientras lo hacía resultó casi fatal, para Dylan. Tuvo que reprimirse para no perder el poco control que le quedaba sobre su cuerpo.

–Cariño… –dijo él apretando los dientes–, no sé si podré seguir soportándolo.

–Abre los ojos, Dylan –ordenó ella suavemente, repitiendo lo que él mismo le había dicho la primera noche que hicieron el amor.

Sosteniendo ambos la mirada, Brenna comenzó un suave movimiento que enseguida excitó a Dylan, llevándolo a un punto sin retorno. Entonces, incapaz de contenerse, él tomó el control y comenzó a moverse a mayor velocidad. Sus cuerpos parecían bailar al unísono con la música. Dylan la guió hasta la cima y en ese instante ambos perdieron la noción de dónde comenzaba el uno y acababa el otro.

Segundos después, Dylan sintió que ella se tensaba alrededor de su cuerpo, la oyó susurrar su nombre y, por fin, gritar con la culminación del placer. Brenna se dejó caer sobre él y Dylan estrechó su tembloroso cuerpo hasta que la tormenta cesó.

Solo entonces sucumbió Dylan a su propia pasión. Cada músculo de su cuerpo se contrajo, mientras buscaba su propia satisfacción. Dylan la embistió una última vez y gritó.

El tiempo pareció detenerse, mientras Dylan se recobraba lentamente del clímax más increíble de toda su vida. Jamás había experimentado nada igual con ninguna otra mujer.

–Dylan…

–¿Qué, cariño?

–Te quiero –dijo ella con voz suave.

El corazón de Dylan se paró, echando a latir alocadamente después mientras trataba de asimilar aquella confesión. Pero antes de que él pudiera responder, Brenna comenzó a respirar suave y regularmente, cayendo dormida.

¿Había oído bien?, ¿Brenna lo amaba?

Dylan la apartó a un lado de la cama y se giró hacia ella para contemplarla. Apartó un mechón rojizo de cabello de su mejilla de porcelana y sintió el pecho contraérsele de deseo. Brenna lo amaba.

Tres semanas antes, aquella idea lo habría aterrado, obligándolo a huir. Pero en ese momento…

Brenna se acurrucó contra él para dormir, y Dylan la estrechó en sus brazos. Jamás había sentido esa necesidad de proteger a nadie. Dylan respiró hondo una y otra vez.

Cinco años antes había hecho el ridículo, y el miedo a repetirlo le impedía mantener relaciones con mujeres desde entonces. Pero Brenna no era como cualquier otra mujer. Brenna se estaba

convirtiendo en una obsesión para él, en algo necesario para su vida.

De algún modo ella había sabido penetrar en su alma sin que él se diera cuenta. Y, a juzgar por los sentimientos de protección que inspiraba en él, tardaría mucho en salir.

Capítulo Nueve

Cuatro días después de volver de Las Vegas, en la sala del Ayuntamiento, Brenna estaba absorta. Su mente no estaba en la reunión del Comité ni en la segunda fase del proyecto. Ni siquiera escuchaba las quejas de las mujeres acerca de sus maridos. Durante esos cuatro días, Brenna solo había podido pensar en Dylan y en cómo acabaría su relación.

Tras hacer el amor aquella noche en Las Vegas, Brenna le había confesado que lo amaba sin darse cuenta, y luego se había quedado dormida. No había planeado decírselo, simplemente se le había escapado, pero no había marcha atrás. Dylan había permanecido en silencio, y ninguno de los dos había vuelto a mencionarlo. Y eso, a pesar de haber pasado juntos cada minuto de los días y de las noches transcurridos desde entonces. Y eso la molestaba. Terriblemente.

En su anterior relación, Tom había sido el primero en confesarle qué sentía. Sin embargo, finalmente, sus sentimientos habían resultado tan superficiales como él. Pero Dylan era diferente. Él no tenía planes, no tenía pensado aprovecharse de ella de ninguna manera. Tenía un trabajo fijo, no necesitaba nada de ella. Brenna suspiró. Por desgracia, eso no alteraba el hecho de que ella le había hecho una confesión, y él había permanecido en silencio.

–Brenna, cariño, ¿me estás escuchando? –preguntó Cornelia.

–Lo siento, ¿de qué estabais hablando?, ¿se quejan los hombres de que hayamos pintado los surtidores contra incendios?

–Cuando le conté a Ed que pensábamos pintarlos todas las navidades –contestó Emily Taylor, asintiendo–, casi se atraganta con la cena. No comprendo por qué los molesta tanto, solo son vulgares surtidores.

–¿Alguien le ha contado a su marido lo que pensamos hacer la semana antes de Navidad? –preguntó Brenna, decidida a parar el proyecto si no obtenían la aprobación de los hombres.

–No –negó Helen Washburn–. Luke y yo apenas hablamos, desde

que me dijo que tirara los pinceles y me comprara un perro. Quiso hacer las paces regalándome una caja de bombones, pero no me pidió perdón.

–Ed hizo exactamente lo mismo –comentó Emily frunciendo el ceño.

–Y Myron –añadió Cornelia.

–Si va a ser un problema, quizá sea mejor que abandonemos el proyecto –sugirió Brenna.

–De ningún modo –la contradijo Cornelia sin más preámbulos, levantándose de la silla y poniendo los brazos en jarras–. Los hombres de este pueblo llevan demasiado tiempo haciendo las cosas a su modo, ya es hora de que los paremos.

–¡Nosotras somos tan ciudadanas de Tranquility como ellos! –asintió Emily.

–Exacto –convino Helen–. Mi familia lleva aquí mucho más tiempo que la de Luke.

–¡Chicas, vamos a seguir con los planes, y al diablo con lo que piensen los hombres! –exclamó Cornelia dando un golpe sobre la mesa.

–Señoras, señoras… no creo que sea una buena idea –intervino Brenna intranquila, observando cómo las mujeres se levantaban en armas–. Si los hombres no quieren que pintemos las señales de la calle ni cambiemos el nombre de Main Street por el de Reindeer Way…

–No te preocupes por los hombres –la interrumpió Cornelia–, no van a enterarse de los detalles de nuestros planes hasta que no lo vean. Mañana es sábado, tenemos todo el día para trabajar. Nos encontraremos aquí a primera hora, nos dividiremos en grupos y trabajaremos todas al mismo tiempo. Para cuando se den cuenta de lo que hemos hecho, habremos terminado.

–Yo estoy de acuerdo –asintió Helen encantada.

–Y yo –convino Emily dando palmadas, excitada–. Cornelia, eres un genio.

–¿Pero no es necesario un permiso para realizar todos esos cambios en las calles? –preguntó Brenna, esperando que la razón prevaleciera.

–Por lo que a mí respecta, no –negó Cornelia–. Si Myron se atreve a decir algo, tengo un sofá que él considera un instrumento

de tortura. Una noche o dos durmiendo en él, y callará para siempre.

–¿Qué ocurre, cariño? –preguntó Dylan ayudando a Brenna a colgar los adornos en el árbol navideño, en el salón de la casa de ella.

–Esta tarde me he reunido con el Comité de la Beautification Society.

Nada más oírlo, Dylan se puso nervioso. ¿Cómo se las apañaría en esa ocasión, para evitar oír hablar del proyecto de Main Street? De haber sabido que era eso lo que le ocurría, Dylan habría mantenido la boca cerrada. De esa forma, cuando Myron volviera a preguntarle si le había sacado alguna información, él podría responder honestamente que no.

–¿Sabes por qué a los hombres les molesta tanto el proyecto de decoración de Main Street? –preguntó Brenna, sin dejar de colgar adornos.

–¿Y qué te hace pensar que los molesta?

–Los miembros del Comité me han contado lo que piensan sus maridos. Dicen que es ridículo.

–Bueno, todos llevan toda la vida viviendo en Tranquility –contestó Dylan escogiendo con cuidado las palabras–. Les gusta el pueblo tal y como ha sido siempre, y no ven motivo para cambiarlo.

–Pero las mujeres no pretenden cambiar la forma de vida del pueblo, solo quieren adornarlo y darle un poco de vida para que la celebración sea algo especial.

–¿Igual que en Jamboree, la fiesta de Navidad, en la sala del Ayuntamiento?

–Pintar los surtidores de incendios y…

Antes de que Brenna pudiera terminar la frase, contándole algo que prefería no saber, Dylan alargó un brazo y la estrechó, interrumpiéndola:

–Tranquila, cariño. Todo el mundo se lo pasará bien en las fiestas, como siempre.

–Pero…

Dylan la besó, poniendo punto final a aquella conversación. Cuando alzó la cabeza, Brenna había olvidado su preocupación.

Dylan respiró hondo y se apartó. Cuanto antes terminaran con el árbol, antes podría dedicarse a hacer lo que realmente quería, que era llevársela al dormitorio y hacerle el amor durante toda la noche.

–¿Sabes algo de los recién casados? –preguntó Dylan, colocando en el árbol una tira de espumillón rojo que parecía una ristra de pimientos, el símbolo del sudoeste de Texas.

–Sí, la abuela llamó esta tarde por teléfono para decir que pasarían la noche en Albuquerque y que volverían mañana –informó Brenna sacando una rama de acebo.

–¿Y has pensado con quién van a quedarse, hasta que encuentren casa? –continuó preguntando Dylan.

–Pues no –respondió Brenna buscando un lugar donde colgar el acebo–. Ojalá no nos hubieran dado a elegir.

–Bueno, podemos turnarnos –sugirió Dylan–. Una semana en cada casa.

–Sí, eso está bien –contestó Brenna distraída.

–¿Qué ocurre?

–No sé dónde colgar la rama de acebo.

–A ver si se me ocurre algo a mí –contestó Dylan tomando la rama y sosteniéndola sobre la cabeza de ella. Luego, sonriendo, la besó y añadió–: Aquí.

La tarde del domingo, Dylan estaba sentado en su despacho observando las serias caras de tres hombres frente a él.

–Myron, ¿has dado tú permiso al B.S. Club para el último cambio que han hecho? –preguntó Dylan, hastiado.

–¡Demonios, no! –exclamó el alcalde nervioso, poniéndose en pie y caminando de un lado a otro–. Me enteré cuando me llamó Luke por teléfono para decirme que mirara por la ventana en dirección a la señal de la esquina.

–¿Alguien ha oído hablar alguna vez de un pueblo del sudoeste de Texas, cuya calle principal se llamara Reindeer Way? –preguntó Luke disgustado–. ¡Demonios, como no tengan una en el zoo de El Paso, no creo que ninguna calle se llame así en dos mil kilómetros a la redonda! ¡Calle del Reno!

–¡Y encima se les ha metido en la cabeza que tienen que hacer esto todas las navidades! –exclamó Ed todo colorado–. Emily dice

que piensan pintar los surtidores de conejo para Semana Santa, y de cupido para el día de San Valentín.

–¡Y ya veremos qué más se les ocurre! –añadió Luke.

–Conociendo a Cornelia y a sus gallinas, terminarán por llamar a Main Street cualquier estupidez, como Camino de Conejos.

–¡Oh, Dios! ¿Creéis que la llamarán el Túnel del Amor, por San Valentín?

–Si tú no les has dado permiso, Myron, entonces, ¿quién ha sido? –preguntó Dylan.

–Ahí está la cosa –contestó Ed–, que no se lo han pedido a nadie. Simplemente se han puesto a pintar. Jamás habían hecho una cosa así.

–¿Sabes, Dylan?, la culpa de todo esto es tuya –afirmó Myron dejándose caer en la silla.

–¡Mía!, ¿cómo es eso? –exigió saber Dylan, ofendido.

–Te dijimos que vigilaras a esa Montgomery y descubrieras qué planeaban –contestó Ed, asintiendo.

–¡Sí! –convino Luke–. Se suponía que tenías que contárnoslo todo antes de que las cosas llegaran tan lejos.

–Llévate a esa chica al Alpine, al cine, esta noche –ordenó Myron–. Y mientras estáis allí sentaditos, en la oscuridad, averiguas qué más planean.

–Sí –asintió Ed cruzándose de brazos–. Si acaban pintando mi cara en un cupido o un conejo, tu empleo corre peligro.

Antes de que Dylan pudiera responder, se oyó un leve grito de sorpresa. Dylan alzó la vista y sintió que el corazón se le caía a los pies. Ahí estaba Brenna, en la puerta de su despacho, pálida y boquiabierta.

–Lo siento… la puerta estaba abierta y…

Las miradas de ambos se encontraron, y la expresión del rostro de ella desgarró a Dylan. Él se puso en pie inmediatamente, rodeó la mesa y la llamó. Pero Brenna había desaparecido.

Brenna corrió en dirección a la calle. El corazón le latía agitado, tenía el pecho contraído, apenas podía respirar. Dylan solo había estado saliendo con ella porque se lo habían ordenado, para averiguar todos los detalles del proyecto.

Las lágrimas le nublaban la vista, pero Brenna siguió corriendo. Dylan había seguido órdenes y había pasado con ella todo el tiempo que había podido, en sus esfuerzos por llevar a cabo la misión. Y ella, como una imbécil, había caído en la trampa.

El dolor le oprimía el pecho, de modo que se detuvo. No era de extrañar que Dylan no le hubiera dicho que la amaba. Sencillamente, no la amaba. Solo salía con ella para asegurarse el empleo. La había utilizado, exactamente igual que Tom.

Se sentía medio enferma, pero echó de nuevo a andar. Había dado solo unos cuantos pasos, cuando unas fuertes manos se posaron sobre sus hombros.

–Cariño…

–No me llames así –dijo ella dándose la vuelta–. No vuelvas a llamarme así nunca más.

–Tengo que explicarte…

–No necesitas justificarte, sheriff. Cumplías órdenes –lo interrumpió Brenna soltándose y echando a caminar.

–¡Maldita sea, Brenna, sé razonable! –exclamó él, siguiéndola.

–Vete.

–No, hasta que no me escuches.

–Nada de lo que digas puede cambiar las cosas.

Al llegar a casa, Brenna agarró el picaporte tratando de apresurarse a entrar. No quería derrumbarse delante de Dylan, ni que él viera cuánto la había herido. Pero Dylan la detuvo, sujetando el picaporte y cerrando la puerta cuando ella trataba de abrir. Brenna luchó, pero fue inútil.

–Maldita sea, Brenna, vas a escucharme –dijo él enfadado y frustrado.

–No, no pienso escucharte.

–Sí, vas a escucharme –repitió él sujetándola de los brazos.

–¿De qué serviría, Dylan? –preguntó ella con los ojos llenos de lágrimas, tratando de reprimirlas y evitar que él la viera llorar–. ¿Es que quieres limpiar tu conciencia?, ¿crees que eso te haría sentirte mejor?

–Yo no he hecho nada.

–¿En serio?, ¿no cumpliste órdenes?, ¿no saliste conmigo durante todo este tiempo para averiguar los planes del Comité y poder contárselos?

–No fue así –negó Dylan sacudiendo la cabeza–. Es cierto, sí. Me pidieron que averiguara los detalles pero, por si no lo recuerdas, jamás te hice una sola pregunta.

–¿Y el hecho de que no preguntaras te hace menos culpable? Me besaste y me hiciste el amor solo porque te habían ordenado estar conmigo –lo acusó Brenna con voz trémula–. ¿Tienes idea de cómo me hace sentirme eso?, ¿sabes cuánto duele entregarse a un hombre que solo pretende utilizarte para conservar su empleo?

–Espera un momento, Brenna –la detuvo él enfadado–. Lo que hay entre nosotros es real, y no tiene nada que ver con las órdenes que me han dado. He estado contigo porque quería, porque me gustabas.

–Ojalá pudiera creerte, Dylan –respondió Brenna sintiendo que el corazón se le partía en dos–, pero no es así.

–Es la verdad –insistió él–. Y si lo piensas bien, cada vez que te ponías a hablar del proyecto yo cambiaba de conversación.

–No importa –sacudió la cabeza Brenna–, el hecho es que dejaste que creyeran que salías conmigo cumpliendo órdenes, no porque quisieras. Me has utilizado igual que Tom.

–No, no te he utilizado –insistió Dylan–. Nuestra relación no tiene nada que ver con ellos –continuó, respirando hondo–. Hace cinco años comencé a salir con una mujer que utilizó la atracción que yo sentía por ella para trasformar Tranquility en un refugio de vacaciones para ricos. Ella me dejó en ridículo delante de todo el pueblo, y créeme, yo jamás haría algo así.

–Pero acabas de hacerlo –afirmó Brenna soltándose–. Lamento haberte estropeado los planes, antes de que pudieras terminar tu misión y salvar tu empleo. Quizá los miembros del Consejo lo tengan en cuenta, cuando llegue el momento de evaluar tu trabajo.

–Cariño…

–No, por favor –lo interrumpió Brenna abriendo la puerta–. No hay nada más que decir. Pete y la abuela llegarán esta noche. Le diré a Pete que te llame por teléfono.

–Esto no ha terminado, Brenna.

–Sí, sí ha terminado. Adiós, Dylan –se despidió Brenna.

Brenna entró en casa, cerró la puerta y se apoyó en ella, temblorosa. Luego se dirigió al salón y se tapó la cara con las manos. Al oír los pasos de Dylan alejarse para siempre de ella no

pudo soportarlo más, y se derrumbó.

Dylan bajó lentamente las escaleras y volvió al centro de la ciudad. ¿Era culpable, como decía Brenna? En sus esfuerzos por mantener sus relaciones en privado, ¿había sido deshonesto, restándole valor a esa relación al guardar silencio?, ¿había traicionado la confianza de Brenna, al no contarle a Myron y los otros miembros del Consejo que la veía porque quería, en lugar de cumpliendo órdenes?

Desde aquel lamentable incidente, cinco años atrás, Dylan había hecho todo cuanto estaba en su mano para separar su vida privada de su posición como sheriff. Y había tenido éxito, hasta ese momento.

Pero eso había sido antes de que todo el mundo comenzara a meter las narices en su vida y en la de Brenna. Al principio habían sido Abigail y el tío Pete, jugando a la celestina, y luego los hombres del Consejo, en sus esfuerzos por detener a sus mujeres. Y, a pesar de tanta interferencia, Brenna y él se las habían arreglado para enamorarse.

De pronto Dylan se detuvo en seco y respiró hondo. Brenna había conseguido llegarle al alma pero, ¿cuándo se había enamorado él?

Sacudió la cabeza y siguió caminando. Lo importante no era cuándo, sino el hecho de que le había entregado a Brenna su corazón. Se lo había entregado. Y no estaba dispuesto a que ninguna otra persona de buenas intenciones se interpusiera entre los dos. Dylan sonrió resuelto. Sin duda, esa decisión incluía a Brenna.

Capítulo Diez

La víspera del día de Navidad, Brenna estaba sentada mirando el enorme cuenco de bombones de licor que su abuela había dejado sobre la mesa, frente a ella. Por primera vez en la vida, no se sentía tentada de comer.

–Pete, tapa los bombones mientras corto el pastel –ordenó Abigail deteniéndose frente a Brenna–. Será mejor que te vistas para el Jubilee.

–Jamboree –la corrigió Brenna.

–Lo que sea –sacudió la mano Abigail, despectivamente–. Si no te das prisa, vas a llegar tarde.

–No voy a ir –negó Brenna poniéndose en pie y dirigiéndose a su dormitorio.

–Tienes que ir, Brenna –afirmó Pete–. Si no vas, ¿quién les leerá el cuento a los niños?

–Cualquiera puede leérselo –argumentó ella.

–Pero tú eres la cuentacuentos –objetó Pete, intercambiando una mirada con su mujer–. Creo que me voy a… a… –Pete hizo una pausa, sonriendo después traviesamente–. Bueno, ya encontraré algo que hacer.

Brenna lo observó besar a su mujer y marcharse, y luego, anticipándose a su abuela, comentó:

–Ahórrate la molestia, abuela. No voy a ir.

–Brenna –comenzó Abigail obligándola a sentarse de nuevo, y tomando asiento frente a ella–, mientras sigas viviendo en Tranquility, seguirás encontrándote a Dylan de vez en cuando.

–Lo sé, es solo que… –Brenna respiró hondo–… aún es demasiado pronto.

–Sé que te hizo daño, cariño, pero tendrás que enfrentarte a él antes o después. Y cuanto más lo retrases, más duro será.

–Quizá me mude –contestó Brenna parpadeando para contener las lágrimas, después de una semana entera llorando.

–Yo no te he criado para que salgas huyendo.

–No estoy huyendo –se defendió Brenna–, simplemente trato de sobrevivir.

–Entonces enfréntate a todos con la cabeza bien alta, y sigue adelante –aconsejó Abigail–. Demuéstrale a este pueblo lo fuerte que eres.

–Eso mismo me dijo Cornelia esta mañana, cuando se acercó a la tienda a contarme cuánto lamentaba lo que su marido y el Consejo habían tratado de hacer.

–¿Cuántas veces van ya?

–Entre Cornelia, Emily Taylor y Helen Washburn, creo que esta semana me han pedido perdón todos los días –sacudió la cabeza Brenna–. ¿Cómo es posible que algo tan inofensivo como pintar unos surtidores y unos cuantos carteles pueda causar tantos problemas?

–No lo sé –sacudió la cabeza Abigail–. Ayer tarde, cuando Pete pasó por Luke's, dice que vio a todos los hombres del pueblo cenando allí –rio Abigail–. Según parece Cornelia, Emily y Helen están enfadadas con sus maridos y se niegan a cocinar. Y Myron anda por ahí todo el día, quejándose de los muelles del sofá.

–Esa lucha entre hombres y mujeres cada día va peor.

–Sí, estoy ansiosa, a ver qué ocurre esta noche –asintió Abigail, sonriendo.

–¡Abuela!

–Nada como una guerra, para dar vida a una fiesta –comentó Abigail poniéndose en pie–. Y ahora, ve a vestirte si no quieres perderte la fiesta.

–No me importaría –contestó Brenna suspirando y poniéndose en pie–. Pero no piensas dejarme sola, ¿verdad?

–No –negó vigorosamente Abigail con la cabeza–. Además, sería una lástima desperdiciar un traje de elfo tan bonito.

Brenna se dirigió a su dormitorio y se puso el traje de elfo, con leotardos y botas altas de tacón verdes, sin dejar de pensar en que Dylan estaría en la fiesta. Durante aquella semana no había hecho más que pensar en lo que él le había dicho la última vez que lo había visto.

Era cierto que Dylan no le había hecho una sola pregunta a propósito del proyecto de Main Street. De hecho, había evitado mencionarlo. Y haciendo memoria, tenía que reconocer que no le

había permitido explicarle los planes. O cambiaba rápidamente de tema de conversación, o la besaba para hacerla callar, cada vez que ella intentaba hablar.

Tras no pensar en otra cosa durante toda una semana, Brenna había acabado por admitir que en eso él tenía razón y por comprender su precaria situación. Dylan se había visto en medio de todo el tinglado, se había visto forzado a trazar una delgada línea divisoria entre uno y otro bando con la intención de mantener a todo el mundo contento. La situación no podía haber sido fácil, ni la tarea sencilla de sobrellevar.

Por un lado, Dylan había tratado de aplacar al alcalde y a los miembros del Consejo para conservar un empleo que adoraba. Por el otro, había intentado por todos los medios no traicionar la confianza de Brenna mientras daba un rodeo, evitando seguir las órdenes al pie de la letra.

Brenna había llegado incluso a comprender por qué no había querido informar al Consejo acerca de su relación con ella. Tras sufrir la humillación pública cinco años atrás, no podía culparlo por mantener su vida privada en secreto.

Pero de todo eso Brenna se había dado cuenta demasiado tarde. Durante una semana entera, no había visto ni oído hablar de Dylan. Y si eso no era prueba suficiente de lo poco que le interesaba a él la relación, o de su escaso entusiasmo ante la posibilidad de intentarlo de nuevo, no tenía otra prueba mejor.

Brenna no estaba dispuesta a pasar la velada entera contemplando a Dylan, amándolo y humillándose delante de todos, derrumbándose allí mismo. Asistiría a la fiesta navideña, pero no se quedaría allí toda la noche. Leería la historia y ayudaría a Santa Claus con los regalos, pero luego se marcharía.

Dylan estaba en un extremo del salón de Actos del Ayuntamiento, observando la puerta. Nada más entrar Brenna, Pete y Abigail, se puso nervioso. Estuvo a punto de estrujar el vaso de plástico del ponche. Brenna estaba muy guapa con su traje verde de elfo. Demasiado guapa. Pero para él, Brenna siempre estaba guapa. Llevaba una falda a medio muslo y el cuello de pelito. Nada le hubiera gustado más que cargársela al hombro, encontrar un rincón

apartado y hacerle el amor hasta que perdiera el sentido. Pero le daría algo más de tiempo, antes de intentar de nuevo acercarse a ella.

–¿Qué tal, chico? –preguntó Pete acercándose.

–Igual –contestó Dylan dando un sorbo de ponche–. ¿Y tú, tío Pete?

–Bien –respondió Pete, quedándose en silencio–. ¡Maldita sea, chico!, ¿por qué no te decides de una vez y preguntas?

–¿Preguntar qué? –inquirió Dylan haciéndose el inocente, mientras observaba a Cornelia y las gallinas llevarse a Brenna.

–¡Eh, chico!, los dos sabemos que te mueres por saber algo de Brenna. ¿Por qué no te dejas de tonterías y preguntas?

–¿Y por qué entonces no me lo cuentas, y ahorramos tiempo? –preguntó a su vez Dylan encogiéndose de hombros, sin dejar de mirar a Brenna.

–Está bien, te lo diré. Creo que es la chica más desgraciada que he visto jamás. Abby ha tenido que ponerse echa una furia, para conseguir que viniera esta noche.

–¿Es que no iba a venir al Jamboree? –preguntó Dylan sintiendo que se le hacía un nudo en el estómago, al saber que él era la causa de tanto sufrimiento.

–No, y por si alguien quiere saberlo, no me sorprendería que se marchara en cuanto termine de contar el cuento y de ayudar a Santa con los regalos.

–Parece que la guerra no ha terminado –comentó Abigail acercándose y quedándose junto a Pete–. Con las mujeres a un lado de la sala, y los hombres al otro, yo diría que el campo de batalla está bien definido. Llevemos esas dos sillas hacia la mesa del ponche, Pete. Presiento que algo va a suceder –añadió excitada.

Pete y Abigail cruzaron la sala en dirección a las sillas alineadas junto a la pared, acercándolas a la mesa del ponche. Dylan observó a Brenna y al resto de mujeres caminar hacia la misma mesa. En el extremo opuesto, los hombres se dirigieron en la misma dirección. Según parecía, Abigail tenía razón. Cornelia y sus gallinas comenzaron a señalarlos con el dedo, mientras los hombres adoptaban un aire ofendido y negaban su culpabilidad con la cabeza.

Dylan observó a Brenna, en medio del tumulto, volviendo la

cabeza de un lado a otro mientras los dos bandos discutían y el ambiente se caldeaba. Parecía impotente, al borde de las lágrimas.

–¡Ya basta! –gritó Dylan en voz alta, estrujando el vaso de ponche y dirigiéndose, por entre la multitud, hacia la mujer a la que amaba.

Brenna se apartó asustada, al ver que aumentaba el número de personas que se reunían en torno a la mesa del ponche. Todo el mundo tenía algo que decir a propósito de los surtidores de incendios y las señales de Main Street.

–A mí me gustan los cambios –comentaba una mujer–. Estoy ansiosa por ver qué hacen en vacaciones.

–¿Cómo demonios puedes decir una cosa así? –respondía un hombre disgustado–. Son la cosa más tonta que he visto en mi vida.

–Por favor, no discutan –recomendó Brenna en un esfuerzo por evitar que elevaran el tono, desvaneciéndose su voz entre el barullo.

–¡Es todo culpa de ella! –dijo un hombre enfadado–. De no haber animado al B.S Club a pintar, no habría pasado nada.

–¡Eh, un momento!

Al oír la voz de Dylan por encima de las demás, Brenna dirigió la vista hacia él. Nada más entrar en el salón, lo había visto con su chaqueta nueva de sport y sus vaqueros negros comprados para la boda de Pete y Abigail. Y lo había encontrado tan guapo, que había tenido que apartar la vista. Después, había evitado mirar en su dirección. Pero al verlo acercarse, con el sombrero de vaquero bien calado, se le había parado el corazón. ¿Qué se proponía hacer?

–Brenna Montgomery no ha sido quien ha comenzado todo esto, enseñando a pintar a las mujeres o dirigiendo el proyecto cuando le han pedido ayuda –continuó Dylan mirándola con intensidad y resolución, acudiendo en su defensa–. De lo único que es culpable es de tratar de formar parte de la comunidad de Tranquility, de tratar de convertirse en una más aunque, a juzgar por lo que está sucediendo hoy aquí, no comprendo por qué.

–¡Dylan! –exclamó Brenna incrédula, mientras él se quitaba la estrella de plata del pecho.

–No importa, cariño –respondió él sonriendo, enterneciéndola. Luego, volviéndose hacia el alcalde, le tendió la estrella y añadió–:

Me he sentido orgulloso de servir a este pueblo durante los últimos seis años, pero cuando el pueblo pasa a ser más importante que la gente que vive en él, es que ya nada importa.

La gente de pronto calló, atónita, esperando la reacción de Myron Worthington. El único ruido en toda la sala era el procedente de los niños, que jugaban en una esquina.

–Espera, Dylan... –insistió Brenna.

–Myron –continuó Dylan sacudiendo la cabeza en señal de negativa, y colocando un brazo por encima de los hombros de Brenna–, si tengo que elegir entre este pueblo y la mujer a la que amo, no me cabe duda. Tranquility irá siempre en un segundo lugar. Y de lejos.

Brenna estaba tan atónita, que ni siquiera estaba segura de haber oído bien. ¿Sería cierto que Dylan había confesado en público que la amaba? No obstante, no podía permitir que él renunciara a su cargo. Ese puesto significaba demasiado para él. Brenna alargó una mano y le quitó la estrella al alcalde, devolviéndosela a Dylan y diciendo, emocionada:

–No puedes hacer eso, Dylan. Yo sé cuánto amas este pueblo, cuánto quieres a sus vecinos. Ser el sheriff significa demasiado para ti, como para dejar que renuncies.

–Cariño...

–Yo me hago responsable de todo lo ocurrido –continuó Brenna poniendo un dedo sobre sus labios para hacerlo callar–. Estoy dispuesta incluso a cerrar la tienda y marcharme de aquí, si con ello se restablece la paz. Pero no puedo aceptar que renuncies. Te quiero demasiado como para consentirlo, Dylan.

–¡Oh, es lo más bello que he oído nunca! –exclamó Cornelia medio llorando, emocionada. Luego se volvió hacia su marido, y añadió–: Myron, di algo.

–Pues... pues... vamos a ver... No hay razón para que nadie deje su empleo o se marche del pueblo.

–En absoluto, ninguna razón –lo apoyó Luke Washburn, también emocionado.

–Vuelve a ponerte la estrella, Dylan –aconsejó Ed Taylor con voz ronca–. Solucionaremos esto.

–¿Qué dices tú, Brenna? –preguntó Dylan estrechándola en sus brazos–. ¿Crees que podremos solucionarlo?

–Bueno, hay muchas probabilidades –sonrió Brenna, contemplándolo con los ojos llenos de lágrimas.

–Para mí, con eso basta –dijo Dylan–. Cariño, ¿quieres hacerme el favor de convertirte en mi mujer?

Si antes la sala había quedado en silencio, en ese momento la parálisis fue total. Todo el mundo esperó la respuesta de Brenna. Incluso los niños, junto al árbol, parecían darse cuenta de que algo importante iba a ocurrir.

–¡Oh, Dylan! –exclamó Brenna arrojándose a sus brazos–, si fuera posible, me casaría ahora mismo. Aquí. Sí, seré tu mujer.

Un grito de entusiasmo retumbó en la sala. Los habitantes de Tranquility vitorearon a la nueva pareja, deseándoles felicidad.

–Brenna –la llamó Mildred Bruner, dando un paso adelante–. ¿Lo dices en serio?, ¿te casarías con Dylan esta misma noche, si fuera posible?

–Sí, lo haría –respondió Brenna alzando la vista hacia él.

–¿Y tú? –continuó preguntando Mildred a Dylan.

–Sí, me gustaría que nos casáramos esta misma noche –respondió Dylan sin vacilar–, pero como funcionaria del condado, sabes muy bien que hay que esperar tres días desde que se solicita la licencia hasta que se celebra la ceremonia.

–Cierto –admitió la mujer–, pero si un juez del distrito lo estima oportuno, puede anular ese período de tres días y casar a la pareja de inmediato.

–El juez Bertrand vive en un rancho a siete millas de aquí –sugirió Pete acercándose con una enorme sonrisa, mientras Abigail abrazaba a Brenna.

–Y me debe un favor –añadió Myron contento–. Ed, Luke y yo iremos a buscarlo, lo tendremos aquí dentro de una hora.

–¿Llevas encima tu libro de solicitudes, Mildred? –preguntó Dylan.

–¡Por supuesto! Nunca se sabe cuándo puede ser útil.

–¿Qué dices, cariño? –preguntó Dylan a Brenna–. ¿Quieres que nos casemos esta noche?

–Sí –respondió Brenna sin dudarlo un segundo.

Dylan besó a Brenna, y segundos después todo el mundo se puso a hablar. Cornelia dio un paso adelante, lanzando órdenes en todas direcciones. Despachó a Myron, Ed y Luke, y mandó a las mujeres

transformar aquella fiesta de Navidad en una boda. Abigail se llevó a Brenna a casa para cambiarse de ropa.

Una hora más tarde, con el vestido verde con el que había asistido a la boda de Abigail y Pete, y un ramo de flores blancas, Brenna esperaba a las puertas de la sala del Ayuntamiento.

–Brenna, eres una novia guapísima –comentó Pete con ojos brillantes.

–Por supuesto que es una novia guapísima –repitió Abigail–, es mi nieta.

–Y Dylan es un novio guapo, porque es mi sobrino –rio Pete.

–No puedo creer lo que está sucediendo –murmuró Brenna, incapaz de asimilar los acontecimientos.

De pronto se oyó un murmullo de aviso: «ahí viene la novia». Acto seguido Cornelia abrió la puerta de la sala y anunció:

–Tu futuro marido te espera, Brenna.

Abigail sonrió, besó a la novia y entró en la sala.

–¿Lista, pequeña? –preguntó Pete, tomándola del brazo.

–Jamás había estado tal lista como ahora –asintió Brenna.

Al ver entrar a Pete escoltando a Brenna, la gente se separó en dos grupos dejando en medio un pasillo. Brenna buscó a Dylan con la mirada. Estaba de pie, junto al juez Bertrand y el árbol de Navidad, en el extremo opuesto de la sala. Las luces del árbol se encendían intermitentemente, pero Brenna apenas se daba cuenta. El brillo de los ojos de Dylan, llenos de amor, la mantenía cautiva mientras caminaba hacia él.

–¿Preparada para hacer de esta fiesta de Navidad un acontecimiento que Tranquility jamás olvidará? –preguntó Dylan tomándola de la mano, mientras Pete la soltaba.

–Jamás había estado tan preparada –respondió ella con lágrimas de felicidad en los ojos–. Te quiero, Dylan Chandler.

–Y yo te quiero a ti, cariño –contestó Dylan besando el dorso de su mano y soriendo–. Casémonos.

Epílogo

Vísperas del día de Navidad, un año después

Dylan sonrió contemplando a Brenna sentarse junto al árbol de Navidad, dispuesta a leerles a los niños un cuento antes de la entrega de regalos de Santa Claus. Jamás lo habría creído posible, pero la amaba aún más que cuando se convirtió en su mujer.

–Esta noche Brenna está muy guapa –comentó el alcalde Worthington, de pie junto a Dylan.

–Sí que lo está, Cornelia –contestó Dylan orgulloso, volviendo la vista hacia la primera mujer elegida para el puesto en la historia de Tranquility, la alcaldesa número ciento cincuenta–. ¿Y Myron?

–Está poniéndose el traje –rio Cornelia–. No hace más que quejarse de que la tradición es que sea el alcalde quien se vista de Santa Claus, pero los miembros del Consejo y yo hemos decidido que sería mejor que continuara haciéndolo él, porque yo no resultaría tan convincente.

–He oído decir que las mujeres del Consejo han votado para que Ed y Luke fueran los ayudantes de Santa este año –sonrió Dylan.

–Sí, Emily presentó la moción, y Helen la secundó –sonrió ampliamente Cornelia.

Cornelia se alejó para hablar con otras personas, y Dylan volvió a contemplar a su mujer. Brenna terminó el cuento y cerró el libro, y justo en ese momento apareció Myron en la puerta, vestido de Santa Claus, con sus ayudantes, los elfos, cargados de regalos.

–¿Has visto alguna vez a un elfo con las piernas tan torcidas como las de Ed Taylor? –preguntó Pete al pasar junto a él, en dirección a la mesa del ponche.

–Con esos leotardos verdes, está que da risa –comentó Dylan.

–Pues si queréis saber mi opinión, el que da risa es Luke –intervino Abigail–. Los botones de la chaqueta le están estallando, con esa barriga.

–¿Qué hora es? –preguntó Brenna, acercándose.

Dylan miró el reloj, le dijo la hora y puso un brazo por encima de sus hombros, mientras preguntaba:

–¿Te cansas?

–No, solo quería saberlo –contestó Brenna llevándose una mano al abultado abdomen.

–El Jubilee de este año es muy diferente del pasado, ¿verdad? –preguntó Abigail, decepcionada.

–Jamboree –la corrigieron Brenna, Dylan y Pete al unísono.

–Lo que sea –respondió Abigail con un gesto despectivo de la mano–. No es tan emocionante. Nadie se pelea, ni se casa.

–No va a ser así de emocionante todos los años, cariño –comentó Pete.

–Por lo que a mí respecta, jamás habrá otro Jamboree tan especial como el del año pasado –aseguró Dylan abrazando a su mujer.

–Nunca digas nunca jamás –rio Brenna.

–Y bien, ¿qué te ha dicho el médico hoy? –preguntó Abigail–. ¿Cuándo nacerá mi bisnieto, el día de Navidad, o el de Año Nuevo?

–Dijo que podía venir en cualquier momento –respondió Dylan poniendo una mano sobre la de Brenna, que se acariciaba aún el abdomen.

–Lo único que sabemos es que es niña –asintió Brenna.

–¿Niña? –sonrió Pete–. Si es tan guapa como su madre y su bisabuela, se va a llevar a los hombres de calle. ¿No crees, Dylan?

–Me da terror, solo de pensarlo –repuso Dylan.

–¿Habéis elegido ya el nombre? –preguntó Abigail.

–Nos gusta Noelle –respondió Brenna–. ¿Qué hora es, Dylan?

–Cinco minutos más tarde que la última vez que me lo preguntaste –rio Dylan–. ¿Por qué?, ¿tienes que ir a alguna parte?

–Al hospital –asintió Brenna sonriente.

–¿Estás segura? –volvió a preguntar él, sintiendo que las piernas le fallaban.

–Sí, cariño –respondió Brenna con calma–. Llevo dos horas de parto.

–¡Demonios! ¡Ve por el coche, Pete! –exclamó Abigail contenta–. ¡Parece que, después de todo, sí va a ocurrir algo especial esta noche!

Cuatro horas más tarde, en la madrugada del día de Navidad, nació Noelle Dyanne Chandler. Su padre la sostuvo en brazos, contemplando al bebé más precioso que jamás hubiera visto. Dylan tenía el pecho contraído, y lágrimas en los ojos. Siempre había tenido debilidad por las pelirrojas, y por fin tenía a dos: su mujer, y su hija.

–¿Está bien? –preguntó Brenna ansiosa.

–Es perfecta –respondió Dylan besando a su mujer en lo alto de la cabeza y sonriendo–. Igual que su madre –añadió poniendo en sus brazos a la niña.

–Parece que hemos vuelto a interrumpir el Jamboree –comentó ella.

–Sí, tu abuela ya está pensando en qué haremos el año que viene.

–Me lo imaginaba –contestó Brenna–. ¿Está fuera, en la sala de espera, con Pete?

–Sí, creo que medio Tranquility está ahí fuera –asintió Dylan.

–¿En serio? –preguntó Brenna incrédula.

–Sí, todos querían saber si estabas bien, y darle la bienvenida a la nueva habitante de Tranquility –rio Dylan–. Tenían tanta prisa por venir, que ni siquiera les han dado tiempo a Myron, Ed y Luke para cambiarse. Siguen vestidos de Santa Claus y de elfos.

–¡No puedo creer que hayan venido todos al hospital! –exclamó Brenna.

–Cariño, ¿es que no sabes cuánto significas para ellos? Te quieren casi tanto como yo –aseguró Dylan apartando un rizo rojizo de su mejilla de porcelana.

–Te quiero, Dylan –afirmó ella con ojos llenos de lágrimas.

–Y yo a ti, Brenna –respondió él besándola en los labios–. Te quiero con todo mi corazón.